REVUELTA POPULAR Y CONCIENCIA DE CLASE



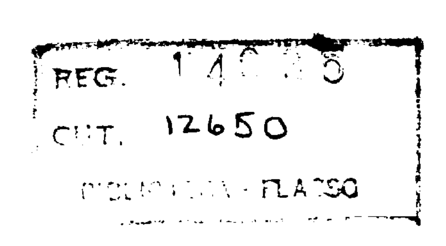
ESTUDIOS
Y ENSAYOS

GEORGE RUDÉ

REVUELTA POPULAR Y CONCIENCIA DE CLASE

Traducción castellana de
JORDI BELTRÁN

EDITORIAL CRÍTICA
Grupo editorial Grijalbo
BARCELONA



Título original:
IDEOLOGY AND POPULAR PROTEST

Maqueta: Alberto Corazón

ISBN: 84-7423-152-3
Depósito legal: B. 19.661-1981
Impreso en España
1981. — Gráficas Salvá, Casanova, 140, Barcelona-36

INTRODUCCIÓN

El propósito de esta introducción es tratar de explicar al lector, con la mayor brevedad posible, lo que me indujo a escribir el presente libro y por qué el mismo ha tomado esta forma.

En mis obras anteriores a menudo me he ocupado de establecer la identidad (o los «rostros») del pueblo llano que en el curso de la historia ha participado en manifestaciones, disturbios y revoluciones que tuvieron lugar principalmente en una «sociedad preindustrial», es decir, en una época en que la «sociedad industrial» de nuestros días, con su importante división en patronos y obreros, capitalistas y proletarios, se encontraba todavía en proceso de formación. Así pues, al principio me ocupé con preferencia de responder a la pregunta «¿quién?», ya que, a mi modo de ver, los anteriores autores de la historia o de las ciencias sociales no la habían tenido suficientemente en cuenta. Y partiendo de esta preocupación inicial era inevitable que se me plantease la pregunta de *por qué* la gente obró de tal o cual manera, qué la empujó a amotinarse o rebelarse, qué motivos tenía para hacerlo. Este interés por las motivaciones me indujo a tratar de distinguir entre las que eran a largo plazo y las que buscaban objetivos a corto plazo, así como a trazar una línea divisoria entre los factores «socioeconómicos» y los «políti-

cos» y tratar de explicar de qué manera los dos se relacionaron y mezclaron en movimientos tales como el de los *sans-culottes* en la Revolución francesa o el de los londinenses que gritaban reclamando a Wilkes y quemaban capillas y escuelas católicas en los disturbios ocurridos entre la década de 1760 y 1780.

Sin embargo, he podido comprobar que el estudio de los *motivos*, aun en los casos en que se presta atención a conceptos tan escurridizos como las «creencias generalizadas» de N. J. Smelser, resulta insatisfactorio, toda vez que tiende a presentar el problema fragmentariamente y no hace justicia a toda la gama de ideas o creencias que hay debajo de la acción social y política, ya sea de los gobernantes al estilo antiguo, de la burguesía «en ascenso» o de los grupos sociales «inferiores».

Este conjunto de ideas subyacentes forma lo que en el presente libro he denominado «la ideología de la protesta» (popular o de otra índole). Algunos encontrarán la definición demasiado confusa o amplia y puede que, si por casualidad leen el libro, me acusen de utilizar un término que se presta a varias interpretaciones allí donde se necesita una definición mucho más rigurosa y concreta. ¿Cómo puede un autor (cabría preguntar) que profesa el marxismo ampliar el significado de la palabra «ideología» más allá de las limitaciones que le impusieron Marx y Engels y, después de ellos, otros autores acreditados, marxistas o no? Es cierto que Marx empezó por restringir su aplicación a «las ideas de la clase gobernante» (especialmente de la burguesía) y la vio como un arma del gobierno clasista, como un medio importante que esa clase utilizaba para ejercer su dominio (o hegemonía) sobre las clases subordinadas de la sociedad. Pero también abrió la puerta a una definición más amplia al apuntar que el proletariado, para alcanzar el poder, tenía que ir más allá de la «falsa realidad» que le imponían sus gobernantes y crear su

propia conciencia «verdadera» o «de clase». Pero Marx y Engels escribieron (como demostró con la mayor claridad el *Manifiesto comunista*) acerca de una sociedad que se estaba polarizando en dos clases principales y opuestas: capitalistas y proletarios; y, por consiguiente, dieron por sentado que las antiguas clases o grupos sociales «tradicionales» —campesinos, pequeños comerciantes, artesanos y demás— se verían absorbidas durante el proceso de polarización y que, en el ínterin, la «ideología» que poseyeran perdería su propia identidad y se limitaría a reflejar la de una de las dos clases principales que se disputaban el control del estado. Sin embargo, en la obra posterior de Marx y Engels hay indicios de que no pretendían —ni siquiera en una sociedad industrial en vías de desarrollo donde la «polarización» se hallaba al final del camino— dejar sin espacio a otras formas intermedias de ideología; en pocas palabras, la «teoría» sobre la que más tarde escribió Marx diciendo que «prendía en» las masas no podía medirse solamente según su conformidad con una conciencia «verdadera» o «falsa».[1] Pese a ello, esta rígida antítesis entre los dos extremos ha sido la pauta que algunos estudiosos marxistas —entre los que ha destacado György Lukács— han seguido para discutir el desarrollo ideológico de la clase trabajadora en la sociedad moderna.

Sin embargo, en algunos países como Italia, donde los campesinos han seguido desempeñando un papel significativo al lado de una creciente industrialización, era inevitable que los estudiosos marxistas pusieran en entredicho la nitidez de semejante antítesis. Un caso especialmente claro de ello lo tenemos en la revolución «fallida» de Italia a principios de la década de 1920, ya que resulta obvio que el fracaso se

1. «La teoría se convierte en violencia material, una vez que prende en las masas» (K. Marx, introducción a la «Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel», en *Manuscritos de París. Escritos de los «Anuarios Francoalemanes» (1844)*, Crítica (OME 5), Barcelona, 1978, p. 217.

debió a que los obreros (y su partido) no hicieron ningún intento serio de persuadir a los campesinos para que apoyasen su causa. Antonio Gramsci, que había sido uno de los principales participantes en aquellos acontecimientos, reflexionó sobre tal fracaso y las causas profundas del mismo mientras se encontraba preso en una cárcel de Mussolini y escribió sus conclusiones, junto con muchas otras cosas, en sus *Cartas desde la prisión* y *Cuadernos de la prisión* (publicadas ambas muchos años después de su muerte). Al escribir que los trabajadores necesitaban contrarrestar la hegemonía de sus gobernantes creando una ideología propia, insistió en que había que prestar atención a las necesidades ideológicas de las clases «tradicionales» formadas por los campesinos y los artesanos; y, partiendo de esta base, agregó que también había que tener presentes las ideas más sencillas y menos estructuradas que circulan entre el pueblo llano, ideas que a menudo son «contradictorias» y confusas, mezcla de tradiciones populares, mitos y experiencia cotidiana. Así pues, la ideología y la conciencia, a su modo de ver, habían dejado de ser coto vedado de los dos protagonistas principales de la sociedad moderna (las clases que Gramsci llama «fundamentales») y daban cabida a las clases «tradicionales», incluyendo al pueblo llano ajeno a la producción industrial.

Ahora bien, si es razonable (como a mí me lo parece) que Gramsci, al escribir sobre ideología, tenga en cuenta a grupos sociales más amplios en un país industrial del siglo XX —aunque se trate de un país donde los campesinos siguen teniendo una importancia enorme—, ¿no será mucho más razonable aún que cualquier autor haga lo mismo cuando escribe sobre una sociedad que no es industrial sino «preindustrial», en la que las dos clases principales que hoy dividen a la sociedad se encuentran todavía en proceso de formación? Eso suponiendo que existan... Es evidente que si se escribe sobre una sociedad de ésas los términos como conciencia «verda-

dera» o «falsa» (que Marx aplicó originalmente a la clase trabajadora industrial) no son aplicables en absoluto.

Pero limitarse a ampliar la definición del término «ideología» para que incluya las ideas o actitudes «inherentes» y tradicionales del pueblo llano no es original (entre los autores no marxistas que se ocupan del tema, John Plamenatz ha hecho lo mismo) ni resulta adecuado para el propósito que tengo en mente. Gramsci escribe sobre la necesidad de analizar la ideología «históricamente»,[2] pero luego no demuestra de qué modo la «ideología no orgánica» (que corresponde más o menos a mi definición del término «ideas inherentes») de las clases «populares» o «tradicionales» se relaciona o mezcla con las ideas más estructuradas o complicadas de las clases «fundamentales» sobre las que escribe. Tampoco tenía por qué demostrarlo, ya que con ello poco aportaría a la discusión de la «hegemonía», que es lo que le preocupa sobre todo. Sin embargo, al escribir sobre la ideología popular de *protesta*, es esencial que yo sepa de qué se compone esa ideología y de qué modo se juntaron *históricamente* los elementos que la integran. Esto no tiene importancia en el caso de disturbios provocados por la escasez de alimentos o la introducción de máquinas nuevas, ni en los actos de rebelión más o menos espontáneos del campesinado, ya que en tales casos los asalariados, consumidores o campesinos llevan a cabo sus actos de protesta sin más ayuda que la de sus propios recursos ideológicos. Pero cuando se trata de revoluciones, o de rebeliones de campesinos o consumidores dentro del contexto de la revolución, la cosa cambia mucho. Porque en tales casos la ideología «inherente» (como explicaré en el segundo capítulo de la primera parte de este libro) no basta y es necesario que la ideología nativa o tradicional del pueblo llano se una y mezcle con una ideología o (según la terminología

2. *Selections from the prison notebooks of Antonio Gramsci*, ed. Q. Hoare y G. Nowell Smith, Londres, 1971, p. 371.

marxista) con una «teoría» de tipo más avanzado y más «encarada hacia el futuro» procedente de «fuera», es decir, de un grupo social más alto; y veremos qué sucedió cuando los artesanos y pequeños comerciantes del París revolucionario absorbieron y adaptaron las ideas explosivas que sus mentores políticos —la burguesía— habían heredado de escritores de la Ilustración como Montesquieu y Rousseau.

La primera parte de mi libro se ocupa del desarrollo de esa «teoría» de la ideología de protesta, comenzando por sus orígenes en Marx y Engels y tal como posteriormente la adaptaron a la sociedad industrial Lukács y Gramsci, cada uno a su manera; y, en su segundo capítulo, me ocuparé de formular mi propia teoría en relación con los movimientos populares de protesta que tuvieron lugar en épocas predominantemente «preindustriales». Las partes segunda a cuarta aplican la «teoría», tal como yo la concibo, a cierto número de situaciones «preindustriales»: a los campesinos (en diversos países y épocas) en la segunda parte; y en la tercera a las revoluciones (que van desde la inglesa del siglo XVII a la última de las revoluciones francesas, la de 1871); mientras que la cuarta parte sigue su propio curso y estudia el desarrollo del estilo y la ideología de la protesta popular en Inglaterra desde el siglo XVIII y principios del XIX hasta la sociedad industrial a partir de la década de 1850. Asimismo, el último de los capítulos «ingleses», el que se ocupa de los problemas totalmente nuevos de una sociedad industrial, consiste en un bosquejo rápido y deja en manos del lector la tarea de contestar a la pregunta «Y ahora ¿qué?».

Primera parte

IDEOLOGÍA Y CONCIENCIA DE CLASE

Capítulo 1

IDEOLOGÍA Y CONCIENCIA DE CLASE

El estudio de la ideología como instrumento de lucha y cambio social comenzó con Marx. Sin embargo, la noción de la ideología como concepto filosófico se remonta a más de medio siglo antes, a los *philosophes* de la Ilustración en Francia. Uno de ellos, el materialista Helvetius, aunque no llegó a utilizar el término, sí preparó el camino para que lo empleasen otros cuando dijo «nuestras ideas son las consecuencias necesarias de las sociedades en que vivimos». De hecho, el término no pasó a formar parte del vocabulario filosófico hasta una generación más tarde, cuando los *philosophes* modernos de la Revolución utilizaron el Institut de France, creado por el Directorio en 1795, para propagar las tradiciones racionales de la Ilustración. Fue uno de éstos, Antoine Destutt de Tracy, quien, al cabo de unos años, acuñó la palabra «ideología» para referirse a la teoría de las ideas en general.[1]

Una docena de años después el término reaparece en los escritos de Kant y Hegel, aunque en forma de locución propia de la filosofía idealista alemana. Para Hegel la mente era

1. G. Lichtheim, *The concept of ideology and other essays*, Nueva York, 1967, pp. 4-11.

el «agente universal» de la historia y (citando sus propias palabras) «lo que se manifiesta al pensamiento filosófico es la historia del Espíritu... velada por su encarnación material, pero aun así claramente discernible como la fuerza motriz del proceso universal». En este contexto la ideología era una proyección directa de la mente («Espíritu objetivo», como escribió Hegel) sin ninguna identidad aparte. Asimismo, como la «ideología» era un concepto universal, no había que ver en ella algo que servía a los fines de determinada clase o grupo, sin mencionar las masas, las cuales tenían poca importancia para los filósofos idealistas.[2]

Como se sabe, Marx y Engels hicieron su aprendizaje filosófico con Hegel, y entre las deudas que con él contrajeron se hallaban su creencia inamovible en la universalidad de la verdad, la unidad del género humano y el concepto filosófico de la «alienación». Sobre todo, hicieron suyo el método dialéctico hegeliano que veía en el progreso el resultado del conflicto a través de la interacción de cosas opuestas, de «tesis» y «antítesis». Pero a principios de la década de 1840 empezaron, primero con titubeos, a volver la filosofía hegeliana «al revés» rechazando su idealismo y colocando el concepto de la primacía de la materia en el lugar que antes ocupaba el concepto hegeliano de la mente como agente activo y primario de la historia. Esta inversión de lealtades encontró su primera manifestación pública en *La Sagrada Familia*, que Marx y Engels escribieron y publicaron conjuntamente a principios de 1845. «La historia, pues [en Hegel] —escribieron—, y al igual que ella la verdad, se convierte en una persona aparte, en sujeto metafísico cuyos meros portadores son los individuos reales»; y añadieron: «La concepción de Hegel acerca de la historia presupone un espíritu abstracto o absoluto, el cual se desenvuelve de tal suerte que la huma-

2. *Ibid.*, pp. 11-17.

nidad queda reducida a una masa que, consciente o inconscientemente, es la portadora de ese espíritu».[3] Y en el lugar de esta visión metafísica de la historia Marx y Engels colocaron el concepto, que habían adoptado recientemente, del «materialismo histórico».[4] En *La ideología alemana*, escrita al cabo de unos meses, explican su principio fundamental, primero de modo tentativo, como sigue: «La vida no se ve determinada por la conciencia, sino que la conciencia es determinada por la vida»; y, además, esta nueva visión de la historia «no explica la práctica partiendo de la idea, sino que explica la formación de las ideas partiendo de la práctica material».[5]

Se observará que esta inversión materialista de la filosofía de Hegel nace, al menos en parte, del concepto de Helvetius de la sujeción de las ideas a las sociedades de las que surgen. Pero con una diferencia importante: para Marx esa sujeción no era en modo alguno absoluta o unilateral, sino que existía una delicada interacción entre las dos. Como escribió en *La ideología alemana*: «Las circunstancias hacen a los hombres tanto como los hombres hacen las circunstancias»; [6] y, más detalladamente, en las «Tesis sobre Feuerbach», que escribió poco después: «La doctrina materialista en el sentido de que los hombres son fruto de las circunstancias y la educación ... olvida que son los hombres quienes cambian las circunstancias y que el mismo educador necesita

3. K. Marx y F. Engels, *La Sagrada Familia. La situación de la clase obrera en Inglaterra. Otros escritos de 1845-1846*, Crítica (OME 6), Barcelona, 1978, pp. 89 y 95.
4. Marx y Engels nunca pretendieron ser los inventores del método materialista de la investigación histórica. Los primeros en utilizar dicho método, según Marx, fueron Guizot y Augustin Thierry, historiadores de la restauración francesa.
5. Marx y Engels, *The German ideology*, Nueva York, 1974, pp. 47, 58 [ed. cast.: *La ideología alemana*, Grijalbo, Barcelona, 1970]. La formulación más conocida pertenece a 1859: «No es la conciencia la que determina el ser sino ... el ser social (el que) determina la conciencia». (Prefacio en *A contribution to the critique of political economy*, Moscú, 1951, I, p. 363.)
6. *German ideology*, p. 59.

que lo eduquen».[7] Así, Marx y Engels, lejos de haberse despojado por completo de la influencia filosófica de Hegel, defienden el método dialéctico hegeliano contra su rechazo total por el «materialismo vulgar» de Feuerbach y sus asociados. Pero, al mismo tiempo que hace hincapié en la capacidad del hombre para «cambiar las circunstancias», Marx señala unos límites temporales estrictos a dicha capacidad: «La humanidad —escribe en otra frase que se ha hecho famosa— solamente se fija metas que es capaz de resolver».[8]

Y así, dando estos rodeos inevitables, llegamos al concepto marxista de la ideología. (Difícilmente podemos llamarla «teoría», ya que no se encuentra formulada por completo en ninguna parte, a diferencia de lo que ocurre con su teoría de la historia.) La ve claramente por primera vez cuando él y Engels están enzarzados en reñida batalla con los discípulos de Hegel a la sazón más chillones, los jóvenes hegelianos. Así, como la visión «al revés» que del mundo tienen éstos es falsa, también la ideología, que juega un papel tan importante en su pensamiento, se convierte en una «conciencia falsa» que proyecta una «realidad falsa». Pensando en los que se han dejado embaucar por la nueva filosofía alemana, escribe: «Hasta ahora los hombres se han inventado constantemente falsos conceptos de sí mismos, de lo que son y de lo que deberían ser». Pero nadie lo ha hecho en tan gran medida como la clase media alemana bajo la influencia de la nueva filosofía:

> Estas fantasías inocentes e infantiles son el núcleo de la moderna filosofía de los jóvenes hegelianos ... el primer volumen de la presente publicación tiene por objetivo desenmascarar a estas ovejas ... (y) demostrar de qué manera sus bálidos filosóficos reflejan simplemente el estado lastimoso de la realidad alemana ...[9]

7. Lichtheim, *op. cit.*, p. 9, n. 19.
8. *Critique of political economy, loc. cit.*
9. *German ideology*, p. 37.

De esta manera empezó con mal pie su concepto de la ideología, fuera ésta posthegeliana o de otra clase.

No obstante, estas «fantasías» tenían también, como nos dice Marx en el mismo volumen, otra cara: servían como arma útil del gobierno clasista. «Las ideas de la clase gobernante —escribe— son en todas las épocas las ideas imperantes, es decir, la clase que representa la fuerza *material* que gobierna a la sociedad es al mismo tiempo su fuerza *intelectual* imperante»; y parte de esta dominación consistía evidentemente en imponer sus propias fantasías y «realidad falsa» a la clase sometida; es decir, el proletariado en la moderna sociedad industrial de la que principalmente se ocupaban Marx y Engels.

Pero concebir que también el proletariado era susceptible de no tener más que una «conciencia falsa» y de limitar su visión a una «realidad falsa» y nada más, difícilmente habría cuadrado con la creencia marxista en el papel histórico del proletariado como futuro «sepulturero» del capitalismo. Al contrario, para terminar su sujeción y abrirse camino a través de la «realidad falsa» que el capitalismo le había impuesto, el proletariado —y ésta era la única clase capaz de hacerlo— debía formarse su propia conciencia «verdadera» o de clase. Sólo de esta manera cobraría conciencia de su sujeción y aprendería a vencerla. Pero este despertar no sería fácil, ni sería un proceso gradual en el que una serie de individuos proletarios verían la luz y la transmitirían a los demás. Sería esencialmente un fenómeno de clase, aunque al principio no quedó nada claro cuál sería el medio a través del cual tendría lugar. Según la primera formulación de Marx (que sigue mostrando la marcada influencia de la filosofía hegeliana):

> No se trata aquí de lo que éste o aquel proletario o incluso el proletariado entero *imagine* momentáneamente que es su

> meta. Se trata de lo *que* el proletariado *es* y de lo que con arreglo a este *ser* se verá obligado históricamente a hacer.[10]

Pero, incluso en esta fase comparativamente temprana de su «liberación» de Hegel, Marx no concebía esto como una revelación súbita o «total» que empujaría a todo el proletariado y le haría dar un gran salto hacia delante, como indica bien a las claras una frase que viene poco después: «No es necesario explicar aquí que una gran parte del proletariado inglés y francés ya es *consciente* de su misión histórica y procura constantemente desarrollar esa conciencia para que alcance una claridad plena».[11]

¿Y cómo iba a alcanzarse esa «claridad» más plena? Es evidente que Marx y Engels, aunque nunca formularon una lista de prioridades en este sentido, daban gran importancia a la participación en la lucha de clases, tanto política como económica, con la vista puesta en objetivos a corto y largo plazo. Los comunistas, dice el *Manifiesto del Partido Comunista*, «luchan por alcanzar los fines e intereses inmediatos de la clase obrera, pero en el movimiento actual representan al mismo tiempo el futuro del movimiento».[12] Y si, como hemos visto antes, el «ser material» del hombre era lo que determinaba su conciencia, ¿en qué medida esa conciencia serviría a su vez para desarrollar la base económica? ¿En qué medida, de hecho, podía la «superestructura» (de la que la conciencia formaba parte) asumir un grado de independencia y alterar la base de la que había surgido? La pregunta se convierte en un acertijo inacabable y ha sido objeto de acalorados debates y de interpretaciones distintas desde que Marx escribió por primera vez su famosa frase en la *Crítica de la*

10. *La Sagrada Familia*, pp. 36-37.
11. *Ibid.*, p. 37.
12. Marx y Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, en *Manifiesto del Partido Comunista. Artículos de la «Nueva Gaceta Renana», I (1847-junio 1848)*, Crítica (OME 9), Barcelona, 1978, p. 168.

economía política. Si la tomamos literalmente, la formulación que utilizó entonces parecería justificar a aquellos «deterministas» —y críticos de Marx— que han insistido en que, según la teoría marxista, la «superestructura» (que incluye la conciencia y las ideas) debe ser un mero y simple reflejo de la base de la que emana. Sin embargo, otros han argüido que, si bien en primera instancia deben su existencia al ser material del hombre, en los momentos cruciales de la historia las ideas y la ideología pueden asumir, al menos temporalmente, un papel casi independiente. Mientras que las anteriores formulaciones «filosóficas» de Marx eran ambivalentes o parecían favorables a la primera interpretación, poca duda cabe de que los escritos históricos tanto de Marx como de Engels —*El 18 Brumario de Luis Bonaparte* y *La guerra campesina en Alemania*, por ejemplo— apoyan la segunda. En un pasaje posterior el mismo Marx afirmó que «la teoría se convierte en violencia material una vez que prende en las masas»,[13] con lo cual podría parecer que ponía punto final a la cuestión. Pero Engels, después de la muerte de Marx, juzgó necesario reafirmar los puntos de vista de ambos. Al hacerlo reconoció que, debido al acaloramiento de sus duelos con sus oponentes filosóficos, probablemente habían exagerado sus argumentos, pero insistió en que «fundamentalmente» o en último análisis las ideas y la religión y las demás formas de la «superestructura» deben su existencia a la base material.[14] Sin embargo, como es imposible señalar el punto exacto donde el «último análisis» se impone a lo demás, es inevitable que el debate continúe.

Debemos volver a ocuparnos brevemente de cómo podría alcanzarse esa «claridad» más completa de la conciencia que

13. Marx, «Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel», en *op. cit.*, página 217.
14. Engels a Bloch, 21 de septiembre de 1890, *Marx-Engels selected correspondence, 1846-1895*, Dona Torr, ed., Londres, 1934, pp. 475-476.

Marx mencionó en *La Sagrada Familia.* Como hemos visto, el *Manifiesto* subraya principalmente la participación, pero también ordena específica y encarecidamente a los partidos de la clase obrera —en especial a los comunistas alemanes— que ni por un solo instante dejen de «elaborar, entre los obreros, la conciencia más clara posible acerca de la oposición hostil entre la burguesía y el proletariado».[15] Un mensaje similar se encuentra implícitamente en *El Capital* y en algunos de los últimos escritos de Engels; pero el papel específico de esa «violencia material» sobre la que Marx había escrito —el papel de la ideología en la lucha de clases— nunca se explicó sistemáticamente. Era inevitable, por lo tanto, que se planteara la cuestión y se resolviera de forma más o menos teórica en los partidos socialdemócratas que aparecieron en la Europa occidental en las postrimerías de la vida de Marx. Incluso en Inglaterra, donde la teoría marxista ha influido poco en el movimiento obrero, William Morris llegó a la conclusión, a principios de la década de 1890, de que la clase trabajadora ya no deseaba socialismo auténtico y arguyó que la tarea más fundamental de un partido socialista consistía en fomentar una verdadera conciencia socialista entre los trabajadores, para que «comprendieran que se encontraban frente a una sociedad falsa, y que ellos mismos eran los únicos elementos posibles de una sociedad verdadera».[16] Pero a la sazón, la suya era una débil voz clamando en el desierto.

La situación era bastante distinta en Rusia cuando Lenin, casi en vísperas de la revolución de 1905, se ocupó de crear un partido de «tipo nuevo», formado en los principios marxistas y capaz también de transmitirlos a los trabajadores de la industria, los cuales acababan de llegar de las regiones ru

15. *Manifiesto, op. cit.*, p. 169.
16. William Morris, «Communism», en una conferencia pronunciada ante la Hammersmith Socialist Society, 10 de marzo de 1893, en A. L. Morton, ed., *Political writings of William Morris*, Londres, 1973, p. 233.

rales y estaban enzarzados en los primeros y duros combates económicos con sus patronos. Pero lejos de creer que la militancia de los obreros, una militancia concentrada en objetivos económicos, engendraría automática y espontáneamente en ellos una conciencia política de clase, Lenin denunció a los que sostenían tal opinión y afirmó rotundamente que «la conciencia política de clase puede llevarse a los obreros solamente *desde fuera*, es decir, solamente desde fuera de la lucha económica, de la esfera de relaciones entre trabajadores y patronos»; y añadió que «toda adoración de la espontaneidad del movimiento obrero, toda minimización del papel del "elemento consciente", del papel del partido de la socialdemocracia, significa ... *fortalecer la influencia de ... la ideología burguesa* entre los obreros». En resumen, «la única elección es entre la ideología BURGUESA o la SOCIALISTA. No hay ninguna vía intermedia ... De ahí que minimizar de alguna forma la ideología socialista ... signifique reforzar la ideología burguesa».[17] ¿Elitismo? Sin duda. Pero hay que recordar que, dadas las condiciones imperantes a la sazón, Lenin no creía que hubiese llegado ya el momento para la creación de un partido que, además de enseñar a las masas, fuera capaz de *aprender* de ellas.

Vino luego la Revolución rusa y, después de los primeros entusiasmos y de la derrota de la revolución en Occidente, tomaron un cariz más filosófico las especulaciones sobre la revolución y sobre una ideología revolucionaria de clase obrera.[18] Entre los más ilustres intelectuales marxistas de Occidente que volvieron a ocuparse de la ideología revolucionaria

17. V. I. Lenin, *What is to be done?* (1902), en *Collected works*, V, p. 422 [ed. cast.: *Qué hacer*, en *Obras escogidas en tres tomos*, Progreso, Moscú, 1970].
18. Para un cuidadoso examen de este particular, véase Perry Anderson, *Considerations on Western Marxism*, Londres, 1973, especialmente pp. 54-61 [trad. cast.: *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Siglo XXI, Madrid, 1979].

se encontraban el húngaro György Lukács y el italiano Antonio Gramsci. Lukács escribió un libro sobre el tema: su *Historia y conciencia de clase* (publicada en 1922). Lukács volvió a Hegel y de él tomó prestado el concepto de que, para llegar a la *verdad total*, el Sujeto y el Objeto —que por naturaleza son antitéticos— debían mezclarse e identificarse plenamente. Hegel había visto esta posibilidad en el arte, en la religión y en lo que él llamaba el reino del Espíritu Absoluto; pero, obstaculizado por su concepto de la mente como «agente universal» de la historia, no acertó a ver la forma de efectuar esta reconciliación en el caso de la historia. De esta manera para Hegel siguió siendo una abstracción. Lukács intentó superar el dilema de Hegel siguiendo el ejemplo de Marx: «volviendo al revés» la filosofía hegeliana, tomando de Marx sus conceptos gemelos de conciencia de clase y «realidad falsa» y aplicándolos a la sociedad. La «verdad total» —arguyó en contra de Hegel— solamente podría alcanzarse por medio de la lucha de clases en pos de la hegemonía total. Pero, según él, ninguna clase era capaz de llegar a dicha verdad, es decir, a un conocimiento de la realidad, hasta que la industrialización lo hiciera posible polarizando la sociedad en dos clases opuestas, burguesía y proletariado. Pero la burguesía no podía reconciliar sus intereses de clase con ningún intento serio de disipar las fantasías de «realidad falsa»; y, por consiguiente, el proletariado como la clase más «alienada» y, por ende, la que más ansiaba transformarse durante el proceso de consecución de una nueva hegemonía, podía obtener este conocimiento «verdadero» o conciencia. Y de Marx aprendió también a ver la conciencia no como una forma de ejercicio intelectual sino como la firme aliada de la «actividad crítica práctica» (o *praxis*), cuyo objetivo era cambiar el mundo. También en esto discrepaba estrictamente de Hegel y su concepto puramente elitista de un Espíritu Absoluto contrapuesto a la masa ignorante.

Pero el proletariado, como afirma Marx, solamente podía alcanzar esta «meta final» tras una lucha prolongada; durante mucho tiempo esta meta solamente podría ser una «misión» o algo potencial a la clase. (En esta fase de su argumento cita el pasaje de Marx sobre *«lo que es el proletariado»* que hemos apuntado anteriormente.)[19] Pero, mientras tanto, los proletarios andan a tientas en la oscuridad, víctimas de la «conciencia falsa» que les ha impuesto la burguesía en la sociedad totalmente polarizada de Lukács. Una de las formas que toma esta «falsedad» de visión consiste en la separación que se hace entre las batallas económica y política; y aquí, por supuesto, recurre al argumento que Lenin usara contra los «economicistas» en 1902. «La división más acusada —escribe— en la conciencia de clase proletaria y la más llena de consecuencias es la separación de la lucha económica de la política.»[20]

Hasta aquí, bien; pero hay dos obstáculos serios que impiden utilizar a Lukács como guía segura para llegar a entender la lucha de la clase trabajadora, por no hablar de las luchas de otros grupos que protestan. Uno es que la sociedad que él prevé se encuentra totalmente polarizada entre las dos clases principales de la sociedad industrial; a los campesinos los trata virtualmente como un anacronismo del pasado y, para él, los grupos intermedios como los pequeños comerciantes o los artesanos no cuentan para nada (extraña perspectiva para alguien nacido en un país agrario y de industria no desarrollada como era Hungría al terminar la primera guerra mundial). Y, en segundo lugar, ¿de qué forma se espera que el proletariado llegue a su conocimiento «total» como preludio a su asunción del poder del estado? En pri-

19. Véanse pp. 19-20 y n. 10; Lukács, *History and class consciousness*, Londres, 1971, p. 46 [ed. cast.: *Historia y conciencia de clase*, trad. M. Sacristán, Grijalbo, Barcelona, 1976].
20. Lukács, *op. cit.*, pp.70-71.

mer lugar, a través de la lucha, aunque no «mediante escaramuzas aisladas». Así pues, en teoría Lukács sigue a Marx y a Lenin; pero en la práctica depende mucho más, para un despertar de la clase obrera, de la perspectiva de la crisis inevitable del capitalismo. Así, en la práctica al proletariado se le deja a un lado, convertido en espectador silencioso, mientras el capitalismo cava su propia sepultura. Huelga decir que esto limita considerablemente el valor de Lukács como guía para llegar a la ideología de la protesta popular.[21]

Esto nos lleva a Gramsci, quien, al igual que Lukács, vivió la crisis de la derrota militar y la revolución que la acompañó al final de la primera guerra mundial, pero cuya experiencia como militante activo y como preso del fascismo durante diez años sería muy distinta de la de Lukács. En sus *Cuadernos de la prisión*, que fueron escritos en la cárcel pero no se publicaron hasta una generación después, Gramsci nos acerca más, incluso más que Marx y Lenin —por no hablar de Lukács—, a una teoría de la ideología de la protesta popular y obrera. Hay que reconocer que, con el fin de burlar al censor, Gramsci emplea a menudo un lenguaje oscuro y que sus ideas, esparcidas a lo largo y ancho de un texto desordenado, inducen fácilmente a la confusión. Pese a ello, resulta evidente la originalidad de sus puntos de vista sobre la ideología. Hace una distinción entre «ideologías históricamente orgánicas; es decir, aquellas que son necesarias para una estructura dada, e ideologías que son arbitrarias, racionalistas o "deseadas"». Las primeras de éstas, que son las que más le preocupan, «tienen una validez que es "psicológica", "organizan" a las masas humanas y crean el terreno sobre el que los hombres se mueven, adquieren conciencia

21. Para un reciente estudio marxista de la historia del laborismo inglés, estudio donde se advierte una fuerte influencia de Lukács, véase John Foster, *Class struggle and the Industrial Revolution*, Londres, 1974, que se estudiará en un capítulo posterior.

de su lucha positiva, etc.».[22] Siendo esto lo que le interesa, ignora virtualmente el viejo concepto marxista de la «conciencia falsa» que desempeña un papel tan importante en el sistema de Lukács. Por lo tanto, también es natural que la ideología, si bien se halla anclada (al igual que otros elementos de la «superestructura») a la base material, sea vista como intérprete de un papel relativamente independiente cual es el de supuesta «fuerza material» sobre la que había escrito Marx. Sin embargo, para Gramsci la ideología queda aún más «liberada» al dejar de ser coto vedado de lo que él llama «las clases fundamentales» de la sociedad industrial; en su sistema hay espacio también para aquellas formas de pensamiento menos estructuradas que circulan entre el pueblo llano, formas que a menudo son contradictorias y confusas, y que se componen de tradiciones populares, mitos y experiencias cotidianas; éstas cuentan entre lo que él denomina ideología «no orgánica». Esto abre ya la puerta al estudio de modos alternativos de pensamiento de «clase media» o «baja» que el marxismo, al menos en relación con la sociedad moderna, ha tendido a ignorar. Con ello no sólo vuelven a escena los campesinos y los artesanos, sino que se proporciona a la clase trabajadora unos aliados que una sociedad puramente polarizada, como la concebida por Lukács, forzosamente excluiría.

Pero la principal aportación de Gramsci al estudio social de las ideas es su utilización del fenómeno de la «hegemonía». Para Gramsci la hegemonía ya no es simplemente un sistema de dominación, ya sea de ideas o de poder político. Más que el sistema lo que le preocupa es el proceso: el proceso mediante el cual la clase gobernante impone un consenso, su dominio en el reino de las ideas, utilizando medios en su mayor parte pacíficos. Esto sucede a través de su con-

22. *Selections from the prison notebooks of Antonio Gramsci*, ed. Q. Hoare y G. Nowell Smith, Londres, 1971, pp. 376-377.

trol de los medios de adoctrinamiento en aquella parte del estado que Gramsci llama «sociedad civil»: a través de la prensa, la Iglesia y la educación. De esta manera el pueblo participa voluntariamente en su propio sometimiento. Siendo así, ¿cómo puede el proletariado, que representa a la mayoría, sacudirse de encima esta servidumbre ideológica? Solamente —dice Gramsci— edificando una contraideología propia como antídoto a la ideología de la clase gobernante y como preliminar esencial de su toma del control del estado. Pero necesita tener sus propios agentes adiestrados, del mismo modo que la burguesía tuvo los suyos, para establecer su hegemonía. Estos agentes son los intelectuales «orgánicos» (Gramsci usa este término para referirse a los agentes profesionales de ambas clases «fundamentales»). El objetivo de los intelectuales «orgánicos» que trabajan en bien del proletariado debe consistir no sólo en equipar a su propia clase con la nueva ideología —la ideología de la «praxis» (nombre clave con que Gramsci se refiere al marxismo)—, sino también ganarse o neutralizar y apartar de su anterior lealtad a los que él llama los intelectuales «tradicionales», quienes, al reflejar los intereses de clases «tradicionales» como los campesinos y los artesanos, no están profundamente comprometidos con ninguna de las dos clases «fundamentales». De esta manera, según Gramsci, el proletariado puede tanto edificar su propia contraideología como debilitar las defensas ideológicas de sus oponentes antes de derrotarlos en la lucha por el poder estatal.

Las consecuencias implícitas de los escritos de Gramsci tienen, desde luego, gran importancia para cualquier persona que escriba un libro como el presente. Gramsci desecha la cruda división de la ideología (conciencia) en «verdadera» y «falsa» y tiende un puente sobre el tremendo abismo que Lukács y otros han creado entre los Elegidos y los no Elegidos, abismo que no prevé ninguna progresión histórica de

una condición a la otra. El enfoque de Gramsci es más histórico; se interesa por el crecimiento y el desarrollo, como queda demostrado en su concepto de la construcción gradual de una contraideología que destruye la hegemonía de la clase gobernante y en su reconocimiento de las clases «tradicionales» supervivientes que, incluso cuando la mayor parte de la sociedad se encuentra dividida en dos clases «fundamentales», tienen un papel importante que desempeñar. Siguiendo a Marx y Engels, también hace hincapié en la importancia de estudiar de nuevo y en profundidad cada situación histórica, incluyendo la ideología apropiada al caso. («La "ideología" misma ha de analizarse históricamente como superestructura, para utilizar los términos de la filosofía de la praxis.»)[23] Así se prepara el terreno para el estudio de la ideología popular sobre un campo más amplio: no sólo entre los proletarios de la sociedad industrial, sino también entre sus antepasados, los campesinos, pequeños propietarios de tierras y ciudadanos modestos de una sociedad en transición, cuando las clases «fundamentales» de nuestros días se encontraban aún en proceso de formación.

NOTA DEL AUTOR

Cabe objetar que en este capítulo me he mostrado indebidamente selectivo al concentrarme únicamente en media docena de autores marxistas y olvidarme de hombres que, fuesen o no marxistas, han hecho importantes contribuciones al estudio de la ideología en el curso del último siglo. La objeción tendría fundamento si pudiera demostrarse que dichos autores han contribuido no sólo a aumentar el aspecto teórico de la ideología sino también (de acuerdo con el tema

23. *Selections from the prison notebooks*, *op. cit.*, p. 376.

de este libro) el aspecto de la ideología relacionado con la protesta del pueblo llano, tanto proletarios como otros. Citaré solamente algunos de los autores más distinguidos que han escrito sobre este tema en el medio siglo transcurrido desde la primera guerra mundial: entre los no marxistas los dos teóricos que destacan y cuyas obras han sido traducidas al inglés son Karl Mannheim y Max Weber. En su *Protestant ethic and the spirit of capitalism* (Londres, 1930), Weber acepta la proposición de Marx de que «las ideas de la clase gobernante son en todas las épocas las ideas imperantes», y demuestra tal aceptación presentando símbolos como «legitimaciones» del dominio clasista. Pese a ello, en general rechaza la teoría marxista de las clases y a ella contrapone el concepto de que el capitalismo genera su propia ideología capitalista, al mismo tiempo que hace hincapié en que las ideas puritanas fueron un instrumento útil en el desarrollo del capitalismo, con el que tiene una «afinidad espiritual». Pero la ideología «popular» no juega ningún papel en este esquema. Lo mismo ocurre, aunque en menor grado, en *Ideology and utopia* (Routledge, 1936), de Karl Mannheim, donde el concepto de la «utopía» como algo contrario a la «ideología» se presenta como reflejo frecuente del pensamiento político de «ciertos grupos oprimidos» que desean efectuar «una transformación de la sociedad existente». Pero no va más allá.

Entre los más recientes no marxistas cabe citar a C. Geertz, «Ideology as a cultural system», en D. E. Apter, ed., *Ideology and discontent*, 1964, pp. 47-76; George Lichtheim, *The concept of ideology and other essays*, 1967; John Plamenatz, *Ideology*, Praeger, sin fecha; y (en parte) C. Wright Mills, *The sociological imagination*, 1959, especialmente las pp. 8-9, 36-37; pero tampoco éstas se ocupan de la ideología en relación con la protesta popular. Lo mismo sucede con dos eminentes estudiosos marxistas que en nues-

tros días escriben sobre ideología y temas afines: Louis Althusser y Lucio Colletti. Althusser ha efectuado valiosas aportaciones a la teoría marxista, dándole una perspectiva histórica de la que a menudo ha carecido (como en *Lenin y la filosofía y otros ensayos*, 1971, y *Política e historia*, 1972); sin embargo, su método «estructuralista» es demasiado rígido para hacer de su obra una guía útil para la investigación histórica. Colletti se ha ocupado principalmente —como en *De Rousseau a Lenin*, 1972— de reinterpretar a Marx y, entre otras cosas, de defender al marxismo contra el «romanticismo» de Herbert Marcuse. Pero tampoco él se ha ocupado de problemas como los que se plantean en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO 2

LA IDEOLOGÍA DE LA PROTESTA POPULAR

Nuestro primer capítulo se ha ocupado principalmente de la teoría marxista de la ideología de la protesta obrera o de su desafío al gobierno de la clase capitalista en la moderna sociedad industrial. Hemos visto que, exceptuando el concepto de Gramcsi de las clases «tradicionales», poco espacio quedaba para las luchas de los campesinos y de los pequeños comerciantes y artesanos urbanos, tanto en la sociedad actual como en la «preindustrial» que abarcó la transición de un modo de producción feudal a otro capitalista. Por consiguiente, es obvio que una teoría de la ideología creada para otro fin —el de definir la lucha entre las dos principales clases opuestas en la moderna sociedad industrial— no es aplicable aquí; y como en los capítulos siguientes nos ocuparemos principalmente de esta sociedad en transición y de los citados grupos «tradicionales» —que todavía no habían evolucionado hasta convertirse en clases sociales identificables—, tendremos que buscar una nueva teoría o «modelo» para la ideología de la protesta, procurando que se ajuste a los movimientos «populares» de las diversas épocas.

Otros autores han apuntado anteriormente la diferencia

entre dos tipos de ideología, una diferencia que es aplicable a aquellas épocas tanto como a la nuestra: la que existe entre un tipo estructurado, o relativamente estructurado, de ideología (la única «ideología» que merece llevar tal nombre, según algunos) [1] y una hecha de actitudes, *mentalités* o puntos de vista más sencillos.[2] Limitarnos a la primera de éstas no nos llevaría muy lejos en el estudio de la ideología «popular»; mientras que la segunda, si bien es más apropiada a un estudio como éste, resulta del todo inadecuada por sí sola. Tenemos que desechar igualmente conceptos como el que subraya la teoría de Oscar Lewis sobre una «cultura de la pobreza», ya que, como su título da a entender, se ocupa de la pasividad y la aceptación; [3] y aunque el concepto de «clase» entra en ella (en el sentido de que hay una conciencia de la inferioridad social en las relaciones entre «los de arriba» y «los de abajo») [4] poco aportaría a una discusión de la ideología de la protesta popular. Ni siquiera la afirmación de Althusser en el sentido de que «no existe práctica alguna excepto por y en la ideología» (que es correcta dentro de sus limitaciones) [5] nos lleva muy lejos. De modo que tendremos que reemplazar todas estas teorías con una propia.

En este período la ideología *popular* no es puramente asunto interno ni propiedad exclusiva de una sola clase o grupo: eso por sí solo basta para distinguirla de la ideología

1. Por ejemplo, Karl Mannheim y Cornelius Geertz, véase p. 30.
2. Véase la definición de la ideología, según John Plamenatz, como «un conjunto de creencias, ideas, e incluso actitudes, estrechamente relacionadas entre sí y características de un grupo o una comunidad». (*Ideology*, Londres, 1970, p. 15.) Para la ideología como *mentalité*, véase diversos pasajes en E. Leroy Ladurie, R. Mandrou y M. Vovelle; también p. 39 y nota 13 más adelante.
3. O. Lewis, «The culture of poverty», *Scientific American*, CCXI (1966), pp. 19-25.
4. Richard Hoggart hace una distinción parecida al describir las actitudes de la clase obrera moderna; véase su capítulo «"Them" and "Us"» en *The uses of literacy*, Londres, 1957. pp. 72-101.
5. L. Althusser, *Lenin and philosophy and other essays*, Londres, 1971, página 170.

como «conciencia de clase» o su antítesis, como hemos visto en el capítulo anterior. Lo más frecuente es que sea una mezcla, una fusión de dos elementos, de los cuales solamente uno es privativo de las clases «populares», mientras que el otro se sobreimpone mediante un proceso de transmisión y adopción desde fuera. De éstos el primero es lo que yo llamo el elemento tradicional, «inherente», una especie de «leche materna» ideológica, basada en la experiencia directa, la tradición oral o la memoria colectiva en lugar de ser algo que se aprende escuchando sermones o discursos o leyendo libros. En esta fusión, el segundo elemento es el cúmulo de ideas y creencias que «derivan» o se toman prestadas de los demás, y que a menudo se presentan en forma de un sistema más estructurado de ideas políticas o religiosas, tales como los Derechos del Hombre, la Soberanía Popular, el *Laissez-faire* y el Sagrado Derecho de la Propiedad, el Nacionalismo, el Socialismo o las diversas versiones de la justificación por la Fe. De manera que es importante tener en cuenta dos cosas: una de ellas es que no existe ninguna *tabula rasa* o tablilla en blanco que ocupe el lugar de la mente y en la que se puedan injertar nuevas ideas allí donde antes no había ninguna (noción muy cara a los proponentes de la «chusma insensata»); y la segunda es que tampoco hay una progresión automática de las ideas «sencillas» a otras más complicadas. (Se recordará que Lenin negó con mucho vigor la posibilidad de una generación espontánea de tales ideas entre los obreros rusos en 1902.) Pero, reviste igual importancia darse cuenta de que —y esto se halla estrechamente relacionado con lo que acabo de decir— no existe un «muro de Babilonia» entre los dos tipos de ideología, por lo que uno sencillamente no puede calificar al segundo de «superior» o decir que se encuentra en un nivel más alto que el primero. De hecho, existen considerables coincidencias entre los dos. Por ejemplo, entre las creencias «inherentes» de una generación, y for-

mando parte de su cultura básica, se encuentran numerosas creencias que originalmente fueron sacadas de fuera por una generación anterior.

Ejemplo de ello es el concepto del «yugo normando», sobre el que ha escrito Christopher Hill.[6] En última instancia dicho concepto se remonta a las antiguas «libertades» que fueron robadas a los «ingleses amantes de la libertad» por Guillermo el Normando (al que a veces, con muy poca elegancia, se llama «el Bastardo») y sus caballeros o bandidos normandos y que, enriquecidas por experiencias posteriores, se transformaron en una importante leyenda que sirvió al movimiento popular en Inglaterra hasta la época del cartismo en las décadas de 1830 y 1840.

Lo mismo puede decirse de las ideas religiosas, tales como las que se encuentran incorporadas en las enseñanzas de Lutero y Calvino y que, una vez adoptadas por el estado protestante y proclamadas desde el púlpito por varias generaciones de predicadores y pastores, al llegar el siglo XVII ya se habían convertido, de una forma u otra, en parte de la ideología «inherente» o cultura del pueblo en general. También aquí el segundo tipo, la ideología «derivada», solamente puede absorberse efectivamente si el terreno se ha preparado bien con anterioridad; de no ser así, será rechazada con tanta firmeza como los campesinos españoles de 1794 rechazaron la doctrina de los Derechos del Hombre (cuando ésta había sido bien acogida por los alemanes y los italianos e incluso por los polacos e irlandeses católicos), o del mismo modo que hoy día a los pueblos africanos o a los isleños del Pacífico, salidos recientemente de una sociedad tribal o feudal, les resulta difícil adaptarse a las ventajas del *laissez-faire*. Y, por supuesto, este tipo de resistencia ideológica no es privativo del pueblo llano, ya sea en África, Nueva Guinea o cualquier

6. C. Hill, «The Norman yoke», en John Saville, ed., *Democracy and the labour movement*, Londres, 1954, pp. 11-66.

otro lugar. El australiano Felix Raab ha escrito sobre las distintas acogidas que a las ideas radicales de Maquiavelo tributaron sucesivas generaciones de la *gentry* o burguesía rural y cortesanos ingleses en los siglos XVI y XVII: lo que para una generación era anatema la siguiente lo encontraba aceptable y para la tercera resultaba aburridísimo.[7]

Pero no se trata solamente de una cuestión de receptividad; quizá sea aún más significativo el hecho de que las ideas derivadas o más «estructuradas» sean a menudo una destilación más elaborada de la experiencia popular y de las creencias «inherentes» del pueblo. Así que no existe un movimiento de dirección única, sino una constante interacción entre las dos. El mismo Marx, que posiblemente fue el mayor proveedor de ideas «derivadas» de todos los tiempos, escribió en el *Manifiesto:* «Los postulados teóricos del comunismo ... sólo son expresiones generales de los hechos reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que transcurre ante nuestra vista».[8] Echando una mirada retrospectiva hacia la totalidad de la obra de Marx, Althusser, el filósofo comunista francés, amplía esta idea:

> Sin la lucha de clases del proletariado, Marx no habría podido adoptar el punto de vista de la explotación clasista, ni llevar a cabo su trabajo científico. En este trabajo científico, que aparece marcado por toda la cultura y el genio de Marx, *ha devuelto al movimiento obrero en forma teórica lo que tomó de él en forma política e ideológica.*[9]

Tampoco es esto privativo de Marx: es imposible no ver un eslabón entre las ideas democráticas de Rousseau y la batalla por la democracia que se libraba en su Ginebra natal mucho antes de que se librase en cualquier otro lugar de Europa, y

7. Felix Raab, *The English face of Machiavelli*, Londres, 1964.
8. *Manifiesto, op. cit.*, pp. 149-150.
9. L. Althusser, *op. cit.*, p. 9 (el subrayado es del autor).

mucho menos fuera de ella; y un joven estudioso norteamericano sugiere, en la reseña de un libro reciente, que la experiencia —y la ideología «inherente»— de los tejedores de seda de Lyon, los primeros trabajadores de Francia que lucharon *políticamente* por el derecho de «asociación» (allá por los inicios de la década de 1830), puede haber contribuido a la formulación de las teorías cooperativistas de los pensadores socialistas franceses Proudhon y Louis Blanc, que escribieron sus obras algunos años después.[10]

Pero entonces, ¿dónde hay que trazar la línea divisoria entre las dos ideologías? Al decir creencias «inherentes» me refiero, en primer lugar, a que los campesinos creían tener derecho a la tierra, ya fuese como propietarios individuales de la misma o teniéndola en propiedad común con otros campesinos. Es una creencia que informa las protestas del campesinado de México, Colombia o Nueva Guinea en nuestros días del mismo modo que informó las protestas de los campesinos europeos en las grandes rebeliones que protagonizaron en 1381, 1525 y 1789; los levantamientos contra los recaudadores de impuestos en el Japón del período Tokugawa; el hambre de tierra que sintieron los irlandeses durante la mayor parte del siglo XIX, o la resistencia del inglés a la *enclosure* o cercamiento de tierras entre los siglos XVI y XVIII. Análoga a la creencia campesina en la justicia común de que se le conceda sin trabas la propiedad de su tierra es la creencia del pequeño consumidor, tanto en pueblos como en ciudades, en su derecho de comprar pan a un precio «justo», según determinen la experiencia y la costumbre,[11] y la reivin-

10. William H. Sewell, en su crítica del libro *The Lyon uprising of 1834*, de Robert Bezucha, en *Social History*, 5 (mayo de 1977), pp. 688-689. No es éste un ejemplo perfecto, toda vez que las ideas básicas de los obreros y pequeños maestros lioneses ya habían resultado algo diluidas y «politizadas» por su asociación reciente (en 1834, pero no en 1831) con los Jóvenes Republicanos de la ciudad.

11. Véase especialmente E. P. Thompson, «The moral economy of the

dicación, por parte del obrero, de un salario «justo» en lugar de un salario que responda simplemente al capricho de su patrono o al recién inventado concepto de la oferta y la demanda. De la persistencia de estas demandas son testimonio elocuente la proliferación de disturbios relacionados con los alimentos en el siglo XVIII y principios del XIX, tanto en Francia como en Inglaterra, y las batallas de los ludistas y obreros rompemáquinas en los condados meridionales de Inglaterra durante el período posnapoleónico.

De forma parecida, en aquellos tiempos el inglés «nacido libre» invocaba sus «libertades» tradicionales y se amotinaba en el caso de que se las negaran, mientras que el pequeño *freeholder* o propietario libre de una tierra y el ciudadano ofrecían resistencia cuando hacendados y labradores «mejoradores», burgueses emprendedores o autoridades municipales intentaban (del mismo modo que a menudo hacen hoy día) desarraigarlos o desbaratar sus comunidades tradicionales en nombre del progreso. Aquellas gentes preferían el «tonto conocido» al sabio por conocer, y mirar hacia «el pasado» en vez de hacia «el futuro» en el sentido de que se mostraban más inclinados a reclamar la restauración de derechos perdidos o amenazados de expropiación que a exigir cambios o reformas. Pero había otros —y no sólo entre los «rebeldes primitivos» y las sociedades primitivas— que albergaban creencias milenarias o quiliásticas y que, por consiguiente, eran más propensos a arriesgar sus fortunas en aras de algún cambio súbito o regeneración, tales como los prometidos por una Segunda Venida de Cristo o la «buena noticia», ésta más mundana, de que Luis XVI había decidido convocar los Estados Generales para el verano de 1789.[12]

English crowd of the eighteenth century», *Past and Present*, n.º 50 (febrero de 1971), pp. 76-136 [trad. cast. incluida en el volumen *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 62-134].

12. Véase también el efímero movimiento milenario de los jornaleros

Existen también aspectos menos tangibles, menos fáciles de documentar —por ejemplo, los que escritores franceses como Leroy Ladurie, Mandrou y Vovelle han denominado las *mentalités* y la *sensibilité collective* del pueblo llano— y que, al igual que los elementos cambiantes de la «cultura plebeya» de E. P. Thompson, en modo alguno están limitados a la protesta. Pese a ello, también pueden tener su importancia en este sentido y Michel Vovelle nos ha mostrado de qué manera la *sensibilité collective* de los campesinos y el *menu peuple* de Francia se anticipó en cierto sentido —por ejemplo, en el cambio de actitud ante la religión y la muerte y en su comportamiento en las fiestas populares durante los últimos años del Antiguo Régimen— a algunos aspectos de la ideología popular manifestada durante las *journées* revolucionarias de 1789.[13]

Este tipo de ideología puede presentarse como una mezcla de creencias a menudo dispares, entre las que resulta difícil distinguir el elemento verdaderamente «inherente» del «derivado» hace menos tiempo; a grandes rasgos esto corresponde a lo que quería decir Gramsci al hablar del elemento «contradictorio» de la ideología del pueblo llano italiano. Hobsbawm cita el caso del líder bandolero italiano de la década de 1860 —la época de las guerras de Garibaldi— que dio a conocer la siguiente proclama:

> Fuera con los traidores, fuera con los mendigos, viva el bello reino de Nápoles con su muy religioso soberano, viva el vicario de Cristo, Pío IX, y vivan nuestros fervorosos hermanos republicanos.[14]

---

agrícolas de Kent en 1838, en P. G. Rogers, *Battle in Bossenden Wood*, Londres, 1961.

13. M. Vovelle, «Le tournant des mentalités en France 1750-1789: la "sensibilité" pré-révolutionnaire», *Social History*, n.º 5 (mayo de 1977), páginas 605-629.

14. E. J. Hobsbawm, *Primitive rebels*, Manchester, 1959, p. 29 [trad. cast.: *Rebeldes primitivos*, Ariel, Barcelona, 1968].

A un nivel social inferior, los campesinos irlandeses conocidos con el nombre de *defenders* en la década de 1780 tenían una ideología aún más confusa, en la que se disputaban los primeros puestos el nacionalismo, los sentimientos republicanos y católicos y la devoción por las revoluciones norteamericana y francesa.[15]

Parecida mezcolanza de lealtades (aunque en este caso difícilmente se puede hablar de confusión) se encuentra en la devoción por el rey, el zar o el emperador que siguen mostrando los campesinos que se han alzado en armas contra los hacendados o el mismísimo gobierno de la monarquía. Este fenómeno fue especialmente visible en Europa durante el período de la autocracia o monarquía absoluta. En la Francia de antes de la revolución los nuevos monarcas eran recibidos con grandes despliegues de verdadero entusiasmo popular y los campesinos amotinados manifestaban su lealtad por medio de consignas de doble filo como *Vive le Roi et sans gabelle* (en 1674) o *Vive le Roi et que le pain ramende!* (en 1775); y se necesitaron más de dos años de revolución y nueve meses de guerra «revolucionaria» para que incluso los ciudadanos de París (no hablemos ya de los campesinos) se mostraran dispuestos a presenciar la ejecución del rey por traidor. Y de la Rusia del siglo siguiente Hobsbawm cita dos ejemplos reveladores de la lealtad que los campesinos seguían mostrando hacia el zar, su protector, mucho después de haber encontrado razones para odiar o desconfiar de sus ministros. El primero procede del Volga en tiempos de Alejandro II, cuando los campesinos revoltosos se dirigen del modo siguiente al general enviado a sofocar la rebelión: «No hagas fuego

15. Véase el catecismo de un *defender* citado por M. R. Beames. *Journal of Peasant Studies* (julio de 1975), p. 504. Para una confusión similar en la ideología de los cultos «cargo» y los movimientos huelguísticos en la actual Nueva Guinea, véase E. Ogan, «Cargoism and politics in Bougainville 1962-1972», *Journal of Pacific History*, IX (1974), pp. 117-129; y B. Gammage, «The Rabaul strike, 1929», *ibid.*, X (1975), pp. 3-29.

contra nosotros, estás disparando contra Alejandro Nikolaievich, estás derramando la sangre del zar».[16] El segundo procede de Poltava y data de 1902, cuando los campesinos están saqueando una hacienda y el propietario, sintiéndose amenazado, les recuerda que siempre ha sido amigo suyo. «¿Pues qué vamos a hacer? —le respondieron varias voces—. Esto no lo hacemos en nombre nuestro, sino en el del zar.» [17]

Pero esta ideología «inherente», ¿adónde puede llevar por sí sola a los que protestan? Puede empujarlos a la huelga, a protagonizar disturbios pidiendo alimentos o rebeliones campesinas (con o sin éxito); e incluso a tomar conciencia de la necesidad de un cambio radical (lo que los historiadores franceses denominan una *prise de conscience*); pero es evidente que no puede llevarlos a la revolución, ni siquiera en calidad de satélites de la burguesía. Los límites los sugiere E. P. Thompson cuando explica cómo una cultura plebeya de la Inglaterra del siglo XVIII —la «cultura popular autoactivada y surgida de la experiencia y recursos del propio pueblo»— fue capaz, en diversos aspectos, de impedir que la hegemonía de la *gentry* se hiciera demasiado omnipresente. Entre los logros populares debidos a esta resistencia cita: el mantenimiento de su cultura tradicional; la detención parcial de la disciplina laboral del industrialismo precoz; la ampliación del alcance de las *Poor Laws* o leyes de pobres; la garantía de suministros de grano más abundantes; y, además, «disfrutaban de la libertad de ir por las calles dando empujones y codazos, de embobarse y vitorear, derribar las casas de panaderos o disidentes odiosos y de una disposición generalmente revoltosa que dejaba atónitos a los visitantes extranjeros y que casi les inducía a creerse "libres"».[18]

16. *Primitive rebels*, *op. cit.*, p. 121.
17. *Ibid.*, p. 186.
18. E. P. Thompson, «Eighteenth-Century English society: Class struggle without class?», *Social History*, III, 2 (mayo de 1978), pp. 137-165, especialmente pp. 164-165 [trad. cast. incluida en el volumen cit. en n. 11].

Pero los logros populares de esta índole, ya fuesen en la Inglaterra «preindustrial» o en otra parte, no podían ir mucho más allá de este punto sin que la «cultura plebeya» o ideología «inherente» del país se viera complementada por ese elemento «derivado» del que hablé anteriormente: las ideas políticas, filosóficas o religiosas que, en diversas fases de elaboración, quedaban absorbidas por la cultura más concretamente *popular*. En el contexto histórico al que me estoy refiriendo, estas ideas tendían a mirar hacia «adelante» más que hacia «atrás», a postular la reforma más que la restauración, y lo más frecuente era que —de nuevo, en el período que Robert Palmer ha llamado de la «revolución democrática»— fuesen las ideas transmitidas, a veces de segunda mano, por los principales contrincantes de la aristocracia: la nueva y emprendedora burguesía. Pero podían ser conservadoras o mirar hacia «atrás», como en los movimientos religioso-monárquicos de los campesinos franceses en la Vendée después de 1793, de los ciudadanos napolitanos y romanos contra los franceses en 1798-1799, o de los campesinos españoles contra Napoleón en 1808; y, sin embargo, es interesante observar, en el primero de estos ejemplos, que los campesinos de la Vendée pasaron primero por el proceso revolucionario y no se volvieron contra la Convención jacobina de París hasta que les pareció que la revolución iba directamente en contra de sus esperanzas.

En cualquier caso, este adoctrinamiento o, para ser más exactos, esta fusión de ideas «inherentes» y «derivadas» tuvo lugar en etapas y niveles distintos. En la etapa más elemental podía presentarse bajo la forma de consignas, tales como las de «Muerte a los agentes del fisco» y «No hay impuestos sin representación» de los rebeldes norteamericanos; o las de «Fuera la alcabala» o «Abajo el papismo» que gritaban los londinenses del siglo XVIII; o, nuevamente, *Vive le Parlement* y, poco después, *Vive le tiers état* que coreaba el *menu peu-*

ple parisiense en vísperas de la revolución. Una variante era la utilización de símbolos como «Papismo y zuecos» o la plantación ritual de Árboles de la Libertad y la conversión de la tradicional quema del Papa en la quema en efigie de los ministros de Jorge III en el Boston prerrevolucionario. A un nivel levemente superior se produjo la incorporación en el habla popular de términos radicales como «patriotas» (en los tres países citados) y (en Francia) el «contrato social», el «Tercer Estado» y los «Derechos del Hombre». Este último dio también su nombre a un programa político más estructurado, a saber: la Declaración de Derechos de la Revolución francesa (agosto de 1789) que siguió al anterior programa de la revolución en América del Norte proclamado en la Declaración de Independencia de 1776.

Como es natural, los medios de transmisión de estas ideas nuevas eran distintos en cada país; pero, desde luego, en todos ellos era mucho lo que dependía del nivel de alfabetización del pueblo llano. Resulta difícil encontrar estadísticas fidedignas y las pruebas de alfabetización que se hacían —por ejemplo, las firmas en los registros matrimoniales, en informes policiales y documentos por el estilo— variaban de un país a otro e incluso entre las regiones de un mismo país. Pero con la ayuda de pruebas de esta índole que los estudiosos han interpretado para nosotros, podemos conjeturar que, en vísperas de la «época de las revoluciones» del siglo XVIII, el *menu peuple* norteamericano, estando más versado en la lectura de la Biblia, probablemente era más culto [19] que el inglés y éste (que para entonces, al igual que los norteamericanos, carecía virtualmente de campesinado) era a su vez más culto que el francés. Un cálculo aproximado hace suponer que entre las grandes ciudades (y a la sazón no había en América

19. En el presente contexto el adjetivo «culto» (*literate* en el original) se refiere únicamente a la capacidad de leer y escribir, y no a la posesión de un gran cúmulo de conocimientos. (*N. del t.*)

del Norte ninguna que pudiera calificarse de tal) París y Londres tendrían un índice de alfabetización de alrededor del 40 o el 50 por ciento, yendo los jornaleros detrás de los artesanos y las mujeres detrás de ambos.[20] Tanto era así que tal vez bastante menos de la mitad del *menu peuple* parisiense y seis o siete de cada diez artesanos eran capaces de firmar su nombre o de leer el mensaje revolucionario del día transmitido por medio de los numerosos folletos y diarios de redacción sencilla que existían en aquella época. (Los escritos de Rousseau iban dirigidos exclusivamente a una élite culta y probablemente sólo llegaban al lector plebeyo de segunda o tercera mano.) Pero hasta la palabra escrita podía transmitirse por otros medios: en las provincias francesas de 1789, por ejemplo, los pasajes de los diarios y las cartas relativos a los grandes acontecimientos que tenían lugar en Versalles y París se leían en voz alta desde el balcón del *hôtel de ville* de las ciudades y poblaciones con mercado. Pero aún más omnipresente era la palabra hablada, que podía transmitirse a través del púlpito, el ejército o las reuniones de los puritanos elegidos (como sucedió en Inglaterra durante la década de 1640); mientras que en la Francia de 1789 era en el pequeño taller, la típica unidad de producción industrial en las ciudades de la época, donde el artesano recibía de su maestro las consignas y juntos discutían los grandes acontecimientos utilizando el

20. Para un estudio de la alfabetización popular en la Francia del siglo XVIII, véase D. Mornet, *Les origines intellectuelles de la Révolution française*, París, 1933, pp. 420-425; y (para París) G. Rudé, *The crowd in French Revolution*, Oxford, 1959, pp. 210-211. Para Gran Bretaña en el siglo XVIII, véanse varios artículos en *Past and Present*, especialmente Lawrence Stone, «Literacy and education in England, 1640-1900», n.º 42 (febrero de 1969), pp 69-139; y Michael Sanderson, «Literacy and social mobility in the Industrial Revolution in England», n.º 56 (agosto de 1972), pp. 75-104. Ambos muestran un índice relativamente alto de alfabetización entre los jornaleros y sirvientes (cerca del 40 por ciento) alrededor de 1700-1750 y un marcado descenso en el tercer cuarto de siglo, volviendo a registrarse un breve aumento alrededor de 1775. Pero no existen cifras nacionales fidedignas para Gran Bretaña antes de 1840.

nuevo lenguaje en boga. En París existían además las tabernas, los mercados y las tahonas, que tanto los hombres como las mujeres utilizaban a un tiempo como foro para el debate y plataforma de lanzamiento de la agitación y la revuelta populares.

Así fue cómo, de una u otra manera, estos conceptos «derivados» quedaron injertados en los conceptos y creencias «inherentes» y la nueva ideología popular tomó la forma de una amalgama de ambos tipos de concepto. No es de extrañar que el proceso fuese más rápido en las ciudades que en los pueblos y que fuese también mucho más rápido en tiempos de revolución (de los que he sacado la mayoría de mis ejemplos) que en épocas de calma social y política. Pero hay que recalcar que tanto si la mezcolanza resultante tomaba una forma militante y revolucionaria como si era de índole conservadora y contrarrevolucionaria, ello dependía menos de la naturaleza de los receptores o de las creencias «inherentes» de las que éstos habían partido, que de la naturaleza de las creencias «derivadas» resultantes de las circunstancias imperantes a la sazón y por lo que E. P. Thompson ha denominado «el fuerte codazo de la experiencia».[21] Lo que pretendo decir es que hay que tener en cuenta tres factores en lugar de solamente dos: el elemento «inherente» que, como hemos apuntado antes, era la base común; el elemento «derivado» o ex-

21. La oración completa dice: «Esta cultura [la "cultura plebeya activadora de sí misma"] ... constituye una amenaza omnipresente para las descripciones oficiales de la realidad; si reciben el fuerte codazo de la experiencia, la intrusión de propagandistas "sediciosos", los movimientos religioso-monárquicos pueden convertirse en jacobinos o ludistas, la leal marina zarista puede transformarse en una flota insurreccional bolchevique». Thompson, «Eighteenth-Century English society: Class struggle without class?», art. cit., p. 164. Lo cual es más o menos lo mismo que digo yo. Pero yo afirmo también que el proceso puede ser a la inversa o, cuando menos, tomar otro rumbo: la «flota bolchevique» tuvo también su «Kronstadt». O, como veremos, el obrero con conciencia de clase de Oldham (al estilo de la década de 1830) puede convertirse en defensor de la colaboración entre las clases antes de 1848. (Véanse pp. 209-210 y 214-215 más adelante.)

terno, que sólo podía absorberse efectivamente si el terreno era preparado de antemano; y las circunstancias y experiencias que, en último término, determinaban la naturaleza de la mezcla final. Sólo de esta manera podremos entender por qué los *sans-culottes* de París siguieron siendo revolucionarios mientras que muchos de sus colegas de Lyon, Marsella y otras ciudades, cuyas creencias «inherentes» eran más o menos las mismas que las suyas y que habían experimentado un bautismo revolucionario similar, más tarde, bajo el impacto de una nueva serie de ideas («girondinas») cambiaron de bando; y por qué los campesinos de la Vendée, cuyas creencias «inherentes» y aspiraciones se parecían a las de los campesinos del resto de Francia, en las circunstancias imperantes en la primavera de 1793 permitieron que sus antiguas ideas revolucionarias fuesen desplazadas por otras.

De todos modos, la cosa no es tan sencilla como parece, ya que en todos los casos de este tipo y sin que importe la forma en que «el bizcochito se haga migas (a la larga)», la tozudez de las creencias «inherentes» originales es tal que las nuevas ideas «derivadas», ya sean progresistas o conservadoras, que llegan a través de los canales de transmisión —y esto no es privativo del período «preindustrial»— probablemente no serán las mismas que entraron en ellos. Por consiguiente, este proceso de injertación jamás pudo reducirse a una sencilla fórmula de $A + B$. Quizá sí hubiera podido hacerse si el elemento «inherente» hubiese sido un receptor puramente pasivo. Pero, de hecho, en el caso de todas las clases y no sólo en el de las clases «populares», en el curso de transmisión y adopción todas las ideas «derivadas» sufren una gran transformación: su naturaleza dependerá de las necesidades sociales o de los objetivos políticos de las clases que están dispuestas a absorberlas. Fue una lección que Martín Lutero aprendió en la década de 1520, cuando los campesinos alemanes, con gran indignación por parte de Lutero, interpretaron literal-

mente sus enseñanzas y las utilizaron como base de su rebelión contra los príncipes, a los que Lutero consideraba benefactores y no opresores, como los consideraban los campesinos. A fines de la década de 1780 la burguesía francesa, viéndose en la necesidad de hacer una revolución, escogió la teoría de Rousseau sobre la «soberanía popular» y su «contrato social» a guisa de justificación ideológica de su rebelión contra la nobleza y el despotismo real. Esto sucedió mucho después de que el parlamento aristocrático francés y los aristócratas de Hungría y Polonia empezaran a utilizar de forma muy distinta las ideas de Rousseau —así como las de Montesquieu— con el fin de reforzar el «elemento aristocrático» contra la corona. Las «clases bajas» francesas, especialmente los *sans-culottes* de París, aprendieron su lección y, habiendo adquirido el nuevo lenguaje revolucionario de la aristocracia liberal y de la burguesía, lo adaptaron a sus propios fines y a veces lo emplearon eficazmente contra sus antiguos maestros. Volveremos a ocuparnos de ello en un capítulo posterior.

Una última cuestión —que aquí tocaremos sólo por encima— es lo que le ocurre a esta nueva ideología popular, forjada en el fuego de la revolución, cuando la fase «popular» de ésta termina o cuando se afianza la contrarrevolución. ¿Quiere decir, por ejemplo, que tras la derrota de los *levellers* o niveladores ingleses en Burford en 1649, de los *sans-culottes* parisienses en 1795, o incluso de los *ouvriers* franceses en junio de 1848... quiere decir, repito, que toda la experiencia política que habían adquirido en el curso de la revolución se perdió y que tendrían que empezar de nuevo cuando viniera la siguiente ronda de revoluciones después de un respiro apropiado? No, es obvio que no. La reacción podía ser real, como lo fue bajo el protectorado de Cromwell y la restauración en Inglaterra y bajo el imperio napoleónico y la restauración en Francia. Pero también es cierto que la tradición revolucionaria popular, tras vivir bajo tierra para ocultarse de la mi-

rada de las autoridades, sobrevivió y reapareció bajo nuevas formas y bajo nuevas condiciones históricas cuando el «pueblo» —es decir, los receptores de la anterior serie de ideas «derivadas»— también había sufrido una gran transformación. Pero también este tema lo discutiremos en capítulos posteriores.

Segunda parte

LOS CAMPESINOS

CAPÍTULO 1

EN LA EUROPA MEDIEVAL

En primer lugar consideraremos el caso de los campesinos empezando por Europa en la Edad Media. El campesino típico de la Europa medieval era un modesto cultivador rural que vivía de su tierra, trabajaba para su señor y para sí mismo y cuya economía —tanto si producía aceitunas y vino en el clima cálido y seco del Mediterráneo como si cultivaba trigo o (más adelante) patatas o criaba ovejas o ganado vacuno en las llanuras y valles de las regiones orientales y occidentales, más húmedas y destempladas— era en esencia autosuficiente; y es interesante observar, como explica Rodney Hilton, que poco dinero podía gastar el cabeza de una familia campesina de la época en lujos o en artículos urbanos para sí mismo o para su familia incluso en un momento en que la civilización medieval alcanzó su apogeo.[1]

El motivo principal de semejante situación no radicaba tanto en la escasez de artes y técnicas o la pobreza de la tierra que el campesino debía cultivar, como en las relaciones que se

1. Rodney H. Hilton, «Peasant society, peasant movements and feudalism in medieval Europe», en Henry A. Landsberger, ed., *Rural protest: Peasant movements and social change*, Londres, 1974 [trad. cast.: *Rebelión campesina y cambio social*, Crítica, Barcelona, 1978].

establecieron a partir del siglo x aproximadamente entre el pequeño cultivador, cuyo trabajo era la base de toda la riqueza, y el magnate hacendado o noble menor que, directa o indirectamente, poseía la mayor parte de la tierra y había reducido al campesino a la esclavitud. Bajo este sistema «feudal» los señores estaban ligados al rey o al duque mediante un pacto de vasallaje personal y, a cambio de mandar los ejércitos o levas reales o ducales, recibían tierras (definidas como tenencias «militares») así como control y jurisdicción sobre la masa del campesinado. De esta manera el campesino se convertía en villano o siervo, ligado a la tierra y, aunque la ley no le ligase al suelo, estaba obligado, en virtud de un contrato, a trabajar un número determinado de días al año en la propiedad del señor, así como a prestar multitud de otros servicios en dinero o en especie que le dejaban escasos medios u oportunidades de explotar su propia tierra o de sacar el mejor provecho económico de su derecho de apacentar el ganado o de buscar y recoger leña en los campos y bosques comunales. La justificación original de semejante servidumbre humana estribaba en que con ella se recompensaba al señor por la protección que brindaba a los campesinos en el tribunal señorial de justicia. Puede que la excusa tuviera algún sentido en las llamadas «edades oscuras» o *Dark Ages*, es decir, en los primeros tiempos del feudalismo, cuando la justicia tradicional se había desmoronado y las incipientes monarquías medievales naufragaban a causa del bandidaje de los barones y de la guerra civil; pero no cabe duda de que había dejado de servir para tal fin al empezar el siglo XI en la Europa occidental y meridional, toda vez que para entonces los tribunales y exacciones señoriales ya se habían transformado en instrumentos que servían para coaccionar y explotar al campesino en beneficio del señor en vez de protegerle de las bandas de forajidos.

Si la servidumbre personal era el rasgo más notable del

feudalismo medieval en el occidente de Europa (en la Europa oriental, por razones que se indicarán en un capítulo posterior, la condición de siervo no alcanzó su cenit hasta el siglo XVIII), en modo alguno puede decirse que su funcionamiento fuera universal. Mientras que el precepto *nulle terre sans seigneur* se cumplía de manera bastante general, en algunas partes de Alemania y Escandinavia (y en la mayor parte del norte de Italia) había pequeños núcleos de campesinos que gozaban del estatuto de hombres libres (y algunos siguieron gozando de él incluso en el apogeo de la reacción feudal que extendió la condición de siervo en el siglo XIV y más adelante) y que no estaban ligados a la tierra ni al *seigneur*; y había muchos más que, pese a no hallarse formalmente atados a la propiedad del señor, seguían careciendo prácticamente de libertad en el sentido de que tenían que pagar el alquiler tradicional por la utilización de la tierra, llevar su trigo al molino del señor para que allí lo moliesen, pagar *heriots* o sanciones cuando sus hijos o hijas se casaban o cuando alguna parte de sus propiedades cambiaba de manos (en Francia se les daba el nombre de *lods et ventes*), o pagar otros muchos tributos o impuestos que variaban de una propiedad o región a otra. Además, los señores disfrutaban de otros privilegios en la compra o venta de grano, en los derechos de caza y pesca y en el acceso a los pastizales comunes; y los privilegios y formas de esclavitud de esa índole no eran ni mucho menos privativos de la Europa medieval, como se verá en capítulos posteriores.

No es de extrañar que, en tales circunstancias, las exigencias y protestas campesinas se centraran en la reparación de agravios relacionados con la condición de siervo, en la mitigación de servicios y tributos onerosos, y en que se les liberase de los monopolios opresivos de que gozaban la nobleza y la *gentry*. Pero —nos dice Hilton— los campesinos rebeldes de la Edad Media raramente alzaban la voz para pedir tierra

o la confiscación de las grandes haciendas (cual es el caso de los movimientos campesinos modernos), especialmente allí donde se trataba de tierra cultivable; y añade que el equivalente medieval a la exigencia de confiscación de épocas posteriores consistía en la petición de alquileres más bajos y servicios menos onerosos o la abolición de los monopolios más ofensivos usurpados por los señores.[2]

Aunque las rebeliones campesinas fueron más frecuentes en la Baja Edad Media, cuando en la Europa occidental ya se había iniciado el proceso de disolución del viejo sistema feudal, basado en el vasallaje y la condición de siervo, hay casos de protestas campesinas violentas que se remontan casi a la «infancia» del feudalismo en regiones prósperas como Normandía o el norte de Italia. Consta en los anales la defensa de los derechos de pesca y caza por parte de los campesinos normandos contra su duque en el año 996; y, entre los años 882 y 905, hubo una disputa entre los campesinos del lago Como y su señor, el abad de San Ambrosio, en Milán, a causa de la prestación de servicios que se les exigían. Y, como sucedía a menudo, estas demandas iniciales iban seguidas de otras que llegaban más cerca del fondo de la cuestión, de la existencia de la condición misma de siervo.[3] A veces se hacía referencia a estos aspectos de mayor seriedad (aunque raramente se registraba el hecho en los anales oficiales) en afirmaciones atribuidas a los mismos campesinos. Así, por ejemplo, vemos que a los rebeldes campesinos normandos del año 996 se les oyó decir *nus sumes homes come il le sunt* y que, durante una disputa en torno a los servicios villanos que estalló en Inglaterra a fines del siglo XIII, los campesinos llegaron a gritar *nulli servire volumus*.[4] (Sin embargo, cuesta creer que un lenguaje como el de la última cita lo utilizaran sin ayuda

2. R. Hilton, en H. Landsberger, ed., *Rural protest*, p. 76.
3. *Ibid.*, p. 75.
4. *Ibid.*, p. 78.

ajena, aunque es muy posible que tales términos se debieran a algún escribiente o letrado que dejó constancia del suceso.)

Como es natural, el tema de la esclavitud personal y la posibilidad de su abolición se planteó de manera más fuerte y directa en los levantamientos de la Baja Edad Media, como, por ejemplo, en la violenta *jacquerie* que protagonizaron los campesinos franceses en 1358 y que se vio precipitada por la derrota militar que la nobleza había sufrido en Poitiers un par de años antes; y, de modo aún más concreto, en la revuelta campesina que estalló en Inglaterra durante 1381 y en la guerra campesina de Alemania en 1525. De este avance de la ideología campesina hacia una forma más madura de exigir la igualdad de condición y la liberación de la villanía por derecho da constancia G. M. Trevelyan en su comentario sobre la revuelta de 1381: «El levantamiento de 1381 [escribe] establece sin ninguna duda que el campesino había hecho suya la concepción de una completa libertad personal, que consideraba degradante realizar trabajo forzado y que consideraba la libertad como un derecho».[5]

No obstante, en todos estos movimientos de las postrimerías del medievo (al igual que en el alzamiento húngaro que en 1514 encabezó Dózsa), los campesinos encontraron líderes fuera de sus propias filas y parece ser que en cada caso la ideología inherente de los campesinos, nacida directamente de las privaciones y frustraciones que padecían bajo la dominación señorial, fue enriquecida por las ideas de líderes que generalmente habían surgido del clero inferior o de la pequeña nobleza, aunque también era frecuente que surgieran de entre los soldados desmovilizados o los campesinos ricos que habían conquistado su libertad mediante la conmutación o se habían peleado con las autoridades.

5. G. M. Trevelyan, *England in the age of Wycliffe*, p. 185; cit. en Betty y Henry Landsberger, «The English peasant revolt of 1381», en H. Landsberger, ed., *Rural protest*, pp. 127-128.

El trasfondo de los sucesos de 1381 en Inglaterra nos lo da la escasez de mano de obra ocasionado por la peste negra de 1340 y por la guerra de los Cien Años contra los franceses, contienda ésta que con algunas interrupciones se venía librando desde hacía ya cuarenta años. La escasez de mano de obra aminoró o dio marcha atrás al proceso de conmutación de las prestaciones de servicios por dinero, proceso que a los señores les había parecido ventajoso cuando la mano de obra abundaba y la adquisición de dinero era cuestión de primera importancia pero que ahora, al subir el valor de la mano de obra en el mercado, ya no les parecía atractivo. Esta inversión de la política liberalizadora (cuya expresión más notable fueron los Estatutos de los Trabajadores que el parlamento aprobó a partir de 1346) se agravó aún más a causa de la exacción (en 1380) de una capitación de un chelín a todas las personas, ya fuesen nobles, siervos o libres. La exacción, que naturalmente dejó sentir su mayor peso sobre los campesinos más pobres (para entonces ya había aparecido una clase formada por campesinos más ricos que daban empleo a trabajadores propios), fue la chispa que encendió la llama de la revuelta. El alzamiento se inició con la resistencia violenta que se ofreció a los recaudadores del citado impuesto en Essex, donde los lugareños primero se amotinaron y luego asesinaron a los funcionarios judiciales enviados a reprimirlos. En junio los disturbios se propagaron por todo el condado y en Kent rebeldes armados saquearon el castillo de Rochester, ocuparon Canterbury y abrieron las puertas de la cárcel. A la cabeza de los amotinados de Kent iban Wat Tyler, un artesano urbano, y John Ball, sacerdote y principal ideólogo del movimiento, quienes dieron el tono de la rebelión al formular la osada pregunta: «Cuando Adán cultivaba la tierra y Eva hilaba, ¿quién era entonces el caballero?».

Los hombres de Kent y Essex marcharon sobre Londres en columnas separadas, soltando más presos (incluyendo al

propio Ball) de las prisiones de Marshalsea y King's Bench en Blackheath. «Se produjo entonces —dice la *Cambridge Medieval History*— una clara traición en el seno del propio gobierno de la ciudad»; y con tal ayuda los rebeldes penetraron en ella por dos puntos, abrieron más cárceles y saquearon y destruyeron las propiedades de los blancos principales de su odio: Juan de Gante, Hales el tesorero, y letrados en general. Hales sufrió el mayor castigo: poco después él y el canciller, Sudbury, fueron arrastrados por las calles y decapitados en Tower Hill.[6]

Mientras tanto el Consejo real había decidido adoptar una actitud más conciliadora y se concertó una entrevista, en Mile End, entre el joven rey Ricardo II y Wat Tyler y sus rebeldes. En ella se acordó la abolición del villanaje y de las prestaciones feudales y que la tierra que se hallaba en régimen de tenencia feudal se arrendaría en tenencia libre; se acordó también poner fin a los monopolios y a las restricciones sobre la adquisición de tierras. Al día siguiente prevalecieron consejos más severos y en una segunda entrevista Walworth, el alcalde de Londres, hirió mortalmente a Tyler, a lo que siguió el extraordinario episodio del joven rey cabalgando hasta las filas rebeldes y prometiendo ocupar el lugar de Tyler y ser su líder. Fue un gesto acertado, ya que los rebeldes (como ocurría tan a menudo en los alzamientos campesinos) no albergaban agravio alguno contra el rey y acogieron de buen grado su ofrecimiento. De esta manera se encontraron cogidos en una trampa, se retiraron hacia el norte y en Clerkenwell se dispersaron pacíficamente.

Pero la noticia se extendió con relativa lentitud y transcurrió algún tiempo antes de que la muerte de Tyler se conociera en los condados situados al norte de Londres. Así pues,

6. Esta crónica y lo que sigue proceden en su gran parte de *Cambridge Medieval History*, vol. 7; cit. en B. y H. Landsberger, art. cit., en H. Landsberger, ed., *op. cit.*, pp. 96-98.

hubo tiempo suficiente para que llegase a su conocimiento la «buena noticia» de que el rey había liberado a todos los siervos y abolido los servicios feudales. La noticia era transmitida a los pueblos por jinetes que recorrían velozmente los caminos rurales y, al oírla, los campesinos se sentían empujados a seguir el ejemplo de los hombres de Kent y Essex. Hubo alzamientos en East Anglia el 12 de junio (el mismo día de la primera reunión de Mile End) y, al cabo de cinco días, en Cambridgeshire y Hertfordshire. En Cambridgeshire el principal agravio de los campesinos era la exacción de *manorial dues* o tributos dominicales excesivos y en veinte pueblos se encendieron hogueras para quemar documentos pertenecientes a terratenientes impopulares; y, en algunos pueblos, la quema de documentos fue acompañada por la de la propia casa del señor, lo cual fue un avance interesante de otros sucesos, más famosos éstos, que tendrían lugar en Francia durante el verano de 1789. Al igual que en Londres, se registraron ataques contra los funcionarios responsables del cobro de la odiada capitación, así como contra jueces y letrados; pero, una vez más como en la *Grande Peur* (el Gran Miedo) de 1789, en Cambridgeshire, donde, como dice Oman, «abundaban todas las formas de violencia», los campesinos se mostraron muy comedidos al administrar justicia a las personas, y solamente se tiene constancia de dos muertes (una de ellas la de Edmund Waller, un juez acaudalado).[7] La rebelión se extendió hacia el norte y alcanzó los pueblos y ciudades de Yorkshire; pero la pérdida de los líderes principales (Ball y otros volvían a estar encarcelados) había dado nuevos ánimos al gobierno y a la nobleza y todo acabó al finalizar el mes de junio; la rebelión había durado un mes escaso.

Hemos apuntado ciertas similitudes entre la revuelta campesina inglesa y otras rebeliones de la época o de siglos pos-

7. Sir Charles Oman, *The Great Revolt*; citado en B. y H. Landsberger, *op. cit.*, p. 98.

teriores: la veneración de la persona del rey y el odio a sus «malos» consejeros; el cuidado con que se seleccionaban las víctimas (muy distinto de los excesos sanguinarios de la *jacquerie*, menos organizada que la revuelta inglesa); la destrucción de documentos que registraban las obligaciones de los campesinos para con sus señores, destrucción que tenía lugar tanto en la plaza del pueblo como conjuntamente con la propia casa señorial. Pero otros rasgos fueron privativos de la revuelta campesina inglesa y de las circunstancias que la provocaron. Uno de ellos fue el cobro de la capitación, que unió a lugareños y ciudadanos en una causa común, contrariamente a lo que sucedió en algunos levantamientos campesinos de la época. Ello resulta evidente si se examina la composición de los rebeldes y si se tiene en cuenta la complicidad activa de algunos importantes ciudadanos londinenses que les facilitaron la entrada en la ciudad el 11 de junio. Las relaciones entre los londinenses y los campesinos de Essex —donde el principal agravio era la condición de siervo— eran especialmente estrechas: a juzgar por un informe preparado por los *sheriffs* de Middlesex, parece ser que desde el 30 de mayo dos carniceros de Londres (entre otros) recorrían el condado llamando a las armas: «¡A Londres!». «Si estos londinenses —escribe un historiador del acontecimiento— no crearon la revuelta en Essex, al menos la organizaron y dirigieron y le dieron el objetivo preciso que su odio había escogido.» [8] Tampoco, como ha quedado ampliamente demostrado, se puede clasificar en un solo grupo o clase a los mismos campesinos, que formaban las tropas de choque de la rebelión. Entre los participantes estaban los siervos cuyo principal agravio era su propia condición de tales, como sucedía en Essex. En otras partes el principal apoyo de la rebelión vino de ex siervos que habían obtenido la

8. C. Petit-Dutaillis, introducción a *Le soulèvement des travailleurs d'Angleterre en 1381*, París, 1898, p. LXXII; cit. en B. y H. Landsberger, *op. cit.*, p. 123.

libertad mediante la conmutación de sus servicios, pero que se encontraban con sus salarios restringidos por los Estatutos de los Trabajadores; y, una vez más, estaban también los campesinos ricos, cuya queja principal era que los citados estatutos no sólo mantenían bajos los salarios sino que, además, favorecían a los señores porque restringían la libertad de movimiento de la mano de obra que aquéllos deseaban contratar. Pero la cuestión principal, la que eclipsaba a todas las demás, era la condición de siervo propiamente dicha, puesto que los señores —y el gobierno encargado de proteger sus intereses— estaban decididos a sujetar con mayor fuerza a los siervos después de la peste negra, origen fundamental de la rebelión. Y volviendo brevemente a la ideología de los campesinos, diré que al parecer (como señaló Trevelyan) fue la experiencia de ver frustradas sus esperanzas a causa de la reacción nobiliaria desde la década de 1350 el factor que, mezclado con las prédicas de John Ball, el sacerdote «loco» de Kent, hizo que los campesinos se mostrasen receptivos a la idea de que la libertad personal y la igualdad de condición ya no eran un espejismo escurridizo sino que (en circunstancias favorables) constituían una meta alcanzable.

Los campesinos alemanes de 1525 tuvieron muchas más oportunidades que sus colegas ingleses de 1381 para dejar cierto número de crónicas fidedignas acerca de los objetivos que su rebelión perseguía. La más importante de tales crónicas fueron los Doce Artículos de Suabia, que un oficial peletero redactó en nombre de los campesinos del sudoeste en la ciudad de Memmingen entre el 27 de febrero y el 1 de marzo de 1525. Y, aún más que la rebelión inglesa, la guerra campesina alemana nació de una honda polémica religiosa —la Reforma— que seis años antes habían precipitado las famosas tesis de Lutero; de modo que el movimiento reflejó inevitablemente la demanda de mayor libertad en el seno de la Iglesia, libertad que, en la mayoría de los manifiestos campesinos,

aparecía al lado de la abolición de la servidumbre y de los servicios y tributos feudales más onerosos; y era también inevitable que una parte importante de la dirección y organización de los ejércitos campesinos estuviese a cargo de pastores protestantes que debían su inspiración a Lutero o a sus lugartenientes más militantes. De hecho, el núcleo de la organización campesina lo constituyeron las Uniones Cristianas, las cuales, actuando a escala estrictamente provincial, unieron unas con otras a las numerosas hermandades o alianzas de creyentes protestantes surgidas a raíz de la Reforma luterana. Estas Uniones tenían el objetivo cuádruple de reclutar nuevos miembros, presentar un frente común contra la nobleza, dirigir las operaciones militares y poner en práctica las reformas deseadas. En conjunto las Uniones consiguieron reunir, en el mes que siguió al estallido de la guerra, no menos de 300.000 seguidores armados sólo en el sudoeste de Alemania. Además, había grupos más reducidos de rebeldes que surgían espontáneamente, sin que los guiasen los pastores luteranos locales, y que atraían o reclutaban a sus propios líderes locales —artesanos, comerciantes, clérigos de poca monta, etcétera— para que les dieran cohesión, redactaran sus demandas y les ayudaran a definir de forma más concreta su ideología de protesta.[9]

No obstante, los orígenes de la guerra campesina alemana se remontan a tiempos anteriores al desafío luterano. Fue la última de una larga serie de «conspiraciones» campesinas que tenían un origen común en la creciente explotación feudal que, al igual que en Inglaterra, era una de las características de la época. En las haciendas de Suabia, en la Selva Negra sudoccidental, y en la Alta Alsacia, regiones que se convirtieron en centros de revuelta campesina, la condición de siervo se hacía cumplir con mayor rigor o (como también sucediera

9. Henry Cohn, «The peasantry of Swabia, 1525», en Janos Bak, ed., *The German Peasant War*, número especial de *Journal of Peasant Studies*, 3 (octubre de 1975), pp. 12-13.

en Inglaterra un siglo antes) volvió a introducirse allí donde estaba en decadencia, se había recortado el derecho de tenencia, aumentado los tributos feudales como respuesta al alza de los precios en la ciudad y restringido el acceso a los terrenos comunales. Además, es significativo que estas regiones revoltosas estuviesen cerca de ciudades y fuesen comarcas donde las relaciones entre la ciudad y el campo eran insólitamente estrechas, y el sudoeste en especial había presenciado un rápido crecimiento demográfico; y esto, a su vez, había agudizado las diferencias sociales en los pueblos, elevando la categoría del campesino más rico y empujando hacia el empobrecimiento al pequeño y mediano campesino.

En 1476 tuvo lugar la primera de esta serie de «conspiraciones» campesinas en el obispado de Würzburg, tristemente célebre como centro de mal gobierno y opresión, donde, bajo la influencia de un joven pastor-músico convertido en predicador, al que llamaban «Hans el Flautista», el movimiento cobró primero un cariz religioso-ascético e, inspirado por las prédicas de Hans, atrajo reuniones de 40.000 o más campesinos ante la capilla de la Virgen en Niklashausen. Pero Hans, que tenía otros objetivos en mente, no tardó en asociarse co dos caballeros, Kunz de Thurnfeld y su hijo Michael, y con la ayuda de los mismos convirtió a los devotos peregrinos campesinos en un cuerpo de insurgentes armados cuya meta consistiría en la toma del castillo del obispo de Würzburg. De los 34.000 hombres armados que respondieron a la llamada del Flautista más de la mitad depuso las armas y se dispersó pacíficamente cuando el obispo apareció al frente de una fuerza armada y prometió reformas; los demás no tardaron en recibir la orden de volver a sus casas, dejando a Hans reducido a la condición de prisionero que más adelante perecería en la hoguera.

El siguiente alzamiento importante tuvo lugar en 1502 y fue un movimiento muy organizado al que se denominó *Bund-*

schuh (la abarca de los campesinos) y que siguió a otras rebeliones de alcance más limitado ocurridas durante los anteriores setenta años y a las que se dio el mismo nombre. Las primeras revueltas de la *Bundschuh* se habían centrado en la resistencia a pagar impuestos; pero la de 1502 encontró un organizador modélico en la persona de un siervo joven (a la sazón esto representaba un fenómeno poco corriente) que respondía al nombre de Joss (Josef) Fritz y era natural de Untergrombach, cerca de Bruhsal. Joss supo combinar los fuertes sentimientos religiosos de sus hermanos campesinos con el convencimiento de que era necesario lanzar un ataque frontal contra el feudalismo. Su programa consistía en abolir toda opresión y dominio, poner fin a la condición de siervo, disolver las abadías y monasterios y acabar de una vez por todas con el pago de rentas, diezmos, tributos e impuestos, todo ello en nombre de «la justicia divina»; asimismo, las aguas, prados y bosques estarían a disposición de todo el mundo. El tema central del programa era: «Nada salvo la justicia de Dios», lo cual, huelga decirlo, significaba que había que destruir el orden feudal existente. Pero el movimiento fue víctima de la traición y la *Bundschuh* quedó sofocada. La alarma cundió entre el emperador y los príncipes, que exigieron la aplicación de un castigo ejemplar tanto a los participantes como a sus cómplices. Sin embargo, Joss Fritz consiguió escapar de sus perseguidores y organizar una nueva *Bundschuh* en Breisgau, a orillas del Rin, en 1513. Esta vez propuso un programa de mayor alcance con el fin de atraerse a círculos más amplios así en la ciudad como en el campo. Sin embargo, el plan volvió a ser víctima de la traición y, una vez más, Joss sobrevivió para formar una tercera conspiración —una nueva *Bundschuh*— en 1517, sólo para que volvieran a traicionarle. En 1514 apareció en Württemberg un movimiento similar, llamado del *Armer Konrad* (Conrado el Pobre, un apodo campesino), en el que estaban implicados tanto ciudadanos como

campesinos y que corrió una suerte parecida a la de la *Bundschuh.*

La guerra campesina de la década siguiente pudo aprender de la lección de ambos tipos de movimientos. Por un lado, la sociedad secreta, con el riesgo constante de ser traicionada desde dentro, fue abandonada y en su lugar se adoptó el movimiento de masas campesinas guiadas por líderes elegidos o nombrados; y, por otro lado, al movimiento regional limitado le sucedió otro con un radio de acción mucho más amplio. Y, por supuesto, en 1525 ya había aparecido también el fenómeno de Martín Lutero, quien con gran alarma y disgusto vio que los campesinos revoltosos le adoptaban como inspiración y líder supremo.

El alzamiento comenzó a principios de febrero de 1525 en la Selva Negra, cerca de Freiburg. A principios de marzo ya se había propagado por la mayor parte de Suabia, Franconia y Turingia y siguió extendiéndose hacia el sur hasta alcanzar el Tirol y penetrando en Carintia por el este. Mientras tanto un ejército de 300.000 o 400.000 insurgentes operaba solamente en la Alta Suabia, desde sus bases establecidas en seis campamentos armados; también las ciudades estaban involucradas en la rebelión y fue en la de Memmingen, en Algau, donde (como hemos dicho) se proclamaron los Doce Artículos en nombre de todos los campesinos del sudoeste de Suabia centrados en el Alto Algau. Estallaron más rebeliones y a mediados de abril la guerra cubría una zona equivalente a dos tercios de toda Alemania.

Los Doce Artículos de Suabia, que, más que cualquier otro documento, se convirtieron en el manifiesto oficial de la rebelión, no eran un documento especialmente militante. Empezaban (al igual que otros) afirmando el derecho a la libertad en el seno de la Iglesia, derecho que en este caso consistía en la demanda de que los pastores fuesen elegidos libremente por sus feligreses. Seguían varias peticiones encaminadas a re-

cortar el funcionamiento del feudalismo: tales como restringir el pago de diezmos, abolir la condición de siervo, devolver a los campesinos su tradicional derecho a la caza y a cortar leña en el bosque, abolir el *heriot* y restringir las prestaciones de servicios, pagar rentas justas, restaurar la administración equitativa de justicia por los tribunales y respetar los tradicionales derechos comunes en el campo y el bosque. Así pues, si bien los campesinos exigían su libertad personal, su hostilidad iba dirigida contra los excesos del feudalismo más que contra el sistema feudal en sí mismo.[10]

Más adelante otros manifiestos fueron a menudo de tono más militante, lo cual, según apunta Engels, dependía de la presencia en los campamentos de un núcleo de campesinos revolucionarios suscritos al programa más radical propuesto por Thomas Münzer, ex asociado de Lutero y ahora su encarnizado oponente.[11] Pero se trataba de una minoría reducida y el grueso del campesinado, una vez expresadas sus demandas, regresaba a casa y dejaba que sus portavoces negociaran con los magistrados y príncipes. Al mismo tiempo que reconocía que esto era una debilidad importante por parte de los campesinos, Engels creía también que otro elemento debilitador era el elevado número de ciudadanos andariegos y lugareños sin empleo («masas vagabundas de las capas inferiores del proletariado») que se colaban en los campamentos y se mostraban más dispuestos a hablar que a luchar. Engels insiste en que ello desmoralizaba gravemente a los campesinos.[12]

10. Cohn, en *JPS*, n.º 3, pp. 14-18.
11. F. Engels, *The Peasant War in Germany*, en *The German Revolutions*, Chicago, 1967, pp. 77-79 [ed. cast.: *La guerra de campesinos en Alemania*, trad. de Fedor Ganz, Cénit, Madrid, 1934].
12. Engels, *op. cit.*, p. 80. Con esta tesis no están de acuerdo otros historiadores que, ensanchando el alcance de la discusión, señalan el ejemplo de la China moderna, donde los ejércitos de Mao se reclutaron en gran parte entre los «desarraigados». (Véase, por ejemplo, Edward Friedman en el número especial de *JPS* dedicado a la guerra campesina, n.º 3, pp. 121-122.) Sin embargo, otras revoluciones aportan abundantes pruebas en apoyo del punto de vista de Engels.

Mientras tanto los príncipes, tras reaccionar con lentitud, habían movilizado sus ejércitos —con la bendición de Lutero— y barrido gradualmente a los rebeldes que seguían en el campo, región por región, sin encontrar ningún tipo de resistencia a gran escala o decidida. Thomas Münzer, que aún no había cumplido veintinueve años, fue capturado en Turingia un día de mayo y destrozado en el potro por sus principescos apresadores. Los encuentros finales se libraron en Suabia y Franconia a fines de julio, tras lo cual las últimas bandas de campesinos se rindieron y la guerra campesina terminó después de seis meses de rebelión.

Finalmente, ¿cómo valoraremos la ideología de unos ejércitos tan heterogéneos como los que combatieron en esta guerra campesina? Era tan dispar como la misma composición de los ejércitos, lo cual no ha de extrañarnos. Por un lado estaba el grueso de los campesinos, pequeños propietarios en su mayoría, que no estaban dispuestos a combatir en comarcas que no fueran la suya pero que, desde luego, ansiaban conquistar, ya fuese combatiendo o negociando, su liberación personal de la condición de siervo, así como impedir que los señores resolvieran sus problemas económicos a expensas de los campesinos aumentando unos impuestos y servicios ya onerosos, y ansiaban también asegurarse de que se respetaran las antiguas tradiciones y la justicia se administrase equitativamente. (Vemos, pues, que había una mezcla de actitudes atrasadas y avanzadas.) Había otros, desde luego, como las «masas vagabundas» que cita Engels, a quienes preocupaban más los salarios que los servicios o los impuestos y quizás aún más el botín que podían arrancar de los monasterios y castillos sitiados que su propia liberación o la de otros. Además, había la pequeña minoría militante de seguidores de Thomas Münzer que aspiraban a crear una república cooperativista o a tener los bienes en común, es decir, que tenían unos objetivos mucho más elevados que el simple derrocamiento del

feudalismo. Y en los márgenes de la guerra campesina estaban los caballeros y pequeños nobles que ya habían hecho su propia guerra («la guerra de los caballeros») contra la nobleza feudal y que a menudo se unían al bando de los campesinos; y los burgueses de las ciudades, varias de las cuales se hallaban en franca rebelión, cuyo antifeudalismo probablemente se limitaba a la búsqueda de mercados libres e instituciones electivas.

Así pues, en términos históricos la guerra campesina alemana cumplió dos objetivos. Como es evidente, jugó un papel nada insignificante en la historia de los movimientos campesinos alemanes y en el desarrollo de una ideología campesina cuyo núcleo era la libertad personal. Además de ello, cabe verla —al igual que la vieron Engels y algunos historiadores alemanes modernos que se ocuparon de ella— como parte de la crisis económica, religiosa y social de la Reforma, que fue una etapa importante en el largo período de transición del feudalismo al capitalismo.[13] Pero fue una etapa comparativamente precoz, toda vez que el capitalismo —que a la sazón era el único sucesor posible del feudalismo— no quedó establecido firmemente en Alemania hasta más de dos siglos después. Y de momento la burguesía, incluso la que se hallaba atrincherada más sólidamente en sus ciudades libres, no ganó nada con la guerra campesina; la vieja nobleza feudal y el clero perdieron gran parte de sus propiedades; y los campesinos, a pesar de todos sus esfuerzos, no obtuvieron ninguna ganancia, ya que las concesiones prometidas en el calor de la lucha fueron retiradas al superarse la crisis y el campesinado se sumió de nuevo en la esclavitud de la que había tratado de escaparse. Sólo los príncipes (según la conclusión de Engels en su crónica) fueron los verdaderos vencedores, puesto que —con la ayuda de Lutero— consiguieron ajustarles las cuentas al

13. Véanse diversos colaboradores en el citado número de *JPS*, n.º 3, especialmente R. Wohlfeil, E. Engelberg y G. Vogler, pp. 98-116.

viejo clero no reformado, a los magnates feudales y a los campesinos rebeldes, los cuales, para obtener la libertad, tuvieron que aguardar otros dos siglos y pico.[14]

14. Engels, *op. cit.*, pp. 114-117.

Capítulo 2

BAJO LA MONARQUÍA ABSOLUTA

Al producirse el advenimiento de lo que comúnmente se denomina el Antiguo Régimen en Europa, cuando la monarquía absoluta, en una u otra de sus diversas formas, era el sistema que con más frecuencia estaba en el poder, el feudalismo que hemos estudiado en el capítulo anterior había experimentado cierto número de cambios. En la Europa occidental se hallaba en decadencia en el sentido de que las tenencias militares ya habían pasado a la historia y la condición de siervo había desaparecido por completo en Inglaterra y era un factor que disminuía rápidamente en Francia, el oeste de Alemania y España. No obstante, en la Europa oriental, lejos de disminuir, el número de siervos fue en aumento, especialmente en Rusia, donde la servidumbre (o, para ser más exactos, la *chatteldom*) [1] se extendió rápidamente en tiempos de Catalina II cuando el imperio inició su expansión hacia el sur y el oeste y conquistó nuevos territorios a expensas de los polacos y los turcos. Pero en todos los países donde pervivieron la condición de siervo y el viejo sistema feudal de tenencia de la tierra, aunque fuese de forma modificada, el campe-

1. Del inglés *chattels*, es decir, bienes muebles, ganado, animales domésticos, etc. (*N. del t.*)

sino continuó sufriendo la indignidad de pagar múltiples servicios y tributos, sobre todo durante la segunda «reacción feudal» de finales del siglo XVIII. Además, sufría allí la humillación añadida de ser tratado como un ser inferior y despreciable. En el siglo XVIII —bajo la monarquía absoluta o gobierno principesco— los campesinos de Hildesheim, en Alemania, cumplían (según nos cuenta Jerome Blum) no menos de 138 obligaciones distintas con su señor, mientras que se ha dicho que en Livonia cada familia campesina debía dedicar 356 días laborables a sus amos; e incluso en Francia, país relativamente emancipado, donde por lo general a los campesinos les iba mejor que en otras partes, Turgot, durante el tiempo en que fue intendente de Limoges, calculó que los campesinos con tierra propia que había en la comarca pagaban entre el 50 y el 60 por ciento de sus ingresos anuales brutos en concepto de impuestos al rey y tributos a sus *seigneurs*.[2]

Poco tiene de extraño, pues, que bajo la monarquía absoluta como anteriormente bajo los reyes medievales, los campesinos no emancipados siguieran desafiando la codicia o brutalidad de sus señores y que con frecuencia exigieran que se les liberase de todas las restricciones personales. Pero el rasgo más común de la revuelta campesina en la «edad del absolutismo» era que fuese dirigida contra el estado o el monarca y sus impuestos más que contra el *seigneur* y sus tributos y obligaciones, e incluso a la servidumbre personal. La explicación, por supuesto, no es difícil de encontrar: las obligaciones para con el señor eran un agravio perenne que acabaría por resolverse mediante la rebelión campesina. La época en que Luis XIV construyó Versalles y otros gobernantes edificaron Sans Souci, Schönbrunn y San Petersburgo fue también una época de guerras costosas entre los grandes estados europeos, guerras que obligaban a gastar sumas inmensas con el fin de

2. J. Blum, *The end of the old order in rural Europe*, Princeton, 1978, pp. 50, 71.

mantener ejércitos en campaña y ampliar la maquinaria del estado para mayor gloria del gobernante absoluto o del «déspota ilustrado»; Francia, Prusia, Austria y Rusia tenían una experiencia común en tal sentido; y en la mayoría de ellas (Prusia constituyó la gran excepción) estallaron revueltas campesinas a gran escala que a menudo eran apoyadas y a veces dirigidas por otros elementos descontentos pertenecientes al clero o a la aristocracia.

Como demostración de lo que quiero decir tomaremos los ejemplos de Rusia, Austria y Francia y procuraremos ver, no sólo lo que hacían los campesinos, sino (en la medida en que nos lo permita la disparidad de nuestras fuentes) también lo que pensaban. En Rusia, donde la moderna nación-estado justo empezaba a aparecer, tras un largo período de mal gobierno y de disputas por la sucesión bajo los Romanov, a principios del siglo XVIII, estas luchas internas fueron mucho más encarnizadas y violentas que en otras partes. La revuelta encabezada por Stenka Razin, la primera de las dos grandes rebeliones de la época, nació directamente de los esfuerzos que los dos primeros zares de la dinastía Romanov, Mijail (1613-1645) y su hijo Aleksei (1645-1676), hicieron para edificar un estado unitario basado en Moscú bajo condiciones de guerras continuas con sus vecinos. El intento trajo consigo la exacción de impuestos onerosos, la restricción de libertades tradicionales (incluyendo el derecho de los campesinos a disfrutar de un grado considerable de libertad personal), la lucha contra las bandas de cosacos merodeadores; por no hablar de la reorganización de la Iglesia ortodoxa a expensas de los *roskols* (o adeptos de la Antigua Fe) y la elevación a cargos importantes de hombres «nuevos» que no pertenecían a la antigua clase noble (los «boyardos»), lo cual motivó depredaciones escandalosas a expensas del público que indignaron a la opinión conservadora e infligieron crecientes penalidades a los atribulados campesinos. Es natural, pues, que estos elementos per-

judicados e indignados participasen antes o después en la revuelta de Stenka Razin en el valle del Volga (1667). Stenka pertenecía a la clase alta de los cosacos viejos con base en el Don, de cuyas filas salieron sus primeros reclutas. Pero su movimiento creció como una bola de nieve al engrosar sus efectivos otros elementos tales como siervos fugitivos, *roskols* perseguidos por el gobierno, artesanos de las ciudades, pequeños comerciantes y soldados errantes; y fue un ejército abigarrado, compuesto por todos estos elementos dispares, el que, transcurridos unos meses, se presentó ante la ciudad-fortaleza de Astracán, en el sur del país, y la conquistó al cabo de un tiempo, convirtiéndola acto seguido en una república cosaca. Para entonces (alrededor de 1669) Stenka Razin ya empezaba a ser visto como un defensor de los oprimidos y en septiembre de 1670, al avanzar hacia el norte con el propósito de conquistar Nizhni Novgorod, Tambov y Penza, utilizó estas ciudades para lanzar una gran revuelta campesina en toda la región comprendida en la gran curva que describe el curso medio del Volga. Los campesinos de los pueblos se sublevaron, dieron muerte a sus señores, saquearon la tierra, destruyeron sus propiedades y formaron bandas itinerantes que a menudo se unían a Stenka en su avance al norte y oeste, hacia Moscú.

Mientras tanto cayeron también Samara y Saratov; pero Simbirsk rehusó abrir sus puertas y Stenka fue derrotado por el príncipe Baryatinsky, que iba al frente de un ejército de 70.000 soldados zaristas, en dos batallas sangrientas que se libraron en octubre de 1670 y que le obligaron a replegarse a su base de partida en las marismas del Don. La rebelión continuó de forma intermitente en media docena de distritos hasta principios de 1671, pero, al eclipsarse la estrella de Razin y disminuir su valor totémico, los cosacos o *cherkassks* se volvieron contra él, lo capturaron en la isla donde tenía su reducto y en abril lo enviaron preso a Moscú, donde fue ahorcado en junio de 1671.

¿Cuáles eran los objetivos de la rebelión de Stenka Razin y de los campesinos sublevados en particular? Parece ser que el propio Razin amplió sus objetivos y radicalizó sus exigencias a medida que la rebelión fue progresando y aparecieron en escena nuevos grupos de seguidores. Al final su programa pretendía la destrucción de la gran nobleza hereditaria, los gobernadores, la burocracia y la maquinaria moscovita del estado que funcionaban a lo largo y ancho de Rusia; sin embargo, y a pesar de sus esporádicas pretensiones republicanas, siempre expresó lealtad y respeto inquebrantables por la persona del zar. También parece ser que preveía una especie de democracia de pequeños propietarios bajo un zar patriarcal; y aquí, desde luego, es donde entrarían los campesinos una vez liberados de la condición de siervos y eximidos de sus cargas feudales. Así pues, los objetivos de Razin eran revolucionarios pero indudablemente utópicos, ya que no ofrecían ninguna alternativa de maquinaria estatal, ni planes para crearla, con la que reemplazar a la antigua.

¿Y qué papel desempeñaron los campesinos en el asunto? ¿Se les instó a participar activamente en su propia liberación? Hicieron poco, muy poco, aparte de liquidar a sus señores, como hemos visto; y no hay pruebas (al menos si nos atenemos a la crónica de Roland Mousnier) de que los campesinos tuvieran alguna ideología clara más allá de su odio por el sistema que los oprimía y la aspiración, más positiva, de ver cómo el mismo era eliminado, mágicamente, por así decirlo, aceptando la mano que Stenka les tendía para liberarlos.[3]

La rebelión de Yemelyan Pugachev, un soldado cosaco analfabeto, estalló en septiembre de 1773, duró hasta diciembre de 1774, y se ajusta plenamente a la misma tradición. También empezó entre los cosacos al ser recortadas aún más

3. Roland Mousnier, *Peasant uprisings in seventeenth-century France, Russia and China* (versión inglesa de *Fureurs paysannes*), Londres, 1971, pp. 196-229.

sus libertades; también creció como una bola de nieve y tuvo el mismo atractivo milenario y generalizado al prometer reparaciones a los de la Antigua Fe y libertad a la nación bashkiria que se extendía al este de los Urales, y provocó una revuelta campesina (que esta vez incluyó a los campesinos que trabajaban como obreros en las fundiciones de los Urales); y Pugachev, al igual que Razin, después de tomar cierto número de fortalezas y encaminarse hacia el norte y el oeste, en dirección al Volga, se puso al frente de una fuerza mixta integrada por cosacos, campesinos, adeptos de la Antigua Fe, bandidos y vagabundos y emprendió la marcha hacia Moscú, la capital tradicional (aunque desde tiempos de Pedro el Grande la capital oficial era San Petersburgo). Ambos movimientos provocaron un pánico similar entre los gobernantes y les obligaron a reunir sus fuerzas —tardíamente— y enviar un ejército con el fin de que desviara a los rebeldes de la capital y los derrotase en el campo de batalla. En ambos casos, además, el líder, tras ser idolatrado casi como un dios, fue apresado por sus propios seguidores, atado de pies y manos y entregado a las autoridades para que lo ejecutasen cuando su mortalidad se hizo evidente y perdió su valor como tótem.

Pero hubo dos diferencias importantes. Mientras que Stenka Razin se había proclamado republicano para granjearse el apoyo de los cosacos y se había dado por satisfecho con el título de *gosudar*, que podía aplicarse igualmente a un alto funcionario como el patriarca Nikón, Pugachev afirmó —como otros tantos «falsos Dimitris» en la Época de las Revueltas— ser el «verdadero zar», en este caso Pedro III, que había sido asesinado por la guardia palatina con la complicidad de Catalina, su esposa y sucesora. Presentándose como «el protector del pueblo» (en vista de que, entre los campesinos, Pedro tenía reputación de ser «el zar liberador»),[4] que se había librado

4. Durante un breve reinado los decretos de Pedro (febrero de 1762) habían convertido a los siervos de los monasterios en campesinos del estado,

milagrosamente de las balas de sus asesinos, Pugachev se granjeó el apoyo de los cosacos del distrito de Yaik, al sur de los Urales, y les prometió restaurar sus libertades tradicionales, a causa de las cuales ya estaban en franca rebelión. Seguidamente emprendió la marcha hacia el este, donde hizo promesas parecidas al pueblo bashkirio y a los adeptos de la Antigua Fe, y subió por el Volga para llevar un mensaje similar al que Razin diera en 1670 a los siervos (que representaban la mitad de la población) y a los campesinos estatales de las regiones del curso medio del Volga. Pero —y en esto consistió la segunda diferencia— también liberó a los grupos campesinos que tenían mayor conciencia de clase: los que trabajaban en las fábricas y minas de los Urales.[5]

Al igual que el movimiento de Razin, el que encabezó Pugachev carecía de un programa revolucionario coherente, ya que lo componían elementos a menudo dispares. Pese a ello, propuso cierto número de objetivos bastante definidos que concordaban con los intereses de los múltiples grupos que se unieron bajo sus banderas. Los objetivos (según lo que manifestó el líder en diversas etapas de su rebelión) incluían enviar a Catalina a un convento, liberar al pueblo del peso de los impuestos opresivos y otras cargas, expropiar a los *pomeshchiki* (la burguesía rural terrateniente, que era la bestia negra de los campesinos), castigar a los boyardos y oficiales por su «hospitalidad» (una muestra de ironía), restaurar antiguas costumbres incluyendo la creencia de los adeptos de la

---

se habían hecho cargo de las tierras de la Iglesia, habían suspendido temporalmente la campaña contra los adeptos de la Antigua Fe y reducido el precio de la sal.

5. Para crónicas fidedignas, véanse M. Raeff, «Pugachev's rebellion», en R. Forster y J. P. Greene, eds., *Pre-conditions of revolution in early modern Europe*, Baltimore, 1970; R. Portal, «La révole de Pougachev», *Études d'Hist. Mond. et Contemp.*, vol. 1 (1947); y P. Longworth, «The Pugachev revolt: The last great Cossack peasant rising», en H. Landsberger, ed., *Rural protest*, especialmente pp. 195-220.

Antigua Fe y ampliar las libertades cosacas al pueblo llano en general. El último punto era la más positiva de las demandas y se parecía mucho a una de las que había formulado Razin: reemplazar el gobierno corrompido y las instituciones de Catalina II por una democracia al estilo cosaco, lo que, es de suponer, entrañaría la abolición de la condición de siervo y del trabajo forzado en la industria.

Podemos dar por sentado que este último punto se ajustaba mucho a los deseos de los propios campesinos: ciertamente así lo dan a entender sus frecuentes estallidos de odio contra los *pomeshchiki*. Más cierto es aún que los campesinos obligados por contrato que trabajaban en las fundiciones de los Urales creían que la libertad podía conquistarse luchando; en las décadas que precedieron a la rebelión se habían registrado numerosas huelgas de protesta contra las condiciones de semiesclavitud impuestas por N. Demidov y otros patronos rapaces; y no es descabellado creer que cuando los lugartenientes de Pugachev leían en voz alta su manifiesto de «libertad» en la zona fabril del sur de los Urales, los campesinos que lo oían (según dice un informe oficial) «exclamaban: "Encantados de servirle, al zar" y se juntaron 500 voluntarios para servir a Pugachev».[6] En otras partes, en los pueblos situados al oeste del Volga (según otro informe), los campesinos se congregaron y exclamaron que «se acercaba el momento en que dominarían a las autoridades y no habría nada que temer, hicieran lo que hicieran». Y, más concretamente, también llegaron noticias desde el Volga en el sentido de que los campesinos creían que «si fuera posible ahorcar a todos los *pomeshchiki*, habría entonces libertad para todos ... no habría ni la capitación ni otros impuestos, ni levas ni ventas del estado [monopolios]».[7]

6. Véase Longworth, en *op. cit.* p. 196; y también R. Portal, *L'Oural au XVIII*[e] siècle, París, 1950.
7. Longworth, en *op. cit.*, pp. 197, 226.

Estos informes que nos presenta Philip Longworth sugieren que los campesinos rusos de 1774 mostraban la violencia punitiva de la *jacquerie* espontánea que sus antepasados habían mostrado un siglo antes, pero también hacen pensar que, dada la dramática intrusión en el pueblo por parte de los hombres de Pugachev, sus objetivos se habían ampliado y definido con más precisión. Con todo, los campesinos de las fábricas eran los únicos que habían empezado a tomar la iniciativa bajo sus propios líderes (por muy temporales que fueran) y a mostrar señales evidentes de una ideología que se parecía bastante a la sofisticación relativa de los campesinos ingleses de 1381, que era relativamente avanzada.

Fuera de Rusia las rebeliones campesinas más prolongadas que estallaron a la sazón en el sur y el este de Europa fueron las que tuvieron por escenarios los dominios de Austria. A diferencia del ejemplo ruso, las iniciaron los propios campesinos y fueron una respuesta a la prometida reforma agraria desde arriba más que a las promesas de algún líder externo en un momento de opresión intensa y crisis política. A grandes rasgos se dividen en dos grupos principales: las que precedieron (o se anticiparon) a las históricas reformas agrarias de José II y las que siguieron a las mismas. Entre las primeras hubo una rebelión campesina en Silesia contra el *Robot* o prestaciones obligatorias en 1767, es decir, durante el reinado de la emperatriz María Teresa. Cuatro años después se aplicó a Silesia la primera de las patentes (decretos) *Robot*. Pero todavía no se proclamó en otras partes, aunque ya corrían muchos rumores en el sentido de que José, que gobernaba conjuntamente con su madre desde 1765, proyectaba decretar una carta general de «libertades» campesinas. Este rumor fue causa de un alzamiento que estalló en Bohemia en 1775, cuando 15.000 campesinos marcharon sobre Praga; y seguramente fue más que una coincidencia (y una señal del respeto que José inspiraba a los campesinos) el hecho de que

los rebeldes eligieran como líder a un joven que se parecía notablemente al emperador. Exigieron que los oficiales y hacendados pusieran inmediatamente en práctica la carta que equivocadamente creían (los campesinos) que ya había sido proclamada en Viena. Así pues, la manifestación fue de apoyo y no de oposición al gobierno imperial y para premiar a los campesinos por su confianza la *corvée* normal se aplicó entonces a Bohemia como antes se aplicara a Silesia, al mismo tiempo que María Teresa ordenaba que el antiguo *Robot* manual fuese conmutado por un pago en metálico con cargo a sus fincas privadas.

María Teresa sólo llevó a cabo reformas limitadas, pero después de su fallecimiento (en 1780), su hijo José, que entre todos los déspotas —«benévolos» o de otra índole— presentaba la peculiaridad de desear sinceramente la mejora de las condiciones de vida de los campesinos, empezó a poner sus planes en marcha. Para ello se valió de tres patentes. La primera, la llamada *Strafpatent*, limitaba el derecho del señor a castigar al campesino; la segunda y más importante, la llamada «Patente de Emancipación», abolió la servidumbre personal concediendo al campesino el derecho de abandonar la hacienda y de casarse con quien quisiera (no abolió del todo el servicio laboral aunque lo restringió); y por medio de la tercera, la «Patente de Tributación», ordenó que se adoptase el pago en metálico en lugar de la *corvée* en especie, aunque sólo era aplicable a los campesinos de las tierras «rústicas» (o no señoriales) y a los que pagasen una contribución territorial mínima de dos florines al año, con lo que quedaba excluida cerca de la mitad de la población campesina.

Por lo tanto, las patentes, que fueron aplicadas por etapas entre 1781 y 1789, resultaron decepcionantes. Asimismo, se produjeron los habituales retrasos burocráticos en el cumplimiento de las leyes, por lo que los hacendados y los oficiales no sabían a ciencia cierta cuál era su posición y, por consi-

guiente, no mostraron ningún entusiasmo por las nuevas disposiciones. A causa de ello estallaron rebeliones tanto entre los campesinos excluidos por la ley como entre aquellos que estaban impacientes por disfrutar de ella. En 1784 hubo una revuelta del primer grupo en Transilvania (aunque en este caso había también elementos religiosos y étnicos) y en 1786 en Moravia; y en 1789 estalló otra a causa de la impaciencia que los prolongados retrasos provocaron entre los campesinos austríacos. Más desesperadas aún fueron las protestas que levantó José cuando, tras hacer frente a la rebelión de sus súbditos nobles de Hungría y otras partes, decidió anular las disposiciones de su «Patente de Emancipación» de 1789, cuando sólo había transcurrido un año desde que fuera aprobada. Y fueron más desesperadas porque muchos arrendatarios, anticipándose al disfrute de los beneficios del decreto, habían vendido su yunta de bueyes y, como es natural, se sintieron gravemente defraudados. Se produjo entonces una negativa general a rendir el *Robot*, pero no estalló ninguna rebelión abierta [8] debido al desánimo que se apoderó de los campesinos al ver frustradas las promesas de una vida mejor. Por lo tanto, la emancipación permaneció inacabada hasta la revolución de 1848.

Bajo la monarquía absoluta de los tres Luises, la revuelta campesina francesa tuvo una historia más variada que en Austria y Rusia; pero en Francia, al igual que en Rusia, el resentimiento provocado por los impuestos elevados jugó un papel importante. Por encima de todo, la rebelión de los campesinos franceses fue mucho más variada porque entre ellos se había producido una diferenciación social mayor que en Rusia o en los dominios austríacos. En la cima ya había aparecido un campesinado estilo *kulak* que se distinguía de los demás por

8. E. M. Link, *The emancipation of the Austrian peasant 1740-1798*, Londres, 1949; y E. Wangermann, *From Joseph II to the Jacobin Trials*, Oxford, 1959, *passim*.

su mayor riqueza y por su capacidad para vender a precios más altos en el mercado. En la mitad se hallaba la masa de pequeños propietarios (los *laboureurs*), muchos de los cuales no poseían tierra suficiente que les permitiera producir para el mercado. Más abajo se encontraban los *métayers* (aparceros), que generalmente eran pobres, a menudo tanto como los campesinos sin tierra, cuyo único modo de ganarse la vida consistía en trabajar por cuenta ajena en calidad de *journaliers* y que eran las personas de condición más baja de cuantas vivían en el pueblo. Naturalmente los intereses de estos grupos eran distintos: los campesinos ricos (los *coqs de village*) se mostraban hostiles a aquellos derechos colectivos tradicionales (tales como el de espigueo o *vaine pâture*) que representaban un obstáculo para la extensión de sus propiedades (pese a lo cual se oponían a la división de los terrenos comunales, puesto que les eran de utilidad por ser pastos de fácil acceso); los propietarios «medianos» y pobres eran los más acérrimos defensores de los derechos colectivos; mientras que los aparceros y los sin tierra —o incluso los más pobres entre los propietarios campesinos—, al andar escasos de tierra, se hubiesen alegrado de recibir una parte de los terrenos comunales y, además, al no tener ningún excedente que vender, deseaban que los precios de los alimentos fuesen bajos y (si eran *journaliers*) que los salarios no fuesen muy inferiores al precio del pan. Pese a todo, había dos cuestiones en torno a las cuales el pueblo entero solía mostrarse unido: la primera eran los impuestos elevados, que representaban una carga para todos; y la segunda era la persistencia del sistema agrario feudal con su proliferación de obligaciones y tributos, sistema que impedía que incluso el *coq de village* más rico e independiente se sintiera verdaderamente propietario de su tierra. De manera que, como ya hemos visto en los ejemplos de Austria y Rusia, cualquiera de estas dos cuestiones era capaz de soliviantar al campesinado en general e impulsarlo a actuar en

bloque. Asimismo, cuando las cosechas eran malas y subían los precios, los campesinos más pobres tendían a romper filas y a actuar por su cuenta contra el *accapareur* (o acaparador) que durante un tiempo sustituyó al *seigneur* o al *gabeleur* en el puesto de peor amigo de los habitantes de los pueblos.[9]

En el siglo XVII, cuando el tema dominante eran los impuestos destinados a sufragar las guerras de Richelieu y de Luis XIV, el *gabeleur* y demás tipos de *taxateur* o recaudador de impuestos se convirtieron en blanco principal de la violencia campesina. Roland Mousnier y otros historiadores han prestado atención a media docena de movimientos importantes: los disturbios de Burdeos en 1635; los *Croquants* en la Saintonge y el Périgord en 1636-1637; los *Va-Nu-Pieds* de Normandía en 1639; y luego, tras el período de calma que proporcionaron las dos Frondas y los primeros años del gobierno personal de Luis XIV, la reanudación de los motines contra el impuesto sobre la sal en Bretaña y Burdeos. Los historiadores no se han puesto de acuerdo en torno al significado de estos movimientos y, a causa de ello, existen diferencias en sus conclusiones. Así, el historiador soviético Boris Porchnev, autor del estudio más completo de todos los motines habidos hasta 1650, insiste en que, si bien los campesinos fueron apoyados, y a menudo dirigidos, por gente de la ciudad y de la burguesía rural, los movimientos deben considerarse específicamente campesinos, surgidos principalmente de la hostilidad de éstos (mucho más consecuente que aquella de la burguesía rural disidente) hacia los impuestos exorbitantes y las exacciones feudales.[10] Por el contrario, Roland Mousnier, famoso principalmente como historiador de la administración, da una importancia mucho mayor a la influencia «externa», a

9. Fuentes útiles en este caso son G. Lefebvre, *Études sur la révolution française*, París, 1954, pp. 246-268, y Barrington Moore, *Social origins of dictatorship and democracy*, Boston, 1966, pp. 70-74.

10. B. Porchnev, *Les soulèvements populaires en France au XVIIe siècle*, París, 1972.

la iniciativa y guía de las ciudades y de la aristocracia, y reduce el papel del campesino a la subordinación y la espera de acontecimientos. Pese a ello, reconoce a regañadientes que: «Por supuesto, me doy cuenta de que los campesinos eran muy capaces de rebelarse por propia iniciativa contra los impuestos. No obstante, la actividad de los señores en este sentido, y especialmente la de los hacendados rurales, es irrefutable en muchos casos».[11]

En la mayoría de estos episodios lo que provocaba más furia era la gabela o impuesto sobre la sal, que presentaba la peculiaridad de que se calculaba sobre cierta cantidad fija de sal, fuese o no la que uno deseaba comprar, y que en algunas regiones (los *pays de la grande gabelle*) resultaba mucho más oneroso que en otras. En la década de 1630 fueron los *Croquants* —los «campesinos pobres»— los que desempeñaron un papel más prominente en las protestas, primero en Bordeos y Agen en 1635, más tarde en Saintonge y en Poitou en 1636 y en el Périgord en 1637. Lo que pretendían los amotinados se adivina fácilmente a juzgar por sus actos de violencia contra los *gabeleurs* y las consignas de que dieron cuenta los oficiales. En Angoulême gritaban «¡Abajo la gabela!»; y en Agen, un año antes, «¡Muerte a los *gabeleurs*!», «¡Matad a los *gabeleurs*!» y (evidenciando lealtades tradicionales) *Vive le Roi et sans gabelles!* Además, los *Croquants* de Saintonge afirmaron (aunque puede que en este caso los campesinos no hablasen en nombre propio) que eran «buenos franceses» y no acogerían en su seno a ningún señor o príncipe que mostrara desafecto hacia la corte del rey, y al formular sus exigencias, dejaron bien claro que no buscaban una reforma, sino la vuelta a las buenas costumbres existentes antes de que empezaran a verse atosigados por *gabeleurs* y

11. R. Mousnier, *Peasant uprisings*, p. 52. Para un estudio de esta polémica, véase J. H. M. Salmon, «Venal office and popular sedition in seventeenth-century France», *Past and Present*, n.º 37 (1967), pp. 21-43.

otros oficiales rapaces.[12] Porchnev añade otra observación: que con el movimiento *Croquant* de principios del siglo XVII la revuelta campesina se había convertido en secular y perdido todos los adornos religiosos tan frecuentes un siglo antes.[13]

El movimiento de los *Va-Nu-Pieds* (1639), que recibió su nombre de los salineros descalzos de Avranches y Coutances, en la Normandía occidental, también iba dirigido contra la gabela; reclutó la mayoría de sus seguidores ordinarios entre los campesinos y salineros, y encontró sus líderes entre los estratos más pobres de la burguesía rural y los curas párrocos. Uno de éstos, Jean Morel, cura párroco de Saint-Gervais, en Avranches, sirvió en calidad de principal publicista del movimiento y secretario del apócrifo «Jean-Nu-Pieds», nombre este que recuerda a los Ludd, Swing, Rebecca y otros héroes ficticios pertenecientes a una larga tradición de líderes anónimos de la revuelta popular.[14]

Pero los impuestos no fueron lo único que se dirimió en los levantamientos campesinos de los últimos veinticinco años del reinado del «Rey Sol», años de guerras, hambres y persecuciones religiosas. Fue también la época de la gran insurrección campesina en el Languedoc calvinista, la llamada «guerra de los *Camisards*», la última de las guerras de religión que hubo en Francia.[15] Pero fue más que una guerra religiosa, ya que también se libró a causa de las obligaciones del campesino para con su señor; y poco después, en los católicos Quercy y Périgord los campesinos ampliaban su radio de acción desafiando a todo el orden existente al negarse a pagar impuestos al rey y diezmos a la Iglesia, así como a realizar trabajos manuales y serviles para el mantenimiento de

12. Mousnier, *op. cit.*, pp. 46, 57, 62.
13. Porchnev, *op. cit.*, p. 49. En Inglaterra las cosas eran muy distintas, como se verá en un capítulo posterior.
14. Mousnier, *op. cit.*, pp. 87-113.
15. Para una crónica breve pero autorizada, véase Philippe Joutard, «La Cévenne camisarde», *Histoire*, París, n.º 1 (mayo de 1978), pp. 54-63.

los caminos. El largo reinado de Luis XIV terminó en medio de un estallido de motines campesinos motivado por las desastrosas cosechas y el hambre de 1709 y las nuevas exacciones de los recaudadores de impuestos para la guerra de Sucesión española.

Después de 1709 (o, para ser más exactos, hacia la mitad de la década de 1720), la rebelión campesina, tan corriente para los observadores en tiempos de Luis XIII, Mazarino y Luis XV, enmudeció y no volvió a aparecer hasta las vísperas o el estallido de la Revolución francesa, aunque entonces lo hizo con vigor redoblado. Asimismo, el objetivo principal de la protesta campesina había cambiado y los impuestos y las obligaciones feudales representaban solamente un papel secundario en las *émotions* del período comprendido entre 1730 y 1788. Es cierto que tales agravios seguían existiendo y que no eran del todo latentes, como demuestra el estudio de la provincia de Saboya (aun reconociendo que no formó parte de Francia hasta 1792) entre 1650 y 1792 realizado por Jean Nicolas, un joven estudioso francés. Nicolas demuestra que, si bien la protesta abierta y violenta contra el sistema señorial disminuyó notablemente después de 1730, siguieron produciéndose estallidos de indignación a causa de los impuestos, los diezmos, la *corvée* real y las usurpaciones de terrenos comunales, y bastaron la crisis económica, la reacción de los señores y la fermentación política de la década de 1780 para que todos los viejos agravios aflorasen nuevamente a la superficie, la protesta se generalizase, se agudizara y la rebelión campesina volviera a estar una vez más a la orden del día.[16]

Mientras tanto, la protesta campesina adoptó otra forma y entró en escena el especulador en granos (el *accapareur*); y los que se rebelaban cuando subían los precios ya no eran el

16. J. Nicolas, «Sur les émotions populaires au XVIII[e] siècle; le cas de la Savoie», *Anales Hist. de la Rév. Française*, n.º 214 (1973), pp. 593-607; n.º 215 (1974), pp. 111-153.

campesino próspero o «mediano» que vendía sus productos en el mercado, sino el consumidor campesino pobre, junto con el viticultor (que también tenía que comprarse el pan) y el modesto consumidor de la ciudad; y en esta fase el motín relacionado con los alimentos se convirtió en la principal forma de protesta y siguió siéndolo durante los sesenta años siguientes. Entre los autores que han llamado la atención sobre este fenómeno, Daniel Mornet, el historiador «cultural», ha registrado su aparición en cuarenta años distintos entre 1724 y 1789 y, según sus cálculos, tuvo lugar en veintidós de los veintiséis años comprendidos entre 1763 y 1789.[17] La más notable de estas protestas violentas fue la llamada «guerra de la harina», que en poco más de dos semanas se extendió por media docena de provincias alrededor de París (incluyendo la capital) en abril y mayo de 1775. La principal demanda —que expresaba la ideología básica del pequeño consumidor— era de *le pain à deux sols* (pan a dos sueldos la libra) con reducciones proporcionales del precio vigente para la harina y el grano; y estaba muy extendida la creencia —que fue el factor que mayor ímpetu dio a los disturbios— de que el propio rey había ordenado que bajaran los precios; y con un mínimo de justicia, ya que el príncipe de Poix, el oficial real en Versalles, había fijado el precio del pan según lo exigido pocos días después de que estallasen los disturbios.[18] Y en esta ocasión, al igual que en otras de la misma índole, los amotinados no recibieron ayuda externa de otros grupos; los consumidores pobres, fuesen campesinos o de otra clase, tuvieron que arreglárselas por su cuenta.

¿A qué se debía esta nueva situación? En pocas palabras, surgió por dos razones, como ha atestiguado ampliamente

17. D. Mornet, *Les origines intellectuelles de la Révolution française*, París, 1947, pp. 444-448.
18. Para una crónica breve, véase G. Rudé, *The crowd in history*, Nueva York, 1964, pp. 22-32.

C.-E. Labrousse. Primero, porque el alza de los precios agrícolas entre las décadas de 1720 y 1770 había beneficiado considerablemente a los campesinos grandes y «medianos», los cuales, por lo tanto, se habían mostrado menos inclinados que en siglos anteriores a insistir en que se les hiciera pagar impuestos y tributos feudales menos onerosos; y, segundo, porque los campesinos pobres, al igual que todos los demás consumidores modestos, no tenían ninguna parte en tales beneficios (de hecho ocurría al revés) y, al subir los precios, expresaron su descontento utilizando aquella arma tradicional que era el disturbio en torno a los alimentos y que, aunque en modo alguno habían abandonado durante los días más turbulentos de Richelieu y Luis, se había visto eclipsada por protestas de carácter más violento.[19]

De manera que ésta fue la situación durante más de sesenta años; pero cuando los precios de mercado del vino y el grano empezaron a bajar tras la mitad de la década de 1770, al mismo tiempo que los precios industriales subían espectacularmente durante la crisis de 1788, y los *seigneurs* intentaron resarcirse de ambas cosas aumentando los tributos y obligaciones de sus arrendatarios; y cuando la crisis política de la capital se hizo más honda, una vez más el pueblo cerró filas y, dentro del contexto de la revolución, inició una rebelión masiva a escala nacional contra todo el sistema señorial. Esta vez el movimiento era totalmente popular y fueron sus propios portavoces quienes dieron a los aterrorizados *châtelains* la orden de destruir sus archivos, fingiendo a menudo (como hicieron en 1775) que les había enviado el propio rey (*de par le Roy*). La recién creada Asamblea Nacional, integrada por burgueses y nobles de mentalidad liberal, no podía hacer otra cosa que capear el temporal; pero con frecuencia eran sus

19. C.-E. Labrousse, introducción a *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, París, 1944, pp. IX-XLI.

propios bienes los que estaban en juego, de manera que optaron por una fórmula de compromiso que dejó intacta una gran parte del viejo sistema. Tal como ha escrito un historiador inglés:

> Si a un letrado medieval se le hubiese podido transportar a Francia de 1790 y se le hubiera dicho que Jacques Bonhomme, campesino, tenía la obligación de llevar su grano al molino del señor [cosa a la que seguía estando obligado si no había comprado su redención], a ejecutar determinado número de *corvées* al año, a pagar *rachat* o *acapte* cada vez que realizaba una transacción de bienes, y que su tierra estaba sujeta a *champart* y *lods et ventes*, sin el menor titubeo hubiese calificado de siervo al citado campesino y se habría quedado asombrado al saber que no era tal cosa, sino que era un hombre libre.[20]

Así pues, a los campesinos les quedaba mucho por hacer y la tarea no quedó completada hasta el verano de 1793, con la ayuda de los jacobinos. Para entonces los campesinos, al igual que la gente de las ciudades, ya llevaban mucho tiempo expuestos a la nueva ideología revolucionaria. Pero esto, al igual que la propia revolución, pertenece a un capítulo posterior.

20. Sydney Herbert, *The fall of feudalism in France*, Nueva York, 1969², p. 130.

CAPÍTULO 3

AMÉRICA LATINA

Una de las diferencias principales entre la cuestión campesina en América latina y en los países europeos que hemos estudiado en los dos capítulos anteriores radica en que a partir del siglo XVI en América latina la tierra estuvo colonizada por una potencia extranjera —España en la mayoría de los casos— que redujo a la población nativa, integrada principalmente por indios, a servir a los colonos extranjeros en calidad de siervos o peones que trabajaban horas y horas para sus amos y disfrutaban de pocos derechos civiles. El resultado fue que en estos países la cuestión campesina siempre ha tenido matices raciales y que la lucha por la libertad económica ha ido siempre acompañada o envuelta por la lucha en defensa de la supervivencia étnica, una de cuyas formas —cual es el caso de los campesinos indios de Colombia— ha sido una guerra constante en dos frentes: por un lado contra las grandes propiedades (o haciendas) y, por el otro, contra los abusos cometidos por los colonos blancos o mestizos.[1] Otro rasgo ha sido el profundo abismo entre el poblado relativamente «atrasado» y analfabeto y la población o ciudad relativamente

1. Eric Hobsbawm. «Peasant movements in Colombia», *International Journal of Economic and Social History*, n.º 8 (sin fecha: ¿1976?), p. 182.

modernizadora y progresista; y una tercera característica fue que cuando en la década de 1920 aparecieron los sindicatos, fruto de la cultura de las ciudades, se encontraron con que tenían que organizar a una población rural sumida en la ignorancia y la superstición, obstáculos éstos que los movimientos campesinos han necesitado medio siglo para superar.[2]

En el sistema de propiedad de la tierra en América latina se observa la huella de sus orígenes coloniales, lo cual no es de extrañar. La pauta tradicional ha sido tripartita y, como es natural, su forma concreta varía de un país a otro (de acuerdo con la amplísima gama de factores geográficos y geológicos propios del citado continente), si bien lo más usual es que sea la siguiente: en primer lugar se hallaban los colonos ricos (generalmente de origen español) que ocupaban los latifundios o haciendas y daban trabajo a gran parte de la población rural; en medio se encontraban los pequeños propietarios o rancheros que, como su nombre indica, poseían propiedades pequeñas, a menudo en comunidad y bajo la amenaza constante de usurpación por parte de alguna hacienda vecina; finalmente, la base de la pirámide social la formaba la gran mayoría de los peones, los campesinos sin tierra, propietarios de parcelas diminutas donde cultivaban hortalizas pero que, para sobrevivir, dependían del trabajo servil que realizaban varios días a la semana para los ricos de las haciendas. En este sistema era aún mayor la proporción de tierra —ya fuesen cultivos de café, de grano o pastizales— que pasaba a ser propiedad de las haciendas mientras

2. Además, hasta la década de 1940 el bandolerismo fue un fenómeno frecuente en el campo. Puede que a veces sirviera de accesorio de la revuelta popular (Pancho Villa, por ejemplo, era un ex bandolero); pero allí donde (como sucedía a menudo en partes de Bolivia y Colombia) era vástago de una relación patrono-cliente en la que el bandolero operaba bajo la protección de una parte del *establishment* parece ser que contribuyó a desbaratar la organización de la protesta colectiva más que a estimularla. Véase Linda Lewin, «The oligarchical limitations of social banditry in Brazil», *Past and Present*, n.º 82 (febrero de 1979), pp. 116-146, especialmente pp. 140-146.

que a los cultivadores pequeños o «medianos» les quedaba una parte cada vez menor de tierra. Así lo demuestra un estudio de la tenencia de la tierra en siete estados latinoamericanos que llevó a cabo recientemente (1963) el Comité Interamericano para el Desarrollo Agrícola.[3] El estudio en cuestión indica que en Ecuador, Guatemala y Perú casi nueve de cada diez miembros de la población rural son rancheros y trabajadores sin tierra y casi dos de cada tres en el resto de los países estudiados con la única excepción de Argentina, país más próspero que los otros seis.[4] El único mérito del sistema es que, al menos en teoría, los campesinos han subsistido gracias a las tierras y derechos comunales a los que tenían acceso todos los miembros de la comunidad rural, como ocurría en la Europa medieval. Pero en la práctica y debido a la rapacidad de los hacendados esto ha servido de poco, ya que uno de los rasgos casi constantes del panorama rural latinoamericano ha sido la usurpación de estas tierras comunales —hecho que se ha dado en llamar «la violación de los pueblos»— por parte de las haciendas, fuese recurriendo a su ocupación directa (como ya en el siglo XVIII ocurrió en Perú) o, en épocas más recientes, utilizando los tribunales y las legislaturas que generalmente han demostrado ser instrumentos complacientes en manos de los propietarios.

Así pues, a falta de una forma legal y efectiva de obtener reparaciones, la reacción más frecuente de los campesinos, a diferencia de sus antepasados europeos, ha consistido en ocupar de nuevo las tierras que eran legítimamente suyas. Quizás haya sido ésta la manifestación más común de la lucha de

3. Los siete países en cuestión eran Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, Guatemala y Perú. Cf. H. Landsberger, ed., *Rural protest*, p. 182.

4. G. Huizer y K. Stavenhagen, «Peasant movements and land reform in Latin America: Mexico and Bolivia», en H. Landsberger, ed., *Rural protest*, pp. 378-379. Fue en Ecuador, donde el peonaje aún existía en 1975, donde las disparidades eran más grandes: el 1 por 100 de las haciendas poseían el 57 por 100 de toda la tierra agraria. (*Journ. of Peasant Studies*, IV, 2 [enero de 1977], p. 226.)

clases en el poblado latinoamericano, donde, por tal motivo, la militancia se ha medido más por el número de ocupaciones de tierra por parte de los campesinos que por los disturbios y rebeliones a gran escala. Antes de la aparición de los sindicatos y cooperativas de campesinos en la década de 1920, la mayoría de los brotes de esta clase eran locales y más o menos espontáneos; al principio consistían en ocupar pacíficamente la tierra, pero más tarde, como era casi inevitable, la intervención de las tropas convertía las ocupaciones pacíficas en confrontaciones violentas que costaban la vida a muchos campesinos. Movimientos de esta índole tuvieron por escenario zonas dispersas de México y Bolivia a fines del siglo XIX; y, más recientemente, se han manifestado a través de la ocupación masiva de tierras de las haciendas por los campesinos insurgentes del altiplano de Perú durante las postrimerías de la década de 1940 y nuevamente en el período 1963-1964;[5] y (de forma aún más sensacional) en el curso de la sangrienta «Violencia» (o «tiempos de violencia») que se registró en Colombia entre 1949 y 1958, cuando comunidades enteras, que en este caso no estaban organizadas en clases sino estrictamente como «clientes» (según estuvieran afiliadas al Partido Conservador o al Liberal) lucharon encarnizadamente entre sí con un saldo final de 100.000 a 200.000 vidas.[6] A veces estos encuentros han resultado totalmente inútiles, como ocurrió con las batallas de la «Violencia» colombiana, que no reportó ninguna ventaja a los campesinos; más bien ocurrió lo contrario, ya que sólo sirvió para forrar los bolsillos de los manipuladores políticos de ambos bandos y, al impedir el funcionamiento de los sindicatos, dejó a los campesinos indefensos ante nuevas depredaciones. Sin embargo, en las sierras centra-

5. G. Huizer y K. Stavenhagen, art. cit., pp. 379-381; Hobsbawm, art. cit., pp. 185-186.
6. «Chispas: From peasant to "Bandit"», *JPS*, II, 2 (enero de 1974), pp. 245-252.

les del Perú, especialmente en el valle de la Convención del departamento de Cuzco, los campesinos, encabezados por sus propias autoridades municipales, se apuntaron éxitos considerables al reivindicar —y retener— 283.290 hectáreas de pastizales de las haciendas vecinas entre 1963 y 1965.[7]

Dentro del contexto de la revolución ha habido movimientos más extendidos y de carácter nacional en Bolivia y México. Antes de la gran reforma de 1952, los hacendados bolivianos constituían una pequeña minoría blanca de habla castellana que, aliada con los barones del estaño, explotaba a una mayoría india, la mayor parte de cuyos integrantes eran colonos (siervos) que vivían en la hacienda y que, a cambio del derecho de cultivar una pequeña parcela para subsistir, estaban obligados a trabajar tres o cuatro días a la semana, generalmente con la ayuda de sus familiares, en la misma hacienda o en la residencia que el hacendado tenía en la ciudad. Además, cierto número de comunidades indias «libres» ejercían un control precario sobre las tierras comunales y a cambio de ello trabajaban un número determinado de días por cuenta de las autoridades locales. Eran estas comunidades las que soportaban la mayor parte del peso de una usurpación casi continua. En consecuencia, la pérdida de estos derechos fue el aspecto en el que se concentraron los primeros movimientos de protesta que hubo en Bolivia. Uno de ellos fue el que en fecha tan temprana como 1898-1899 encabezó Zárate Willca, quien fue asesinado posteriormente por un gobierno liberal que había subido al poder gracias al voto campesino. En otro levantamiento, el de 1927, llegaron a tomar parte hasta 50.000 hombres, pero fue aplastado por el ejército tras un mes de combates. El malestar se hizo más generalizado —afectando a campesinos indios tanto como a los de habla castellana

7. Para una buena crónica de las operaciones de un pueblo que obtuvo grandes éxitos y estuvo bien organizado, véase «The account of Don Victor», *JPS*, III, 3 (abril de 1975), pp. 355-359.

(aunque pocas veces al mismo tiempo)— después de que Bolivia fuera derrotada por Paraguay en la guerra del Chaco (1933-1935). Toda la nación india empezó a movilizarse bajo sucesivos líderes, entre los que cabe citar a José Rojas, Luis Ramos Quevedo y Antonio Mamani Álvarez. Ayudaron a los campesinos a buscar algo más que la simple reparación de sus agravios inmediatos y a aspirar a la abolición del peonaje en las grandes haciendas, así como a un cambio radical en toda la estructura (feudal) social y política. Organizaron sindicatos y federaciones y —bajo Quevedo y Álvarez— convocaron el primer Congreso Indio, que se reunió en La Paz en mayo de 1945. Estalló una guerra civil y en agosto de 1949 Álvarez hizo circular un folleto instando a todos los indios bolivianos, «sin distinción de clases sociales ni sectas de ninguna índole», a tomar parte «en la revolución permanente» hasta derrocar al Partido Conservador y dar al país una constitución liberal. Fue así como el movimiento campesino se transformó en un auxiliar importante del gobierno liberal que, en 1953, adoptó una constitución con la que se iniciaba el largo —y aún inacabado— proceso de poner fin al peonaje, dividir las haciendas y redistribuir la tierra entre los ex siervos indios.[8]

En México la revuelta campesina y la revolución nacional han ido aún más unidas que en Bolivia. Antes de 1810 —año en que estalló la revolución de Morelo que dio al país su independencia— el sistema agrario mexicano se parecía al boliviano. Con todo, tenía rasgos propios, entre los que se contaba el hecho de que los hacendados, para mayor furia de los campesinos, a menudo eran propietarios absentistas, y el hecho de que la hacienda en expansión, que contaba con la protección del gobierno, invadía frecuentemente las propiedades de los rancheros y los terrenos comunales de los indios

8. G. Huizer y K. Stavenhagen, art. cit., pp. 380-381, 392-399; también «Antonio Mamani Álvarez: A call to Bolivian indians», *JPS*, III n.º 3 (abril de 1976), pp. 394-397.

con el fin de llenar al máximo sus reservas de mano de obra. Así pues, no es extraño que cuando el terrateniente liberal Francisco Madero levantó la bandera de la revuelta y arrebató el poder al dictador Porfirio Díaz en 1910, los campesinos se apresurasen a entrar en acción por todo el país con el fin de recuperar las tierras que les habían robado. «Madero —comentó el dictador caído al partir para el exilio— ha soltado un tigre; ya veremos si es capaz de controlarlo.»[9]

Con el tiempo el «tigre» demostró ser una de las revueltas campesinas más prolongadas y mejor organizadas de los tiempos modernos y ciertamente la más sensacional de la historia de México. Su jefe en el sur era Emiliano Zapata y en el norte la encabezaba el ex bandido Pancho Villa. Zapata era hijo de un pequeño ranchero y había nacido alrededor de 1875, en Anenecuilco, un poblado del estado de Morelos, al sur de la capital. Su padre cultivaba una pequeña parcela de tierra de propiedad comunal, pero tanto él como sus paisanos se quedaron sin tierra al arrebatársela la hacienda vecina. Así pues, desde una edad muy temprana Emiliano se vio envuelto en los intentos que hicieron los habitantes del pueblo para recobrar sus parcelas. A los treinta años fue elegido presidente del consejo municipal, pero a causa de la militancia de sus acciones —aunque a la sazón eran totalmente legales— fue enviado a cumplir el servicio militar en México capital, lo que le permitió ampliar sus horizontes y le proporcionó una preparación útil para su futuro papel de líder campesino.

De regreso a casa, Zapata formó una unión entre su poblado y otros dos que padecían problemas similares. Después de comprobar que por la vía legal no obtendrían ninguna reparación, Zapata y sus compañeros respondieron a la llamada revolucionaria de Madero y ayudaron a derrocar a Porfirio

9. Eric Wolf, *Peasant wars of the twentieth century*, Nueva York, 1969, p. 3.

Díaz. Sin embargo, no tardaron en ver que el nuevo presidente mostraba bastante indiferencia a la hora de dar su respaldo a una solución del problema agrario a favor de los campesinos modestos. En vista de ello, Zapata decidió actuar por su cuenta y en noviembre de 1911 formuló un programa independiente de reforma agraria, conocido con el nombre de Plan de Ayala, y emprendió la guerra contra Madero y sus sucesores con el fin de poner dicho programa en práctica. Mientras tanto sus hombres redistribuían la tierra de acuerdo con el citado plan en las regiones que iban cayendo en su poder, pero no supieron consolidar su éxito marchando sobre la capital, por lo que la suerte se volvió contra Zapata, como era inevitable, cuando un presidente decidido, Carranza, se hizo cargo del gobierno. En enero de 1915 Carranza «robó» gran parte del Plan de Ayala, iniciando así el período de veinte años que duraría la historia de la reforma agraria en México, y armó a los militantes obreros de las ciudades para sofocar la revuelta campesina.[10] Zapata se retiró a las montañas que se alzaban al sur de la capital y formó una alianza con Pancho Villa, el «bandido generoso» transformado en líder de una guerrilla de 20.000 hombres en el norte, para proseguir la guerra contra Carranza. El periódico *The New York Times*, preocupado por los intereses norteamericanos, declaró amenazadoramente, en marzo de 1919, que la vuelta a la normalidad en Morelos dependería de «la caída total, la ausencia permanente o la extinción de ZAPATA ... para quien no hay amnistía».[11] Tres semanas después Zapata cayó asesinado en una emboscada que le tendió un grupo de oficiales de Carranza, y la rebelión campesina empezó a perder fuerza. Un año después Villa firmó la paz con Obregón, el sucesor de

10. Frank Tannenbaum, *The Mexican agrarian revolution*, Nueva York, 1928, pp. 165-171; cit. en G. Huizer y K. Stavenhagen, art. cit., p. 383.
11. *The New York Times* (18 de marzo de 1919); cit. en John Womack, *Zapata and the Mexican Revolution*, Londres, 1968, p. 321.

Carranza, y se retiró a una granja donde moriría asesinado en 1923.[12]

Pero la reforma «desde arriba» siguió su curso y, a pesar de la oposición constante y violenta de los hacendados, que recurrieron al terror y al asesinato, el programa reformista hizo progresos bajo sucesivos presidentes: el peonaje cedió su puesto a la movilidad de la mano de obra libre y el número de receptores de tierra —principalmente campesinos que vivían en comunidades— aumentó de 7.733 por año en 1915-1920 a 52.600 en 1921-1934, cifra que en 1935-1940 se convirtió en 135.000 por año.[13] Este espectacular estallido final (al que seguirían otros de menor intensidad) tuvo lugar bajo el régimen democrático-liberal de Lázaro Cárdenas, elegido presidente en 1934. En Cárdenas los campesinos encontraron por fin un amigo sincero, un amigo que no sólo distribuía tierra a gran escala entre los que no tenían (sólo en 1936 distribuyó 150.000 hectáreas de tierras de regadío entre 35.000 campesinos de la región algodonera de Laguna), sino que llegó a organizar a los campesinos en unidades armadas para defenderse de los «guardias blancos» que los terratenientes habían creado para detener la marcha de la reforma. En 1934 se adoptó un código agrario que haría las veces de carta de derechos de los campesinos, y cuatro años después éstos, para demostrar su gratitud, prometieron que la recién fundada Confederación Nacional de Campesinos (CNC) apoyaría políticamente al gobierno. Fue el punto más alto alcanzado por la revolución mexicana, la cual, después de que Cárdenas finalizase su mandato en 1940, entró en un período de consolida-

12. Para esta breve crónica de la carrera de Zapata, véase G. Huizer y K. Stavenhagen, *op. cit.*, pp. 382-383; y también Womack, *passim*. Según un autor, es posible que la revolución hubiese costado ya dos millones de vidas en el momento de la muerte de Villa (1923). Charles Cumberland, *Mexico: The struggle for modernity*, Nueva York, 1968; cit. Wolf, *op. cit.*, p. 44.

13. Wolf, *op. cit.*, p. 45.

ción que aminoró el avance de la reforma y puso virtualmente fin a los treinta años de la fase «popular» de la revolución.[14]

Como hemos visto, esta fase popular tuvo rasgos muy característicos. Por un lado, en ninguna otra revolución (sin exceptuar siquiera la china y la francesa) han interpretado los campesinos un papel tan importante e independiente; y (exceptuando en este caso la francesa) en ninguna otra han logrado los campesinos, mediante la lucha y la organización independiente, un éxito tan notable. De ellos era el programa de la reforma agraria cuyos puntos esenciales formuló Zapata en Ayala (1911), «robó» Carranza (1915) para aislar a Zapata y Villa, y prácticamente se completó «desde arriba» —aunque sin que cesara la intervención campesina— durante la presidencia de Cárdenas, en 1934. Con todo, hay que reconocer que adolecían de serias limitaciones cuando se trataba de hacerse con el poder. Los líderes de estos ejércitos campesinos —Zapata, el campesino hijo de campesino, y Villa, el bandido al estilo de Robin Hood que se había convertido en líder guerrillero— no mostraban ninguna inclinación a aventurarse muy lejos de sus bases natales —Morelos en el primer caso y Chihuahua en el segundo— ni a tratar de conquistar el poder; y solamente entraban en México capital cuando la necesidad les obligaba a hacerlo, retirándose luego a la primera oportunidad. Según explica Eric Wolf:

> Así, aunque los ejércitos de Villa y las fuerzas de Zapata contribuyeron materialmente a destruir el poder del régimen de Porfirio Díaz y de su sucesor epígono Victoriano Huerta, no supieron dar los pasos necesarios para instituir un orden nuevo en México. Zapata, porque fue incapaz de ir más allá de las demandas de sus campesinos revolucionarios, concentradas en una exigua zona de México, mientras que Villa disfrutaba guerreando, pero no entendía en

14. G. Huizer y K. Stavenhagen, *op. cit.*, p. 387.

> absoluto las exigencias sociales y políticas. Símbolo de esta ineptitud trágica por ambas partes es la entrevista histórica que sostuvieron en México capital, a finales de 1914, y durante la cual celebraron su unión fraternal pero no fueron capaces de crear una maquinaria política que pudiera gobernar el país.[15]

En resumen, no albergaban ningún deseo de dar a México una constitución que respondiera a las necesidades de los pequeños propietarios y de los trabajadores en su conjunto. Los campesinos eran su «pueblo» y la reforma agraria era su máxima ambición; y esto, andando el tiempo, fue lo que consiguieron. La política y las soluciones políticas para los males de la nación las dejaron para los demás, para los liberales de clase media, los letrados, los militares, etcétera. Y hasta aquí, pese a todos sus logros (según nos cuenta la historia) —y en este aspecto la experiencia mexicana no se distingue de ninguna otra—, podía esperarse que llegasen los movimientos encabezados por campesinos.[16] (La habilidad de Mao para llevar al poder un ejército nacional de campesinos —pero con la ayuda constante de cuadros de mando procedentes de las ciudades— es algo totalmente distinto.)

¿Y qué podemos decir ahora acerca de la ideología de los movimientos campesinos habidos durante los últimos cien años en América latina? Como era de esperar, la respuesta no es sencilla, ya que la experiencia campesina ha mostrado grandes variaciones entre los diversos países y generaciones. Sin embargo, en los primeros movimientos que hemos mencionado existió cierta uniformidad; puesto que en esta fase, tanto si hablamos de Ecuador, Perú, Bolivia o México, la respuesta campesina a la represión o a la incautación de sus tierras fue puramente defensiva y, al igual que en la sociedad «preindus-

15. Wolf, *op. cit.*, p. 37.
16. Para una discusión de este extremo, véase H. Landsberger, ed., *Rural protest*, pp. 47-51; véase también Wolf, *loc. cit.*

trial» de otros países, el objetivo consistía en la restauración del pasado: en este caso devolver a sus propietarios originales la tierra, de propiedad individual o comunal, que les habían robado o que amenazaban con expropiarles. Esta actitud, este deseo de restaurar o mantener el pasado en vez de pedir algo nuevo, ha persistido hasta nuestros días. Podemos citar el ejemplo de los indios pastores de la Sierra Central de Perú, quienes en 1913, sin ir más lejos, se resistían a través de su sindicato y su periódico, *Causa Campesina*, a los administradores de las haciendas, los cuales pretendían abandonar el sistema tradicional y paternalista, bajo el cual los pastores podían moverse libremente de un lado a otro, y adoptar otro sistema encaminado a convertirlos en proletarios que trabajarían por un salario mínimo.[17] También en el Perú, según nos cuenta la crónica del propio don Víctor, el astuto y viejo líder de las «invasiones» campesinas de las tierras de las haciendas y «gobernador» de su pueblo, al acusársele de pertenecer al APRA, el partido de la oposición ilegal, declaró solemnemente que «no tenía ideas políticas».[18] (Aunque, desde luego, puede que se tratara de una artimaña para engañar a sus interrogadores.) A veces podemos seguir la pista de la transición de una ideología de protesta a otra, como sucede en el caso de Bolivia, donde se advierte un contraste muy marcado entre la ideología de la protesta hasta principios de la década de 1940, cuando los campesinos no exigían más que la restitución de los derechos y tierras que habían perdido, y la ideología avanzada de los siervos indios que, conducidos por líderes como Rojas y Álvarez, aspiraron a llevar a cabo una reforma constitucional completa después del congreso de 1945.

En el Ecuador parece que la transición ha sido más recien-

17. «Peru: Letters from shepherds Union Bulletin», *JPS*, I, n.º 1 (octubre de 1973), pp. 112-116.
18. «The account of Don Victor», *JPS*, II, n.º 3 (abril de 1975), p. 357.

te, dado que la reforma, iniciada en 1964, avanzaba a ritmo tan lento que al cabo de cuatro años se calculó que transcurrirían otros 170 antes de que recibieran tierra todos los arrendatarios «feudales» del país. En 1973 se aprobó una segunda ley de reforma destinada a acelerar las cosas. Pero la servidumbre y la semiservidumbre continuaron, como demuestra una canción que compusieron unos miembros de la Federación Campesina Ecuatoriana con motivo de la celebración de un encuentro de líderes campesinos en 1975. Resulta evidente que no la compuso un campesino típico, pero el anhelo de tierra y libertad, tanto tiempo contenido, aparece en las siguientes estrofas, que son las que cierran la canción:

Dejaremos de ser siervos,
ya no habrá más parias,
cuando el campesinado
haga una «reforma agraria».

El cura de mi pueblo
me dijo que esperase...
Pero yo no aguanto más,
quiero una «reforma agraria».[19]

En México los campesinos se sintieron atraídos hacia Morelos en 1810 —del mismo modo que los siervos rusos se habían sentido atraídos hacia Pugachev unos años antes— por la esperanza milenaria de una regeneración súbita. Pocas señales de que así fuera se advierten en la revolución de 1910, año en que los campesinos ya se habían visto arrastrados a numerosos enfrentamientos en pos de objetivos inmediatos y esperaban de Madero que les hiciera justicia, nada más que eso. Pero la creencia de que era necesario volver a un pasado mejor, a una época en la que el hacendado era menos rapaz,

19. «The agrarian reform», *JPS*, III, n.º 2 (enero de 1976), pp. 225-226.

persistía indudablemente. El mismo Zapata, sin duda al igual que sus asociados más íntimos, actuaba a impulsos de una ideología que miraba tanto hacia el pasado como hacia el futuro. Por un lado, llevaba siempre consigo una imagen de la virgen de Guadalupe y la había hecho bordar en sus banderas de batalla como signo de su profundo apego a la tradición. Pero, por otro lado, pronto fue más allá de una elemental exigencia de «justicia» y restauración de los derechos tradicionales para pedir la reforma agraria a gran escala. Podemos seguir esta transición en las pocas semanas que separan un memorial redactado por los zapatistas a finales de septiembre de 1911 y el Plan de Ayala, que fue adoptado al cabo de dos meses escasos. En el memorial la principal demanda sigue siendo «que se dé a los pueblos lo que en justicia se merecen en cuanto a tierras, madera y agua ... », mientras que en noviembre, dos semanas antes del Plan de Ayala propiamente dicho, ya se había abandonado esta exigencia inicial y en su lugar se pedía que «se conceda una ley agraria que intente mejorar las condiciones del trabajador del campo»; mientras que ambas demandas aparecen unidas, junto con otras más, en el Plan de Ayala, emitido desde el cuartel general de Zapata el 25 de noviembre. Todo esto volvió a formularse al cabo de cuatro años en un proyecto de ley agraria que prepararon los zapatistas y cuyas disposiciones superaban las del Plan de Ayala. Dicho proyecto se concibió como respuesta directa al decreto de reforma «robado» por Carranza y fechado en enero de 1915 que empezó el largo proceso legislativo para liberar al campesino mexicano.[20]

20. Womack, *op. cit.*, pp. 393-411.

Tercera parte

REVOLUCIONES

CAPÍTULO 1

LA REVOLUCIÓN INGLESA

Pasemos ahora a estudiar cierto número de revoluciones. Dejando aparte sus otras peculiaridades, las revoluciones son notorias porque precipitan la maduración de la ideología, especialmente las ideologías populares de protesta. Un rasgo común de las revoluciones que examinaré en los cuatro capítulos siguientes es que todas ellas (con una excepción discutible) tuvieron lugar en un período «preindustrial», cuando la lucha por el poder o la supervivencia —ya fuese por el control del estado o por unos motivos más limitados— no se hallaba limitada a dos grandes contrincantes. Es verdad que cada una de las revoluciones que vamos a estudiar fueron campo de batalla de dos contendientes principales, que en todas ellas, salvo en la última, fueron la «naciente» burguesía (dando a esta palabra un sentido muy amplio) y la clase feudal o aristocrática establecida a la que aquélla trataba de desplazar de los puestos claves del control social y político. Pero hay más que eso: en cada una de estas revoluciones —aunque tampoco esto es aplicable a la última— había también un elemento popular que luchaba por conseguir un lugar al sol, si bien, como veremos, este factor era más conspicuo en algunos ejemplos que en otros. En la revolución inglesa del siglo XVII no

participaron solamente los líderes del parlamento y del Ejército de Nuevo Modelo,[1] los presbiterianos y los independientes (todos los cuales representaban, en mayor o menor grado, un desafío de la «burguesía»), sino también los *levellers*, *diggers*[2] y sectarios de clase baja, los cuales venían a representar el desafío de otros grupos sociales «inferiores». En Norteamérica, además de los plantadores del sur y de los comerciantes e Hijos de la Libertad de Boston, tomaron también parte los marineros y mecánicos, los llamados *Jack Tars* y *White Oaks*,[3] cuyo desafío fue, en este caso, relativamente breve y apagado. En la Francia de 1789 el tercer estado oficial, es decir, la burguesía y sus aliados de la aristocracia liberal, tuvo que hacer frente al reto de los campesinos y *sans-culottes* urbanos, un reto más sostenido que el que éstos lanzaron al tercer estado en Inglaterra y Norteamérica. Algo parecido sucedió en las revoluciones francesas del siglo XIX y en los brotes revolucionarios de Alemania, Austria, Italia y otros países en 1848, el «año de las revoluciones». Así pues, por muy «burguesas» que resultaran estas revoluciones, fueron también el semillero de un desafío «desde abajo», abriendo otras perspectivas y presentando una especie de «revolución dentro de la revolución» (aunque no del todo en el sentido que a esta expresión da Régis Debray),[4] cuya naturaleza no era siempre la misma. Pero en cada caso el desafío, aunque planteaba un problema a los revolucionarios principales, no fue del todo mal acogido, puesto que, sin el apoyo de las clases bajas en los pueblos y las calles, ¿cómo hubiesen podido

1. Nombre que se dio al ejército inglés después de que fuera reorganizado por Oliver Cromwell. (*N. del t.*)
2. Literalmente «cavadores»: movimiento comunista encabezado por Gerrard Winstanley. (*N. del t.*)
3. Apodos que se aplicaban a los marineros y mecánicos respectivamente. En sentido literal cabe traducirlos por «Juan Brea» (*Jack Tar*) y «Roble Blanco» (*White Oak*). (*N. del t.*)
4. Régis Debray, *Revolution within the revolution?*, Nueva York-Londres, 1967.

derribar del trono a Carlos I o a Luis XVI, tomar una Bastilla, acabar con el sistema feudal u obligar a Carlos X, Luis Felipe o Metternich a emprender el camino del exilio? Sin embargo, una vez conseguidos estos objetivos, no tardaba en producirse un distanciamiento: Cromwell echó con cajas destempladas a los *levellers*, sus únicos contrincantes dignos de tenerse en cuenta, al poco de la ejecución de Carlos I; los jacobinos y los *sans-culottes* dieron por terminada su alianza una vez muerto Luis XVI y silenciada la vieja aristocracia; y en la revolución francesa de 1848 la asociación de la *blouse* y la *redingote* fue útil para forzar a Luis Felipe a exiliarse y para instituir la república, pero antes de que a ésta se le pudiera dar una forma más democrática, los revolucionarios de clase media y los de clase baja, que se habían aliado en febrero, libraron una sangrienta batalla en junio. Y, huelga decirlo, incluyendo y trascendiendo estos acontecimientos había siempre una batalla de ideas.[5]

Sin embargo, resulta evidente que no basta con presentar los problemas en términos tan generales como éstos. Al mismo tiempo que comparte rasgos comunes con otras, cada revolución tiene rostro propio y debe tratarse independientemente. Para llegar a estos rasgos peculiares de las revoluciones —especialmente en lo que hace a su relación con la ideología popular— primero hemos de tener en cuenta factores tales como la sociedad en cuyo seno tuvo lugar la revolución; la ideología imperante tanto entre la clase dirigente como entre sus principales contrincantes en vísperas de la revolución; y las ideas «inherentes» de las clases «populares» —es decir, de los obreros, pequeños propietarios y campesinos— antes de que estallara la revolución. Una vez ésta ha empezado, o

5. Para una ampliación de este tema, véase G. Rudé, «Revolution and popular ideology», en M. Allain y G. R. Conrad, eds., *France and North America: The revolutionary experience*, Lafayette, Luisiana, 1974, pp. 142-158.

cuando está a punto de hacerlo, debemos estudiar los medios utilizados para transmitir las ideas nuevas y «derivadas» a las clases bajas, las etapas de esa transmisión y la naturaleza exacta de la nueva ideología popular surgida de la mezcla de la vieja y la nueva. Finalmente, tenemos que estudiar el papel que la ideología popular jugó en la revolución y, si nos es posible, la suerte que corrió después del fin de la revolución o, al menos, de la fase «popular» de la misma. Todo esto podría parecer obvio e indigno de la importancia que le estoy dando si no fuese porque está de moda, más en Norteamérica que en Inglaterra y Francia, aplicar modelos preconcebidos a las situaciones revolucionarias y dejar que los rasgos específicos se ocupen de sí mismos.

Pasemos, pues, al tema principal del presente capítulo: la revolución inglesa del siglo XVII. El sistema de gobierno de aquella época era el de los primeros Estuardo: un despotismo en desarrollo, aunque su soberanía no podía compararse con la de la monarquía absoluta que se estaba implantando en Francia. En Inglaterra la soberanía era compartida, aunque en grado cada vez menor, por el parlamento de Westminster, representante de las clases hacendadas y de los grandes comerciantes y, más significativamente, en los condados, donde las grandes fincas de la aristocracia y el control que ésta ejercía sobre los jueces de paz servía de contrapeso a la autoridad de la corona. La sociedad propiamente dicha era aristocrática en el sentido de que la dominaban los grandes terratenientes, los cuales, pese a que la servidumbre había sido abolida un siglo antes, conservaban un control casi feudal sobre sus arrendatarios y criados. (Esto quedaría evidenciado por la facilidad relativa con que los terratenientes de los dos bandos de la guerra civil reclutarían sus ejércitos.) La *gentry* era tradicionalmente una rama joven de la aristocracia, pero su creciente dedicación a los negocios la acercó más a la clase formada por los comerciantes. La «gente de tipo medio» (como, por razo-

nes de comodidad, la han denominado tanto los contemporáneos como los historiadores) la constituían la *yeomanry* o clase de los pequeños propietarios, los labradores, los *freeholders* o propietarios libres de sus tierras y los pañeros en el campo, y los «mecánicos», los pequeños comerciantes, los maestros artesanos y sus aprendices en las ciudades. En la base de la pirámide social se encontraba la «gente inferior», es decir, los campesinos comunes y los *cottagers* o campesinos pobres, los jornaleros, los sirvientes y la llamada «chusma» o «canalla grosera» de las ciudades. Y entremezcladas con estas clases bajas había otras que eran menos estables y más difíciles de categorizar: los «hombres sin amo» y desarraigados que Christopher Hill describe en su libro *The world turned upside down*.[6]

Al igual que en todas las revoluciones, algunos de estos grupos y clases resultaron significativamente más «revolucionarios» que otros. Cuando llegó el momento de la verdad, la mayoría de los aristócratas decidió que se ajustaba más a sus intereses —y puede que también a sus tradiciones— dar su apoyo al rey, mientras que alrededor de un tercio se unió al bando parlamentario por diversas razones. También la *gentry* se dividió en proporciones parecidas, aunque en su caso las lealtades fueron al revés, y las divisiones tendían a obedecer a los límites regionales: la del norte y el oeste (con las notables excepciones que veremos más adelante) optó por el rey, mientras que la del sur y el este pasó a engrosar las filas parlamentarias. También a éstas se unieron los comerciantes, especialmente los de las ciudades portuarias y manufactureras. En lo que respecta a la gente «inferior» y «media», la «chusma» o «granujería» (como sucede a menudo en las revoluciones) participó poco o nada, aunque quizás hiciera el papel de espectador vociferante que repetía las consignas de los demás.

6. Christopher Hill, *The world turned upside down*, Londres-Nueva York, 1972, pp. 32-45.

Los pequeños campesinos y los jornaleros tuvieron una destacada intervención en las primeras refriegas, pero cuando la revolución se convirtió en una prolongada guerra civil fueron los «hombres de tipo medio» —labradores, artesanos y demás— los que, junto con la «gente piadosa», demostraron ser los más persistentes de todos los revolucionarios.[7] Cuando empezaban los tiros ellos formaban las verdaderas tropas de choque de la revolución, del mismo modo que los *sans-culottes* de París (a pesar de que su composición social era algo distinta) lo serían en la Revolución francesa de 1789.

¿Cuál era la ideología de estas clases contendientes? (Debe quedar claro, desde luego, que no permaneció estática y que las ideologías de los revolucionarios de clase «alta», «media» y «baja» cambiaban a medida que la revolución progresaba o decaía.) La ideología revolucionaria dominante la proporcionaron los comerciantes y la *gentry*, los cuales pusieron la revolución en marcha, y la dotaron de líderes, en los condados y las ciudades, así como en el propio parlamento. Se componía de dos elementos, uno secular y otro religioso, aunque existían muchos puntos de coincidencia entre ambos. Al elemento secular le preocupaba la protección de la propiedad, el comercio y las «libertades» del parlamento contra las usurpaciones y el «despotismo» del rey y sus principales ministros, el arzobispo Laud y el conde de Strafford. Semejantes ideas tenían su origen en anteriores luchas en torno al derecho común y la Carta Magna, cosas éstas a las que se consideraba bastiones de las libertades parlamentarias contra las pretensiones del derecho divino de los reyes y, de forma más general, de la tradición del «yugo normando». La ideología religiosa tenía una historia más corta y se basaba en las enseñanzas de Lutero y Calvino (aunque mucho más en éste que en aquél) tal como las habían interpretado sucesivas generaciones de teólo-

7. Véase Brian Manning, *The English people and the English Revolution*, Peregrine, 1978, especialmente pp. 258-265.

gos puritanos. Pero los puritanos, como han dicho Hill y otros, veían con tanta indignación la amenaza que para sus libertades representaba el «despotismo» real, como las prácticas e innovaciones «papistas» del arzobispo Laud. Así se explica, pues, el hecho de que Laud y Strafford, agentes a un tiempo del «papismo» y la «represión», se convirtieran en blanco principal de la furia popular incluso antes del comienzo de la guerra civil. Hablando en términos generales, podemos decir que esta ideología dominante de la revolución, aunque en primera instancia nacía de los comerciantes, de la *gentry* y del clero puritano cuyos sermones escuchaban, caló muy hondo en la gente «mediana» e «inferior» y tendió a convertirse en la ideología de todos.

Pero estos grupos citados en último lugar también aportaron una ideología propia a la revolución. Como es lógico, su naturaleza dependía de las ocupaciones y clases a que pertenecieran. La mayor de estas clases era con mucho la que formaban los pequeños labradores, *freeholders* y campesinos pobres (ya fuesen *copyholders*,[8] arrendatarios o simples jornaleros). Durante varios de los años que precedieron a la revolución los pequeños propietarios vieron apagarse su buena estrella. El fenómeno se manifestó de distintas maneras: el alza de los impuestos sobre las propiedades heredadas, el cambio forzoso de las tenencias en *copyhold* por las tenencias en *leasehold* o arrendamiento, la exacción de arriendos exorbitantes, los desahucios masivos por no pagar arrendamientos o tributos o —rasgo de una reciente «reacción feudal»— la exacción de tributos y prestaciones largo tiempo olvidados, cuyos efectos nocivos se vieron intensificados por una serie de malas cosechas, al igual que por el rápido crecimiento de la población rural. Además, los señores cercaban los terrenos

8. De *copyhold tenure:* tenencia escriturada. El *copyholder* era el agricultor cuya propiedad constaba únicamente en «copia de un registro o escritura de la corte». (*N. del t.*)

baldíos y comunales y, con la colaboración de la corona, desecaban las marismas y pantanos —por ejemplo en Somerset y Lincoln— en detrimento de los derechos comunes del pueblo. Para defenderse, los campesinos recurrieron primero a la litigación y luego, al ver que no conseguían nada, a la acción directa, por lo que la década que precedió al estallido de la revolución fue testigo de importantes revueltas campesinas contra la *enclosure* o cercamiento de tierras, los diques y las obras de desecación. Todo ello consternó mucho a los hacendados y al gobierno, especialmente cuando vieron que los jurados se negaban a condenar a los infractores arrestados y que los comunes, ansiando conservar el voto de los *freeholders*, optaban por conciliar en lugar de reprimir. A la preocupación que los campesinos sentían tradicionalmente por su derecho de poseer tierra y por el libre usufructo de los terrenos comunales, esta experiencia añadió una nueva conciencia política dirigida contra la cámara de los lores y, a medida que fue intensificándose la crisis política, contra el propio rey.[9]

Mientras tanto los artesanos y otros pequeños productores de las ciudades y el campo tenían sus propios problemas. En la industria el conflicto básico no era entre patronos y trabajadores —esto pertenecería al futuro—, sino entre artesanos y comerciantes, y lo que con mayor frecuencia dividía a unos y otros eran el precio y la calidad de lo que el artesano producía. A la sazón la principal industria de Inglaterra era la fabricación de paño, cuya venta en los mercados extranjeros se hallaba controlada en gran parte por campañías monopolistas, la mayor de las cuales era la de los llamados *Merchant Adventurers*.[10] La prolongada depresión comercial originó amargas disputas entre los pañeros y los comerciantes

9. B. Manning, *op. cit.*, pp. 128-154.
10. «Mercaderes aventureros»: mercaderes que se ocupaban del envío de expediciones comerciales por mar y de la fundación de factorías y puestos comerciales en el extranjero. (*N. del t.*)

de provincias por un lado y las grandes compañías por otro en pos de un mercado cada vez más reducido, disputas en las que la suerte se mostraba cada vez más favorable a los de provincias. La lucha económica se veía agravada aún más por la lucha política por el control del gobierno local en las ciudades dotadas de carta municipal; lucha en la que los privilegios de las oligarquías formadas por comerciantes acaudalados (como en la City de Londres) eran objeto de las críticas del artesanado en general, que contaba con el apoyo de los tenderos y los pequeños comerciantes. Así pues, estos enemigos de la oligarquía sintieron una atracción natural hacia el parlamento, puesto que les brindaba protección, e incluso antes de que empezara la revolución Manning cita numerosas peticiones de ciudadanos del tipo «medio» que expresan su resentimiento ante el desprecio de que eran objeto antiguos derechos y exigen la restauración del tradicional derecho al voto.[11] La gente de tipo «bajo» tenía preocupaciones más apremiantes todavía, desde luego, y se nos dice que las multitudes londinenses que en mayo de 1641 se manifestaron contra Strafford clamaban pidiendo «justicia» y, al mismo tiempo, algo más antiguo y tradicional: «pan».[12]

Pero, además, todos los grupos (aunque sin duda habría excepciones significativas en el norte) compartían una preocupación general por la fe verdadera, la religión protestante tal como la entendían los predicadores puritanos. La larga experiencia y los recuerdos populares de las persecuciones desencadenadas por María la Sanguinaria,[13] así como de las ambiciones de Felipe II de España, les habían enseñado que «papismo» equivalía a esclavitud y «zuecos» y era el principal enemigo de las «libertades» inglesas. Esto formaba parte de

11. B. Manning, *op. cit.*, pp. 155-177.
12. *Ibid.*, p. 115.
13. Apodo de María Tudor, hija de Enrique VIII de Inglaterra. (*N. del t.*)

la ideología tradicional que el pueblo aportó a la revolución. En este sentido no fue necesaria la imposición de ideas nuevas para darle una experiencia intelectual más amplia. Pero, aun así, hicieron falta los sermones de los predicadores, las oleadas de pánico que engendraron las guerras en Escocia e Irlanda, la crisis económica y la «tiranía» de Carlos para volver a echar leña al fuego, para dar al antiguo enemigo papista una imagen aún más ruin y agudizar los temores populares.

Pero también se propagaron ideas nuevas desde el púlpito, que era el principal medio de comunicación de las mismas, especialmente para los que no sabían leer: ideas referentes a las nuevas divisiones en el seno de la Iglesia protestante; a los derechos del parlamento para resistirse a la opresión, recurrir a las armas contra el rey y, más adelante, para decapitarle. Un medio de comunicación alternativo lo constituían los artesanos ambulantes, los «hombres sin amo» que vagaban de pueblo en pueblo.[14] Más tarde, cuando el debate político entre los vencedores subió de tono, al aproximarse el final de la guerra civil, el principal foro para la discusión e intercambio de ideas, así como para el adoctrinamiento, fue indudablemente el ejército, como demuestran los famosos debates de Putney en 1647. Por otro lado, existían también, ni que decir tiene, los periódicos y panfletos que proliferaron durante los primeros años de la revolución, cuando la prensa era libre y publicaba versiones abreviadas de los discursos de los líderes para aquellos que sabían leer o tenían ocasión de oír como otros las leían en voz alta. Es evidente que esta clase de propaganda resultaba más aceptable para algunos grupos que para otros: para unos fijaba objetivos políticos y era un estímulo para actuar; a otros los dejaba relativamente fríos, ya que no hallaban en ella ninguna solución para los males del presente. Para ver de qué manera los distintos grupos reaccionaban *de*

14. C. Hill, *op. cit.*, pp. 36-37.

hecho ante la revolución, ya fuese incitados por la experiencia de antaño o por la propaganda nueva, puede resultarnos útil dividir el período activo de la revolución, es decir, el período durante el cual cabe decir que el elemento popular se comprometió políticamente, en tres subperíodos: 1) los años 1640-1642, desde las primeras sesiones del Parlamento Largo [15] hasta el estallido de la guerra civil; 2) los años de guerra civil y la ejecución de Carlos (otoño de 1642 a enero de 1649); y 3) el enmudecimiento del debate político que siguió a la muerte de Carlos (1649-1653).

El rasgo más sobresaliente del primer período, que se centró alrededor de la lucha política entre el rey y el parlamento de Westminster, fueron los tumultos que se producían continuamente en las calles de Londres, dirigidos por turno contra Strafford, los obispos de la Iglesia anglicana, y los lores «papistas». Estas actividades populares servían a los intereses del grupo radical del parlamento y a los «separatistas» religiosos y condujeron a la ejecución de Strafford en mayo de 1641. Los alborotadores, pese a que los contemporáneos que no simpatizaban con ellos los calificaban de «chusma grosera», «personas inferiores» o «perros de cabeza redonda», eran a menudo artesanos y aprendices (generalmente hijos de hombres de «buen linaje») más que sirvientes, mendigos o «gentuza». Pero, por regla general, detrás de estas manifestaciones políticas había un trasfondo económico: el pan escaseaba y las manufacturas pasaban por un mal momento. La misma mezcla de motivaciones políticas y económicas entre las multitudes hizo su aparición después de que en enero de 1642 el rey intentara arrestar a los cinco miembros del parlamento; entonces la agitación se extendió a Kent, Sussex, Northampton y, especialmente, a los distritos textiles de Essex y Suffolk. Éstos, que durante mucho tiempo siguieron

15. Dícese del que celebró sus sesiones entre noviembre de 1640 y marzo de 1653, así como durante otro período, éste breve, en 1659. (*N. del t.*)

siendo los centros más entregados a la causa parlamentaria, sufrían en aquel momento una aguda depresión económica.

Pasemos ahora a la segunda fase. Cuando empezó la guerra civil a finales del verano de 1642, hubo insurrecciones populares por todas partes; estallaban de forma casi espontánea en los condados del norte y del este, invocaban el nombre del parlamento e iban dirigidas contra «papistas», «maléficos» y *cavaliers* o partidarios del rey. Tomaban parte en ellas hombres y mujeres por igual, tanto del tipo «medio» como del «inferior»; pero se observó que incluso en las ciudades los principales participantes eran campesinos que llegaban de sus pueblos para ayudar a los ciudadanos y que con frecuencia no tenían más armas que garrotes y guadañas.[16] En el sur los campesinos aprovecharon la agitación para devolverles los golpes a sus señores asaltando sus reservas de caza y negándose a pagar el arrendamiento. En cierto sentido, pues, la rebelión campesina, al menos en estas regiones, fue una continuación de algo que había empezado antes, aunque de forma más callada, en vez de estar relacionada directamente con la pugna entre el rey y el parlamento.[17] Es más, los alzamientos espontáneos del pueblo en apoyo del parlamento cesaron una vez transcurrido el primer año de la guerra civil: pasado el susto «papista» (al menos en su distrito) la cosecha parecía llamar a los campesinos y éstos ansiaban volver a los campos. Y también a partir de esta fase «el tipo inferior» —es decir, los campesinos y ciudadanos pobres— comenzó a mostrar menos entusiasmo por el parlamento, toda vez que éste no parecía ofrecer ninguna solución a sus problemas.[18]

16. B. Manning, *op. cit.*, pp. 186, 189, 222, 229.
17. *Ibid.*, pp. 202-215. Citando textualmente a Manning: «La caza de lores y venados a finales de verano y en el otoño de 1642 tenía sólo una vaga relación con el desafío lanzado por el parlamento al rey; con frecuencia los amotinados albergaban poca simpatía hacia el parlamento y sentían escaso interés por las disputas entre el monarca y las dos cámaras» (p. 211).
18. B. Manning, *op. cit.*, pp. 186, 189, 222, 229.

Pero la mayoría de los labradores y artesanos —es decir, los que formaban «el tipo medio»— siguió luchando y muchos de sus miembros sirvieron en las filas del Ejército de Nuevo Modelo, al lado del «capitán de sencilla guerrera roja», como dijera Cromwell, a fines de 1644. También los «hombres piadosos» siguieron apoyando decididamente al parlamento, y parece ser que en su mayor parte procedían de los estratos «medios» de la población. Y de estos estratos medios, más que de los trabajadores en general, empezó a surgir una nueva ideología popular revolucionaria, mezcla de elementos nuevos y viejos. Había en ella dos vertinentes principales, una secular y otra «piadosa», aunque las dos se confundían inevitablemente por razones que ya hemos explicado. La vertiente más secular es la asociada con los *levellers* y los *diggers*. Aunque sus programas eran muy distintos, ambos movimientos ofrecían soluciones políticas y sociales para los males terrenales. Surgieron de los furiosos debates entre los oficiales del ejército (que se mostraban favorables a los grandes comerciantes y a los propietarios de haciendas) y los «agitadores», que representaban a los soldados rasos, celebrados en Putney en 1647. Al principio algunos *levellers* exigían la igualdad de la propiedad, razón por la cual sus críticos les dieron el nombre de *levellers* ('igualitarios o niveladores'). Pero a medida que prosiguieron los debates el grupo principal de los *levellers* (incluyendo a John Lilburne, su portavoz más destacado) rechazó las ideas colectivistas, si bien en sus peticiones y manifiestos siguieron condenando el monopolio, clamando por la abolición de los diezmos (aunque con una compensación para los propietarios) y del encarcelamiento por deudas, exigiendo la reforma de las leyes y el fin del cercamiento de terrenos comunales y baldíos. Así pues, tenían una política social de gran alcance que estaba pensada para granjearse el apoyo de las pequeñas clases propietarias, aunque quedaba muy lejos de satisfacer las aspiraciones más radicales de los pobres

sin propiedades: los sirvientes, los mendigos, los jornaleros y los que no gozaban de libertad económica.

De hecho, el grupo principal de los *levellers* (los denominados *levellers* «constitucionales») excluyó a tales grupos no sólo de su programa social sino también del constitucional. Es mucha la tinta que se ha vertido para responder a esta polémica pregunta: ¿En qué medida se acercaron los *levellers* a la democracia? En los debates de Putney hubo algunos participantes, como el radical coronel Rainborough, que parecían partidarios de la extensión del sufragio a todos los varones adultos. Pero la decisión final de Lilburne y sus asociados, aunque a menudo se formulase de distintas maneras, fue la de conformarse con algo parecido al voto familiar, aunque excluyendo no sólo a los sirvientes y mendigos sino también a todos los hombres que trabajasen por un jornal.[19] Por consiguiente, estos grupos, en la medida en que se negaban a aceptar su suerte, tuvieron que buscar sus paladines en otras partes. Los encontraron, aunque fugazmente, en el movimiento de los *diggers* o *levellers* auténticos, quienes predicaban la ocupación forzosa de terrenos baldíos y comunales por parte de los pobres sin tierras, lo cual fue puesto en práctica por primera vez en St. George's Hill, cerca de Cobham, en Surrey, en abril de 1649. Durante los dos años siguientes los *diggers* fundaron otra docena de colonias, principalmente en el sur y el centro de Inglaterra. El principal portavoz del movimiento era Gerrard Winstanley, que no sólo brindaba soluciones para los males agrarios, sino que preveía una futura *commonwealth* o república cooperativa en la que toda la propiedad sería común.[20] La obra de Winstanley ha sobrevivido para enriquecer

19. Para interpretaciones recientes, véanse C. B. Macpherson, *The political theory of possessive individualism*, Oxford, 1962 [trad. cast.: *La teoría política del individualismo posesivo*, Fontanella, Barcelona, 1969]; Manning, *op. cit.*, pp. 308-340; C. Hill, *op. cit.*, pp. 86-120.

20. Para Winstanley, véase C. Hill, *op. cit.*, pp. 86-99, 267-275; y C. Hill, ed., *Winstanley. The law of freedom and other writings*, Londres, 1973.

otras especulaciones sobre la sociedad perfecta, pero el movimiento de los *diggers* fue efímero, a lo que contribuyó en no poca medida el hecho de que encontrase escasos simpatizantes entre los *freeholders, yeomen* y ciudadanos «de tipo medio» en nombre de los cuales hablaba el grupo principal de los *levellers*. Lo cual no es de extrañar, toda vez que sus intereses de pequeños propietarios estaban de por medio y tenían tan pocos deseos como la *gentry* y los lores de ver los terrenos comunales invadidos por los pobres de las zonas rurales. Pero incluso antes de que desapareciesen los *diggers* ya había sido sofocado el movimiento político de los *levellers,* a raíz de un intento de provocar motines en el ejército, en mayo de 1649.

Se ha dado a entender que, debido a sus compromisos y a sus deseos de no molestar a las clases propietarias, los *levellers* «constitucionales» no discrepaban fundamentalmente del tipo de sociedad capitalista que estaba surgiendo de la revolución inglesa.[21] A primera vista parece un juicio severo, ya que el intento de los *levellers* de crear una democracia de pequeños productores fue algo que (dejando aparte la Grecia antigua) nunca se había hecho ni volvería a hacerse hasta la Revolución francesa de un siglo y medio después. Sin embargo, es cierto que los *levellers* hablaban en nombre de una clase que albergaba la esperanza de ampliar sus propiedades en el seno de una sociedad adquisitiva y que, por consiguiente, una vez superada su «ingenuidad juvenil», no tenían la menor intención de «volver el mundo al revés». Pero esto, según Hill, es justamente lo que pretendían las sectas religiosas radicales: los *ranters*,[22] *seekers*[23] y cuáqueros.

Al igual que Winstanley, con quien tenían cierta afinidad intelectual, estas sectas rechazaban el pecado y el infierno y la ética protestante en torno a la cual giraban las enseñanzas tra-

21. C. Hill, *The world turned upside down*, p. 99.
22. Literalmente «energúmenos», «vociferadores». (*N. del t.*)
23. Literalmente «buscadores». (*N. del t.*)

dicionales de los calvinistas. La más extremista de ellas, la de los *ranters*, hizo que la rueda teológica describiera un círculo completo al rechazar a Dios y la inmortalidad. «Todo [es] hecho por la naturaleza» —proclamaba una felicitación navideña de los *ranters* citada por Hill—. «Parlotean sobre Dios —prosigue—, [pero] no existe tal espantajo.»[24] Violando abiertamente la ética calvinista, la libertad sexual se convirtió en eje de la filosofía de los *ranters*. En cierta ocasión, uno de sus portavoces, Abiezer Coppe, predicó que «el adulterio, la fornicación y la suciedad no son ningún pecado» y que «la comunidad de esposas es legítima»; y Lawrence Clarkson, ex baptista convertido en *ranter*, creía que «Ningún hombre podría librarse del pecado hasta que hubiese cometido el llamado pecado como si no fuera tal cosa ... Hasta que podáis yacer con todas las mujeres como una sola mujer, sin considerarlo pecado, no podéis hacer otra cosa que pecar».[25] Este intento de «revolución sexual» de la década de 1650 constituye, según Hill, un anticipo interesante de ciertos aspectos de la «contracultura» de la década de 1960. Pero, en este contexto, es más pertinente hacer la pregunta siguiente: ¿Qué significado tuvo para la protesta popular la «revolución dentro de la revolución» de los revolucionarios de la Inglaterra del siglo XVII? Ciertamente hubo una relación entre algunos sectarios y el movimiento político radical; a través de Winstanley, por ejemplo; y en 1654 uno de sus líderes, James Nayler, un cuáquero con fuertes inclinaciones hacia los *ranters* y *levellers*, en un escrito denunciando a los ricos, dijo que Dios «hizo a todos los hombres de un solo molde y una sola sangre para que morasen sobre la faz de la tierra».[26] También parece ser que los *ranters* encontraron reclutas en Londres y en el ejér-

24. C. Hill, *The world turned upside down*, p. 148.
25. *Ibid.*, p. 254.
26. *Ibid.*, p. 199.

cito entre los aprendices y la gente joven.[27] Así pues, es posible que existiera un «conflicto generacional» entre los partidarios y los enemigos de las sectas. Hill sugiere también, aunque sin decirlo claramente, que los *ranters* y los *seekers* eran portadores de un mensaje especial para los «hombres sin amo» que no aceptaban la autoridad, e incluso se ha dicho (si bien en este caso Hill no tiene nada que ver con ello) que los *ranters* en particular tenían cierto atractivo «proletario». Puede que sí, aunque resultaría difícil demostrarlo. Si así fuera y suponiendo que estos conceptos puedan considerarse con justicia como parte de la ideología de los jóvenes y de los pobres, todavía no queda claro si fueron una protesta o una compensación por las cosas que la revolución no aportó. Es cierto que para el inglés del siglo XVII la religión, incluyendo sus manifestaciones menos ortodoxas, podía ser un arma de vital importancia en el arsenal de la protesta; y sin ella, ¿dónde habrían estado John Lilburne, o el «capitán de sencilla guerrera roja» o el propio Cromwell? Pero los gritos y gestos desesperados de los sectarios se parecen más a una retirada que a una orden de avanzar hacia un futuro mejor. En este sentido, puede que cumplieran una función parecida a la de las sectas evangélicas del siglo XIX en Gran Bretaña, las cuales ofrecían a los ex militantes obreros que ingresaban en ellas una compensación por sus derrotas en el terreno de lo temporal.[28] Y para apoyar este punto de vista Hill nos dice que varios de los *seekers* más conocidos habían tenido anteriormente vínculos muy estrechos con los radicales y se habían sentido defraudados, por no decir desmoralizados, al ver que

27. *Ibid.*, pp. 152-153.

28. Para pruebas de este punto de vista, véanse E. P. Thompson, *The making of the English working class*, Londres, 1962, pp. 427-429 [trad. cast.: *La formación histórica de la clase obrera*, Laia, Barcelona, 1977]; E. J. Hobsbawm, *Labouring men*, Nueva York, 1965, pp. 22-33 [trad. cast.: *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979] y E. J. Hobsbawm y G. Rudé, *Captain Swing*, Londres, 1969, pp. 288-291.

el ejército no creaba una sociedad democrática después de 1647;[29] y sin duda es significativo que los *ranters*, los *seekers* y otras sectas no empezasen a florecer hasta principios de la década de 1650, es decir, después de que los *levellers*, los que con mayor constancia abogaron por una sociedad igualitaria, hubiesen sido reducidos a un silencio casi total.

Así pues, en lo que se refiere a la protesta popular, nos quedamos con los *levellers* y los *diggers*. De los dos movimientos el segundo ha dejado abundante literatura pero no ha influido en el devenir histórico; sólo los *levellers* lo consiguieron. Hay que reconocer que no alcanzaron su gran objetivo, la creación de una sociedad de pequeños productores, pero conquistaron, al menos temporalmente, la república por la que habían trabajado. Dejaron también un legado que resulta difícil concretar con exactitud, aunque algunas de sus ideas democráticas fueron llevadas por los *commonwealthmen* o republicanos a los Estados Unidos;[30] y de no ser por el desvanecimiento que sufrió la actividad popular en Inglaterra después de Sedgemoor (1685), resultaría más fácil constatar con mayor exactitud la influencia que ejercieron sobre el movimiento popular-democrático, que había dejado de ser competencia exclusiva de los hombres del «tipo medio» y que volvió a ponerse en marcha a mediados del siglo XVIII en Inglaterra. En este sentido, sus ideas, aunque enterradas durante la Restauración, salieron a la superficie al cabo de un siglo; y Hill cita las palabras de un enemigo de los radicales del ejército, Clement Walker, que pueden servirnos de epitafio:

> Han arrojado todos los misterios y secretos del gobierno ... ante el vulgo ..., y han enseñado tanto a la soldadesca como al pueblo a examinarlos tan profundamente que

29. C. Hill, *op. cit.*, p. 154.
30. Caroline Robbins, *The eighteenth-century Commonwealth*, Cambridge, Mass., 1959.

llevan a todos los gobiernos hasta los primeros principios de la naturaleza ... Con ello han hecho al pueblo tan curioso y arrogante que nunca tendría la humildad suficiente para someterse a un gobierno civil.[31]

31. Cit. en Hill, *op. cit.*, p. 58.

CAPÍTULO 2

LA REVOLUCIÓN NORTEAMERICANA

La sociedad norteamericana de la década de 1760 se distinguía en varios aspectos de la inglesa de un siglo antes. Para empezar, en América del Norte no había ningún rastro significativo del sistema feudal, ya que los colonizadores de principios del siglo XVII no los habían traído consigo al nuevo continente ni las condiciones imperantes al otro lado del Atlántico favorecían su reproducción. No existía una nobleza hereditaria ni había señores del tipo «feudal-bastardo» como los que había aún en Inglaterra al finalizar la guerra civil; y aunque seguían teniendo problemas con la tierra y los sistemas de tenencia, los pequeños propietarios y labradores en poco se parecían al campesinado que en el continente europeo existió hasta bien entrado el siglo XIX e incluso el XX. Pero, por el contrario, aunque nunca fue feudal en el sentido que la palabra tenía en Europa, una parte considerable de la economía norteamericana funcionaba gracias al trabajo de 500.000 esclavos negros, y las relaciones sociales que unían a éstos con sus propietarios en las plantaciones de algodón y tabaco del sur, aunque sus orígenes se remontaban a la trata de esclavos de las naciones europeas, especialmente Francia e Inglaterra, no tenían equivalente alguno en los estados de Europa, incluso

teniendo en cuenta la existencia de algunos núcleos de esclavitud en Rusia durante el reinado de Catalina.

No obstante, en algunos aspectos importantes sí existían grandes similitudes entre las sociedades inglesa y norteamericana al finalizar la guerra de los Siete Años. Una de ellas era, desde luego, la religión, puesto que, como es bien sabido, el carácter puritano de gran parte del pensamiento político norteamericano era vástago del inglés. En ambos países la *gentry*, por ser propietaria de la tierra, desempeñaba un papel predominante en la sociedad y la política; y, también en ambos, el capitalismo se hallaba todavía en la fase mercantil y eran los comerciantes (más que los fabricantes) los que controlaban los asuntos de la industria y el comercio. Pese a ello, incluso en este sentido se advertían diferencias importantes. Una de ellas era que así como Londres, el puerto más importante de Gran Bretaña y capital de la nación, tenía cerca de 700.000 habitantes a mediados de siglo, Filadelfia, la ciudad y puerto más grande de las Trece Colonias, contaba solamente con 25.000. Este dato en sí es suficiente para complicar aún más las comparaciones entre la vida urbana y las actividades de las dos comunidades. La otra diferencia significativa —y además fundamental— estribaba, por supuesto, en que mientras que los comerciantes y la *gentry* británicos podían esperar que su parlamento y su gobierno tuvieran muy en cuenta sus deseos, los norteamericanos, al carecer de instituciones centrales y representativas propias, veían como eran otros los que decidían su suerte. Por consiguiente, cuando vino la revolución norteamericana —en 1765 o 1776, según el capricho de los historiadores— forzosamente había de tener como objetivo principal la creación de un parlamento elegido por los propios habitantes de las colonias, así como plantear la cuestión de la soberanía nacional y aflojar o cortar los lazos con la metrópoli que se interpusieran a ella.

Pero aunque éste fue forzosamente el objetivo principal,

un objetivo que compartían con distintos grados de entusiasmo todas las clases sociales (si bien, paradójicamente, los menos entusiasmados eran los que realmente necesitaban libertad, a saber: los esclavos),[1] los norteamericanos, al igual que los ingleses o los franceses, estaban divididos entre sí y, por consiguiente, era inevitable que un conflicto social precediera a la lucha por la independencia nacional y se fundiera con ella, o siguiera desarrollándose paralelamente, al estallar la revolución. Como es natural, los historiadores no se han mostrado unánimes en lo que respecta a la importancia de este segundo conflicto, pero de que existió no puede haber la menor duda. Lógicamente la pauta y los rasgos del mismo eran distintos en las ciudades y en el campo. En éste había los hacendados en un lado y los labradores modestos y los pequeños propietarios en el otro, y la cuestión que con más frecuencia provocaba el choque entre unos y otros era la tenencia o la propiedad de la tierra (y no la escasez de alimentos, como ocurría tan a menudo en la Europa contemporánea). En las grandes ciudades (Filadelfia, Boston, Charleston y Nueva York) un bando lo formaban los comerciantes acaudalados, que cada vez se hacían más ricos y poderosos, y el otro lo constituían los «mecánicos» (los artesanos más prósperos), los artesanos de menor categoría y los obreros, para los cuales los buenos salarios y condiciones de trabajo constituían factores de primera importancia. Lo esencial del conflicto era la creciente concentración de la riqueza en un número cada vez más reducido de manos en las principales ciudades de Norteamérica. Tras estudiar esta cuestión con la ayuda de las listas de contribuyentes y los registros testamentarios, Gary Nash, miembro de un grupo de jóvenes historiadores radicales, escribe:

1. Los historiadores han dicho que en la «matanza» de Boston murió un negro (Crispus Attucks) y que también murieron bastantes más combatiendo en Bunker Hill; pero era mucho más probable que los negros tomaran partido por los británicos que por los norteamericanos, y su lucha por librarse de la esclavitud no vendría hasta transcurridos más de cincuenta años.

> A principios de la década de 1770 el 5 por 100 de los contribuyentes de Boston, los que ocupaban el lugar más alto, controlaban el 49 por 100 de los bienes imponibles de la comunidad, mientras que en 1687 sólo tenían en sus manos el 30 por 100. En Filadelfia la vigésima parte empezando por arriba incrementó su participación en la riqueza del 33 al 55 por 100 entre 1693 y 1774. A los que formaban la mitad inferior de la sociedad, que en el Boston de 1687 disfrutaban del 9 por 100 de la riqueza imponible, en 1771 les quedaba, en conjunto, un simple 5 por 100. En Filadelfia, la mitad inferior del espectro social vio cómo su participación en la riqueza bajaba del 10,1 al 3,3 por 100 en el mismo período.[2]

Asimismo, partiendo de los dos polos de la sociedad «popular», Nash da ejemplos «del desmoronamiento de la seguridad económica de la clase media» y del notable aumento de los gastos *per capita* en concepto de ayuda a los pobres, gastos que en Boston se doblaron entre 1740 y 1760 y volvieron a hacerlo antes de finalizar el período colonial, mientras que en Nueva York la incidencia de la pobreza se cuadruplicó entre 1750 y 1775.[3]

Siendo éstos los problemas, difícilmente habrá de extrañarnos que, sobre todo en tiempos de crisis económica, como lo fueron los comienzos de las décadas de 1760 y 1770, se produjera una respuesta popular en forma de disturbios y levantamientos, que estallaron de forma intermitente tanto en las ciudades como en el campo. En el medio rural fueron tres los principales brotes de rebeldía: los motines agrarios de Nueva Jersey en la década de 1740; los disturbios protagonizados por los arrendatarios del valle del Hudson en las déca-

2. G. Nash, «Social change and the growth of prerevolutionary urban radicalism», en A. Young, ed., *The American Revolution. Explorations in the history of American radicalism* (citado en lo sucesivo como *Explorations*), DeKalb, 1976, p. 7.
3. *Ibid.*, pp. 8-9.

das de 1750 y 1760; y la insurrección del nordeste de Nueva York, que empezó en 1764 y no concluyó hasta después de que estallara la guerra, con la creación en 1777 del estado separatista de Vermont. En cada uno de estos casos lo que se dirimía no era tanto la tenencia individual como la que afectaba a comunidades rurales enteras. En consecuencia, estos movimientos tendían a ser prolongados en lugar de limitarse a revueltas súbitas o breves. También tendían a estar mejor organizados que los motines urbanos, aunque menos en el valle del Hudson, donde el movimiento se produjo en dos etapas, la segunda de las cuales (la de 1766) estuvo mejor organizada y estructurada que la primera. A la sazón eligieron oficialmente un líder, William Prendergast, un labrador del condado de Dutchess, y un comité de doce hombres, y formaron compañías de milicianos mandadas por capitanes elegidos. Los insurgentes de Nueva Jersey fueron más lejos: nombraron un comité coordinador incluso antes de que estallase el motín, se dividieron en barrios, recaudaron impuestos y crearon sus propios tribunales de justicia en el curso de la disputa. A principios de la década de 1770 los rebeldes neoyorquinos crearon una fuerza militar denominada «los muchachos de la montaña verde», para dispersar a la cual habría hecho falta el ejército británico (que para entonces ya estaba ocupado en otros menesteres).[4]

Como es natural, en las ciudades las revueltas populares eran más variadas y solían ser aún más espontáneas. También tendían a estar más relacionadas con la política (y ciertamente en una fase más precoz) que las de Inglaterra. Pauline Maier ha argüido que muchos de los disturbios rurales o urbanos que estallaron en la América del Norte del siglo XVIII eran un arma que empleaba el pueblo llano para defender los intereses de sus comunidades cuando las autoridades legítimas no lo

4. Edward Countryman, «"Out of the bound of the law". Northern land rioters in the eighteenth century», en *Explorations*, pp. 37-69.

hacían, y entre sus ejemplos cita la frecuente intervención del «populacho» de Boston para restringir los lupanares y evitar que la colonia se quedase sin artículos alimenticios en tiempos de escasez.[5] Otros historiadores —notablemente Gary Nash, Edward Countryman y Dirk Hoerder (todos los cuales colaboraron en el volumen «radical» de Alfred Young)— no están de acuerdo con Pauline Maier y hablan de «clase» cuando ella habla de «comunidad». Estos historiadores han insistido en que, al menos después de la década de 1730, las revueltas populares en Norteamérica, al igual que las de Europa, eran típicamente la respuesta al empeoramiento de las condiciones económicas, incluyendo el paro y el alza de los precios, y que, incluso antes de llegar a la mitad del siglo, los disturbios urbanos presentaban ya un cariz político que concordaba con las necesidades de clase de los grupos de ciudadanos «del tipo medio» y pobres. En Boston, durante uno de los principales motines de la primera mitad del siglo, el de 1737, los alborotadores, indignados ante el hecho de que el control del mercado público obedeciera a los intereses de los grandes comerciantes, destruyeron el mercado que había en Dock Square y durante el ataque se oyeron muchas «murmuraciones contra el gobierno y los ricos...».[6] Nash afirma que los comienzos de un despertar político popular se aceleraron a causa del «despertar» religioso que en 1739 y 1741 llevaron a las calles de Boston y Filadelfia el revivalista George Whitefield y sus correligionarios, así como James Davenport, un predicador ambulante que apareció más tarde portando un mensaje descaradamente radical dirigido a las clases pobres que causó gran preocupación entre los ciudadanos conservadores. El radicalismo popular se desarrolló aún más a través del motín que en 1747 estalló en Boston a causa del reclutamiento forzoso y que, casi dos décadas antes de los motines provocados por

5. P. Maier, *From resistance to revolution*, Nueva York, 1972, pp. 3-5.
6. Cit. Nash, en *Explorations*, p. 15.

la Stamp Act o ley del timbre, enfrentó a la multitud con Thomas Hutchinson, comerciante acaudalado y amigo del gobierno, que más adelante sería vicegobernador, presidente del consejo y presidente del tribunal supremo de la colonia. Fue el comienzo de una campaña prolongada durante la cual Hutchinson vio aumentar su impopularidad, mientras que los artesanos y obreros encontraron caudillaje y recibían más instrucción política de un grupo de comerciantes radicales que incluía a James Otis y a Samuel Adams.[7]

Los disturbios que en 1765 provocó la Stamp Act dieron un nuevo giro a los acontecimientos. En primer lugar, señalaron el punto a partir del cual la «resistencia» (como dice Pauline Maier) de los norteamericanos ante las autoridades británicas se hizo continua hasta la ruptura de relaciones y el inicio de la guerra en 1776. En segundo lugar, de aquel momento en adelante las multitudes urbanas de obreros, mecánicos y marineros, ya fuese tomando ellas mismas la iniciativa o siguiendo la de los «patriotas» de clase media, empezaron a representar una amenaza tan grande como la de los opresores británicos a ojos de sus antiguos líderes de la clase media. El ejemplo más conocido de esta clase de iniciativa combinada (y de la ideología mixta que había detrás de ella) quizá son los sucesos que tuvieron lugar en Boston en agosto de 1765, cuando los líderes *whig* conocidos con el sobrenombre de los *Loyal Nine*, o Nueve Leales, organizaron la oposición a los nuevos impuestos decretados por los británicos. Hicieron una llamada a los maestros artesanos del norte y el sur de la ciudad para que, aprovechando los festejos anuales del llamado *Pope's Day*, o Día del Papa, pusieran fin a sus diferencias tradicionales y, recurriendo a su larga experiencia, apretasen filas y se manifestaran pacíficamente. Como acto simbólico de resistencia se les alentó a llevar efigies de los oficiales del timbre

7. *Ibid.*, pp. 18-27.

e incluso se les permitió derribar un edificio a medio construir que pertenecía a Andrew Oliver, importante funcionario del timbre. Pero en aquel punto la multitud se impuso y, desoyendo las instrucciones de los líderes, convirtió la manifestación pacífica en un asalto violento a las residencias tanto de Oliver como de Hutchinson. En Nueva York sucesos parecidos dieron un resultado aún más violento. Una de las consecuencias de lo ocurrido fue la derogación de la Stamp Act, pero otro, aún más significativo, fue que los disturbios rompieron el vínculo que unía a las multitudes de clase baja y sus líderes de clase media y, tal como comentó el general Gage, comandante en jefe británico, al evocar el suceso, «... desde entonces se han tomado tantas molestias en impedir insurrecciones del pueblo como antes en incitarlas». Así que a partir de entonces, a través de los impuestos de Townshend y la no importación, el asunto del *Liberty* y la oposición al reclutamiento forzoso, la «matanza» y la *Tea Party* [8] de Boston, las relaciones entre la multitud y los líderes *whig* o liberales se enfriaron notablemente y a menudo, como sucedió en el caso del reclutamiento forzoso, los marineros, jornaleros y artesanos tuvieron que arreglárselas solos. Después de 1774, con la ocupación militar británica como elemento de «coerción», la multitud de Boston enmudeció, y los «patriotas» de la ciudad tuvieron que vérselas, en su lugar, con un radicalismo popular más estructurado, menos violento.[9]

Filadelfia, la ciudad más grande de América del Norte y su puerto más activo, ofrecía mayor diversidad de población y oficios que Boston o Nueva York. Al igual que Boston, su

8. «El té de Boston» («té» en el sentido de reunión en que se consume dicho brebaje). En diciembre de 1773 un grupo de ciudadanos de Boston, tras disfrazarse de pieles rojas, asaltaron tres barcos surtos en el puerto y arrojaron al mar más de 340 cajas de té. Su propósito era impedir la recaudación de los impuestos sobre la venta del mismo. (*N. del t.*)

9. Para lo que antecede, véase principalmente Dirk Hoerder, «Boston leaders and Boston crowds, 1765-1766», en *Explorations*, pp. 235-262.

artesanos (tanto «mecánicos» como «inferiores») y sus obreros tenían mucha experiencia en la lucha contra la pobreza, el desempleo y el alza de los precios y (como correspondía a una ciudad de rápido crecimiento industrial) a principios de la década de 1760 sus mecánicos en especial ya constituían «un grupo político consciente de sí mismo y con una organización y unas exigencias propias».[10] El primer mitin político con participación exclusiva de mecánicos tuvo lugar en 1770, y dos años más tarde los maestros artesanos fundaron una sociedad patriótica con el fin de promover sus propios candidatos y su propia política. Además, cuando Thomas Paine llegó a la ciudad (1774), ya se había creado una milicia que reclutaba sus efectivos principalmente entre los artesanos y obreros, a la vez que elegía sus oficiales entre los comerciantes y que, al igual que el Ejército de Nuevo Modelo de los tiempos de Cromwell, se transformó en una «escuela de democracia política» en vísperas de la revolución. De hecho, no fue ninguna coincidencia que fuera Filadelfia, la ciudad donde el radicalismo popular alcanzó sus cotas más altas antes de la guerra de la independencia, el lugar que Paine eligió para instalarse al llegar a Norteamérica en 1774 y en el que escribió su magnífico panfleto *Common Sense* cuando aún no habían transcurrido dos años desde su llegada.[11]

Antes de estudiar la forma en que se desarrolló la ideología popular, debemos examinar brevemente el conjunto de ideas que inspiró a los «patriotas» de la clase alta —la *gentry* y los comerciantes— y que a través de la «resistencia» los empujó a dar el paso fatal de la revolución. La vieja tesis propuesta por Charles Beard y los «progresistas», aquella según la cual la revolución podía explicarse en gran parte como un conflicto de intereses económicos, ya ha sido descartada

10. Eric Foner, «Tom Paine's Republic: Radical ideology and social change», en *Explorations*, pp. 194-196.
11. *Ibid.*, pp. 194-197.

por los historiadores, tanto liberales como radicales. La alternativa liberal más popular ha sido la que propuso Bernard Baylin a partir de la mitad de la década de 1960. A grandes rasgos consiste en que, si bien no podía descartarse un choque de intereses económicos, los colonos, que heredaron la tradición inglesa de resistencia a la «tiranía» y al gobierno arbitrario, se convencieron, después de 1763, de que el gobierno inglés se proponía poner a Norteamérica unos grilletes parecidos a los que los propios ingleses habían sufrido bajo los Estuardo un siglo antes. De esta manera nació la idea de que existía una «conspiración contra la libertad», y fue la creencia cada vez mayor de que existía tal «conspiración» lo que, «por encima de todo lo demás, ... impulsó [a los colonos] a la revolución».[12] Y, a modo de corolario, Baylin y los de su escuela han aducido que, como la multitud de Norteamérica no estaba sumida en la indigencia (como lo estarían sus equivalentes franceses en 1789), ni padecían privaciones indebidas, hay que dar por sentado que, a través de la crisis de la Stamp Act y de las medidas coercitivas que se tomaron contra Boston, llegaron a compartir la ideología de los comerciantes y la *gentry*.

Generalmente los colaboradores de Young en *Explorations* se han mostrado disconformes con este punto de vista, creyendo que la clase «inferior» de ciudadanos tenía sus propios impulsos ideológicos. Uno de ellos, Joseph Ernst, formula una pregunta muy pertinente: «¿Qué norteamericanos, o grupos de norteamericanos, suscriben tales o cuales opiniones y por qué?». Y acto seguido afirma que en realidad existían tres tipos de ideología, en los que se reflejaban los intereses de grupos sociales distintos. En primer lugar había la ideología «desde arriba» del tipo Baylin, que se centraba en principios constitucionales y, por consiguiente, era privativa de la *gentry*

12. B. Baylin, *The ideological origins of the American Revolution*, Harvard, 1967, p. 95; cit. Nash, en *Explorations*, p. 5.

y de otros grupos que se ocupaban del gobierno y que eran capaces de comprender las abstracciones filosóficas y se sentían inclinados a responder a ellas. En segundo lugar estaba la ideología más realista de los hombres prácticos —comerciantes y mecánicos— que podían unirse para oponerse a las consecuencias económicas del «sistema imperial», pero que se hallaban divididos en torno al mejor medio de eliminarlas, ocupándose de cuestiones tan inmediatas como la «no importación» o la protección de la industria local. Y, en tercer lugar, existía la ideología más simplista —la «mentalidad» o «ideología del arroyo»— de los pobres, los parados y los hambrientos de las ciudades, la cual (insiste Ernst) necesita ser diferenciada de la ideología de las «clases mecánicas y trabajadoras».[13]

Más énfasis dan a la ideología de las clases bajas —ya se trate de mecánicos o de trabajadores pobres— los otros críticos de Baylin en el citado volumen: Nash, Hoerder, Foner, Countryman; y sólo por medio de colaboraciones como las suyas (sin olvidar la de Jesse Lemisch) podremos seguir el desarrollo de la conciencia revolucionaria popular a través de sus diversas etapas: desde las creencias puramente «inherentes» y tradicionales de los primeros motines hasta el compromiso político y revolucionario. De hecho, podemos seguir esta evolución volviendo a examinar los datos citados anteriormente. Primeramente, las etapas iniciales de actividad, en su mayor parte independiente, en torno a los precios de los alimentos y el desempleo, e incluso de la actuación de la multitud como perro guardián de la comunidad al que era fácil tolerar (como recalca Pauline Maier); en esta fase los motines populares parecen inspirados por conceptos tradicionales de justicia o decoro social, es decir, con poca o ninguna intrusión de otros grupos en calidad de guías políticos e ideológicos. A partir de mediados de siglo el panorama cambia y se inicia un

13. J. Ernst, «"Ideology" and an economic interpretation of the revolution», en *Explorations*, pp. 161-182.

breve período, quizá de una docena de años —cuyo mejor ejemplo es Boston— durante el cual apareció un nuevo radicalismo político que impulsó a artesanos y obreros a aliarse con un grupo radical de clase media y en el curso del cual los elementos populares y «medianos» se unieron contra los comerciantes acaudalados y los conservadores que aspiraban a ocupar altos cargos, como era el caso de Thomas Hutchinson. En esta etapa el blanco de la hostilidad popular era más a menudo el enemigo de dentro, encarnado por el comerciante acaudalado, que el enemigo imperial de fuera. Sin embargo, nunca existió una línea clara que separase a los dos y la hostilidad hacia Inglaterra pudo surgir muy fácilmente entre las clases pobres antes de que en 1763 se proclamase en Westminster la nueva política impositiva para las colonias. Un viejo motivo de queja de los habitantes de Boston era que estaban expuestos al frecuente reclutamiento forzoso por parte de la Royal Navy, y en una de tales ocasiones, en 1747, las multitudes reaccionaron vigorosamente apoderándose de la ciudad y sitiando al gobernador en su residencia. Y, por supuesto, en poco contribuyó a la futura popularidad de Hutchinson el hecho de que descollase como paladín público de la política del gobernador.[14]

Pese a ello, y repitiendo lo que dijimos antes, la crisis provocada por la Stamp Act de 1765 fue el momento decisivo, a partir de entonces cada vez más el movimiento popular se fundió con los «patriotas» de clase media y Gran Bretaña se convirtió en el principal enemigo de ambos. En lo que se refiere a la ideología, uno de los aspectos de esta transición es el que describe Alfred Young en su estudio del ritual tradicional del *Pope's Day* en Boston: más o menos por aquel

14. Para el mejor estudio de la reacción de los marineros ante el reclutamiento forzoso en las postrimerías del período colonial, véase Jesse Lemisch, «Jack Tar in the street. merchant seamen in the politics of revolutionary America», *William & Mary Quarterly*, n.º 25 (1968), pp. 371-407.

entonces (relata Young) la vieja ceremonia protestante consistente en quemar al Papa en efigie, ceremonia que databa de tiempos de Guy Fawkes,[15] se convirtió en la quema en efigie (otra antigua costumbre inglesa) de los ministros de su majestad.[16] El otro aspecto, más tangible, fue el revelado por los sucesos de agosto de 1765, cuando (como se recordará) los «patriotas» de clase media que formaban el grupo de los *Loyal Nine* quisieron denotar su disgusto ante la política de los británicos y para ello convocaron una manifestación pacífica de los artesanos de la ciudad. Sin embargo, el pueblo llano, cuyos motivos de queja eran más antiguos y variados, aunque respondió a la llamada de los «patriotas», también aprovechó la ocasión para vengarse destruyendo las propiedades de dos viejos enemigos y amenazando con destruir las de una docena más. Así, la ideología de la multitud, aunque fue enriquecida y dotada de un objetivo más preciso por los *whigs* «patrióticos», también aprovechó tradiciones y experiencias propias y más antiguas.[17]

En Filadelfia, como hemos visto, el radicalismo popular cobró forma y alcanzó una fase más avanzada de madurez antes de que estallase la guerra de la independencia. Pero ¿durante cuánto tiempo marcharon unidos este radicalismo popular y el de los «patriotas» de clase media? Y, aliado o no con los «patriotas», ¿conservó su existencia independiente después de empezar la guerra? Los datos que en este sentido aportan los historiadores resultan notablemente pobres. En Boston, como hemos visto, la multitud dejó de actuar a partir de 1774, debido principalmente a la presencia de tropas, aunque quizá también porque para entonces ya quedaba muy poca de aque-

15. Nombre de un conspirador católico que en 1603 intentó volar con pólvora el parlamento en Londres. (*N. del t.*)
16. El estudio de Alfred Young titulado «The crowd in the coming of the revolution: from ritual to revolution in Boston» todavía espera que alguien lo publique.
17. G. Nash, en *Explorations*, pp. 27-32.

lla tolerancia oficial ante la multitud sobre la que escribe Pauline Maier. En Filadelfia el radicalismo popular no se apagó, pero se volvió hacia cauces más duraderos como la organización política y militar, y ayudó a dar forma a la constitución de Pennsylvania en 1776. No obstante, era casi inevitable que la guerra ocasionara divisiones profundas no sólo entre los «patriotas» de clase baja y sus aliados, sino también en el seno del propio radicalismo popular. Según parece, la unidad continuó para combatir el monopolio y la inflación durante 1779; pero un año después, al surgir discrepancias entre los mecánicos y los artesanos pobres y obreros en torno a los méritos relativos del *laissez-faire* y los controles, tuvo lugar el llamado «motín de Fort Wilson» cuando entraron en la ciudad efectivos de la milicia que representaban al segundo grupo. Este incidente, unido a la gradual conversión de Thomas Paine al *laissez-faire*, provocó la escisión del movimiento radical popular, que en la década de 1780 dejó de influir en la guerra y en la vida política de la ciudad.[18]

Así pues, parece ser que el radicalismo popular, ya fuese en forma de actividad de la multitud o de organización política, vio disminuir su importancia al empezar la guerra. Incluso cabe poner en duda que, dejando aparte las grandes ciudades y las zonas rurales del norte, contribuyera a que el pueblo llano se sintiese atraído por la causa «patriótica». Pero, a falta de datos más fidedignos, dejaremos la respuesta a Alfred Young:

> Dadas las desigualdades de la sociedad colonial (que empeoraron considerablemente durante la guerra), dado el carácter predemocrático del panorama político y el carácter premoderno de la vida para gran parte del país, no debería sorprendernos el hecho de que muchos norteamericanos corrientes tuvieran prioridades más importantes que la de li-

18. E. Foner, en *Explorations*, pp. 197-220.

berarse del dominio británico. Los negros deseaban su libertad personal; los labradores sin tierra querían tierra; y las mujeres deseaban la ocupación tradicional de su «esfera»: el mantenimiento del hogar y la familia. Quizá lo que debería extrañarnos es que tantos otros norteamericanos de condición humilde vieran sus propias aspiraciones ligadas a la independencia. Los historiadores aún tienen que reducir esta cuestión a sus justas proporciones.[19]

19. A. Young, en «Afterword» en *Explorations*, p. 453.

CAPÍTULO 3

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

De todas las revoluciones, ocurrieran en tiempos industriales o «preindustriales», ninguna ha estado tan bien documentada como la gran Revolución francesa del siglo XVIII y en ninguna otra ha tenido acceso el historiador a colecciones tan ricas de documentos relativos a la vida, actividades y forma de pensar del pueblo llano. Así pues, en este capítulo el problema que se nos plantea no es el de encontrar datos, sino el de seleccionar cuidadosamente la abundante información disponible para, de esta manera, no salirnos de unos límites razonables.

Tal como se ha comentado con frecuencia, la sociedad francesa en vísperas de la revolución era más típica del Antiguo Régimen que cualquier otra sociedad europea. Sus rasgos principales eran: una monarquía absoluta que aún se ajustaba fielmente al modelo creado por Luis XIV más de un siglo antes; una aristocracia apoyada en el privilegio y la riqueza; un sistema de tenencia de la tierra que seguía siendo esencialmente feudal; [1] una burguesía de comerciantes que rivalizaban

1. El empleo del término «feudal» aquí resulta obviamente contencioso; pero al autor no le parecen suficientes los argumentos que recientemente ha aducido un grupo de historiadores «revisionistas» (principalmente) británicos y americanos que pretenden que deje de emplearse.

con la inglesa en riqueza y categoría, pero carecía de medios de control político; una burocracia de funcionarios venales que (y este aspecto era peculiarmente francés) se había enriquecido e independizado hasta tal punto que constituía una amenaza para el trono que la había creado; un campesinado inmenso que representaba uno de cada siete o uno de cada ocho habitantes del país y la mayor parte de cuyos integrantes eran jurídicamente libres pero estaban ligados a su *seigneur* (como hemos visto anteriormente) por miríadas de servicios y obligaciones existentes desde la Edad Media. Y en las ciudades, como ocurría también en Rusia, Prusia, Italia, Inglaterra y España, una gran población urbana dedicada a oficios y ocupaciones innumerables, que, en su mayor parte, era pobre y para sobrevivir dependía de la disponibilidad de pan barato y abundante.

Todos estos grupos y clases sociales eran revolucionarios en potencia o estaban comprometidos con una u otra forma de cambio político y social. La aristocracia, que se dividía entre la nobleza hereditaria y la *noblesse de robe* (ennoblecida con la compra de algún cargo) pero sabía unirse en momentos de crisis, trataba de enmendar a su favor el equilibrio de poder que un siglo antes le había impuesto Luis XIV al despojarla de todo control político efectivo. De hecho, todo el siglo se caracterizó por los intentos periódicos que en tal sentido hacía la aristocracia. La burguesía deseaba una categoría social más alta y una participación en el gobierno que correspondiera a su riqueza. Los campesinos querían librarse de todas las cargas feudales sobre la tierra y (la mayoría de ellos) conservar sus comunidades tradicionales en los pueblos; y el *menu peuple* (las clases pobres) de las ciudades quería un gobierno que les garantizase el suministro regular y abundante de alimentos baratos, especialmente pan (su dieta básica).

Por lo tanto, no ha de extrañarnos que las sucesivas crisis económicas de las décadas de 1770 y 1780, a las que hicimos

referencia en un capítulo anterior,[2] tuvieran resultados tan explosivos al complicarse como consecuencia de la crisis financiera producida por la guerra de la independencia norteamericana.

Como es sabido, la aristocracia fue la primera en reaccionar y llevó a cabo lo que ha dado en llamarse la *révolte nobiliaire*, la cual, como resultado de la presión aristocrática y popular combinadas, culminó con la histórica decisión de Luis XVI de convocar los Estados Generales, que en mayo de 1789, por primera vez en 175 años, se reunieron en Versalles. También se sabe que, a partir de este punto, la burguesía, que antes se hallaba dividida entre los que apoyaban a los parlamentos y a la aristocracia y los que eran partidarios del gobierno real, unió sus fuerzas y, con la ayuda de una insurrección popular que estalló en París, obligó a la aristocracia (que ahora era su principal enemiga) a ponerse a la defensiva y formó una asamblea nacional que el rey aceptó. Fruto de esta alianza entre la burguesía y el pueblo fue la toma de la Bastilla, hecho que señaló el auténtico inicio de la revolución. Mientras tanto, los campesinos se sublevaron en el verano de 1789 y, por medio de la quema de los *châteaux* de los hacendados y de los registros señoriales, persuadieron a la asamblea nacional (integrada tanto por burgueses y clérigos como por señores liberales) de que tomase nota de sus necesidades y diera el primer paso hacia el desmantelamiento del sistema señorial de tenencia de la tierra.

Huelga decir, sin embargo, que esto no habría sido posible —como tampoco habrían podido tener lugar los hechos revolucionarios subsiguientes— sin la existencia de una ideología revolucionaria que permitiera a la burguesía —los nuevos gobernantes— y al pueblo llano hacer causa común para destruir los privilegios de la aristocracia y el absolutismo del

2. Véanse pp. 84-86 antecedentes y la introducción de Labrousse a su *Crise de l'économie française*, pp. IX-XLI.

rey. ¿De dónde salió esta ideología? En el caso de la burguesía no es difícil dar respuesta a esta pregunta. Del mismo modo que los revolucionarios ingleses del siglo XVII habían encontrado su inspiración en la Biblia y en la tradicional defensa de sus «libertades» por el parlamento contra el rey, los revolucionarios de la clase media francesa recibieron su inspiración de una fuente puramente secular: los escritos de los *philosophes* del siglo XVIII, especialmente los de Rousseau y Montesquieu, a través de cuyas enseñanzas habían aprendido a proclamar los principios del contrato social, los derechos del hombre y la soberanía popular. Y éstas siguieron siendo las directrices básicas de la burguesía revolucionaria a través de todos los cambios y vicisitudes de la revolución.

El pueblo llano —es decir, los campesinos y el *menu peuple* de las ciudades— adoptó un vocabulario y un conjunto de ideas parecidos, como ya evidencian sus consignas y actos en los meses o semanas que preceden a la caída de la Bastilla. Pero básicamente, como hemos visto en un capítulo anterior, estas clases participaron en la revolución con ideas «inherentes» y tradicionales de su propia cosecha: los campesinos, reclamando tierra y exigiendo que se respetase la integridad de sus comunidades rurales; [3] los pobres de las ciudades, pidiendo que la distribución de pan se rigiera por un «precio justo». Pero, ¿de qué manera llegaron a ensanchar sus horizontes y, además, a formular una ideología política más amplia, derivada de aquella que recientemente adoptara la nueva clase revolucionaria dominante: la burguesía?

Los historiadores a quienes preocupa esta cuestión (y que en modo alguno son mayoría) la han enfocado de diversas maneras, y comprobaremos que términos como *mentalité* y *sensibilité* (utilizados por los autores franceses y difíciles de verter

3. Para un estudio reciente de los puntos de vista y exigencias de los campesinos en vísperas de la revolución, véase Florence Gauthier, *La voie paysanne dans la Révolution française; l'exemple de la Picardie*, París, 1977.

a otra lengua) no corresponden exactamente a lo que quiero decir cuando hablo del elemento «inherente» en la ideología, y menos aún a lo que quiere decir E. P. Thompson cuando habla de «cultura plebeya».[4] Entre los autores franceses que se ocupan tanto de la «cultura» (en el sentido francés) como de la *mentalité,* quizá Robert Mandrou haya sido el primero en este campo. En su obra *De la culture populaire aux 17ᵉ et 18ᵉ siècles* [5] utiliza la colección de libros llamada «azul» que se encuentra en la biblioteca de Troyes, cuyos lectores, según se supone, eran predominantemente de clase baja, para discutir el grado en que las ideas «nuevas», o simplemente las ideas, sobre la historia, la ciencia o la política eran absorbidas por el *menu peuple,* a quien iban dirigidos tales libros, a mediados del siglo XVIII. Mandrou no encuentra el menor signo de ello, a lo cual contribuye en no poca medida el hecho de que los autores pusieran mucho cuidado en que sus libros no contuvieran nada que permitiera a sus lectores del pueblo llano traspasar, siquiera con la imaginación, los límites prudentes de la sociedad aristocrática en que vivían. De modo que el panorama de la «cultura» popular que aparece ante nuestros ojos es totalmente conformista y estático; por consiguiente, el estudio, aun teniendo cierto valor negativo, no nos permite avanzar ni un solo paso en nuestra investigación.

Michel Vovelle plantea cuestiones distintas: ¿qué signos había de una *sensibilité* (es decir, *grosso modo,* perspectiva o sentimientos) prerrevolucionaria auténtica entre el pueblo llano francés en cualquier momento dado anterior a 1789? En un trabajo reciente (publicado en inglés) [6] Vovelle aporta pruebas abundantes para demostrar que, al menos en el sur,

4. Véase p. 39 más arriba.
5. París, 1964; reimpresión en 1978.
6. M. Vovelle, «Le tournant des mentalités en France 1750-1789: la sensibilité pré-révolutionnaire» (traducida al inglés) en *Social History,* n.º 5 (mayo de 1977), pp. 605-629.

a partir de alrededor de 1750 tuvo lugar un cambio en las actitudes de la clase media frente a la muerte, el entierro, los nacimientos ilegítimos, el matrimonio, Dios y la religión, y que parte de dicho cambio tenía su origen en los escritos de los *philosophes.* También encontró pruebas, aunque no tan seguras, de un cambio parecido en las actitudes de los artesanos y comerciantes ante las prácticas funerarias en particular, pero muy poco más y desde luego no halló la menor señal de que entre tales grupos se estuvieran filtrando los escritos «nuevos» o «filosóficos» de la Ilustración. Pero también señala otras fuentes de cultura popular, tales como la cencerrada, el carnaval y la *confrérie* (con sus connotaciones religiosas). Vovelle cree que la ideología primitiva y a menudo brutal que estas fuentes revelan puede seguirse hasta los motines de los primeros años de la revolución, incluyendo las tristemente famosas matanzas de septiembre de 1792.

Dado que mi intención es demostrar de qué manera el elemento «derivado» existente en la ideología popular se sobrepuso al elemento «inherente» que ya existía —o fue absorbido por éste—, mi tratamiento, ni que decir tiene, será distinto de los que he citado antes. He pensado que el mejor modo de tratar de seguir la aparición de una *prise de conscience* y una ideología revolucionaria populares era estudiando por turnos los diferentes modos de actividad popular y el pensamiento que los acompañaba durante los últimos quince años del Antiguo Régimen. Empezaré por los disturbios conocidos como la «guerra de la harina» (la *guerre des farines*) ya mencionados en un capítulo anterior.[7] Me refiero a los motines que convulsionaron a media docena de provincias (incluyendo tanto París como Versalles) en un radio de 160 a 240 kilómetros de la capital. A primera vista, como los amotinados eran principalmente gente de los pueblos, diríase que

7. Véanse pp. 85-86 más arriba.

fue un movimiento campesino a gran escala que anunciaba la gran rebelión de campesinos de 1789. Sin embargo, examinando los hechos más detenidamente, resulta que no tuvo nada de movimiento estrictamente *campesino*, sino que lo protagonizaron los pequeños consumidores y, exceptuando su alcance, se diferenció poco de los otros movimientos de la misma índole que, en gran número y de manera intermitente, aparecieron en los períodos de escasez entre las décadas de 1720 y 1780. No hubo en ellos ninguna intrusión de las ideas «nuevas» (el *Emilio* y el *Contrato social* de Rousseau habían sido publicados por primera vez una docena de años antes) ni se registró el menor intento de ajustar cuentas con los *seigneurs* o el clero (a no ser que éstos, al igual que otros propietarios, acaparasen o almacenasen trigo); y a decir verdad, pese a explicaciones anteriores en sentido contrario, tampoco hubo signo alguno de «intrusión» política, ni siquiera a cargo de los enemigos que Turgot tenía en la corte.[8] Y, como he dicho, hasta la revolución e incluso hasta después de ella siguieron produciéndose movimientos similares, aunque a escala más moderada, con su consabida manera de imponer un precio «justo» para el grano.

En el caso de los jornaleros el método alternativo de protesta social era la huelga y durante los últimos quince años antes del inicio de la revolución hubo varias confrontaciones de esta clase, especialmente entre los obreros del papel, la imprenta y la construcción, así como entre los cordeleros. Marcel Rouff, historiador francés que escribió sobre estos movimientos hace más de medio siglo, opinaba que la huelga de cordeleros, que (en 1786) marcharon hacia el palacio real de Versalles para presentar sus demandas, revestía un interés especial y escribió sobre ella casi como si se tratara del prelu-

8. Para el resumen más completo de todas las pruebas disponibles, véase Edgar Faure, *La disgrâce de Turgot*, París, 1961.

dio de la revolución.[9] Sin embargo, este punto de vista peca por exceso de optimismo, toda vez que las huelgas (como apuntó Daniel Mornet un par de décadas después) eran aún comparativamente poco importantes y, desde luego, mucho menos frecuentes y significativas que los motines relacionados con los alimentos. Y es porque aquélla seguía siendo la época del pequeño taller donde el típico maestro artesano trabajaba codo a codo con su media docena de jornaleros y aprendices. Estos jornaleros compartían de segunda mano los puntos de vista de sus maestros, exceptuando los momentos de disputas salariales que se producían de vez en cuando. Así pues, es natural que no debamos buscar síntomas de un despertar político popular hasta el momento en que los propios maestros estuvieron preparados para recibir y transmitir el mensaje.[10]

Por consiguiente, hemos de buscar en otra parte: en el motín relacionado con los alimentos, el cual, aunque en 1775 era apolítico, como hemos visto, empezó a «politizarse» al comenzar el otoño de 1788, hacia las postrimerías de la «revuelta aristocrática». La ocasión la brindaron la noticia de que el parlamento volvía a París después de su segundo exilio y la excitación popular que causó la misma en unos momentos en que los precios subían vertiginosamente. Fue la concordancia de las dos cosas la que hizo que la gente trabajadora de los *faubourgs* se lanzase a la calle; y Hardy, el librero-diarista, cuya tienda cerca del Boulevard Saint Germain, en el distrito universitario, le proporcionaba una posición ventajosa para observar lo que ocurría en las calles, advirtió, a principios de septiembre, que se había ordenado la intervención de las tropas para dominar al pueblo llano, «dont le [Gouvernement] avait à craindre l'Insurrection»; y, como los precios siguieron

9. M. Rouff, «Une grève de gagne-deniers en 1786 à Paris», *Revue Hist.*, *CLXV* (1910), pp. 332-346.
10. G. Rudé, *The crowd in the French Revolution*, Oxford, 1959, pp. 21-22, 134, 146.

subiendo, observó un acontecimiento significativo: que las amas de casa dejaban (a partir de noviembre) de dirigir sus quejas e imprecaciones contra los panaderos para lanzarlas contra el gobierno, los príncipes reales y hasta al propio monarca.[11] Era el principio de un entendimiento político popular, la aurora de una *prise de conscience*, que iba mucho más allá de un simple corear consignas en apoyo del parlamento; porque la cuestión —la cuestión del pan— afectaba al pueblo más que otras cuestiones. Pero no era todavía el comienzo de una ideología *revolucionaria*; ésta aún no había llegado.

Quizá cabría esperar que hubiese aparecido por primera vez en Lyon, donde el pueblo llano —o al menos los tejedores de seda de la gran Fabrique— poseían una tradición de militancia mucho más larga y continua que los artesanos de París. El siglo XVIII había sido testigo de una serie de conflictos violentos entre los tejedores, encabezados por sus *maîtres-ouvriers* (los cuales también empleaban mano de obra) y los *marchands-fabricants*, que controlaban la industria. En la última de las grandes confrontaciones —la de 1786— los tejedores habían luchado por la «tarifa» (o salario mínimo) y por primera vez se habían visto a sí mismos como clase explotada por sus amos. La hostilidad entre ambos grupos era tal que cuando más adelante se pidió a la Fabrique que se reuniera y nombrase unos delegados que redactarían un *cahier de doléances* que el Tercer Estado local llevaría a Versalles, los *maîtres-ouvriers* (representantes de los trabajadores de la seda) consiguieron excluir a los comerciantes y ocupar ellos mismos todos los escaños. De esta manera se brindó a los trabajadores la oportunidad de hacer oír su voz no sólo en Lyon, sino también

11. S. Hardy, «Mes loisirs, ou journal d'évènements tels qu'ils parviennent à ma connoissance» (MS en 8 vols., 1764-1789, Bib. Nationale, fonds français, n.os 6680-6687), VIII, pp. 73, 154-155, 250: apuntes correspondientes a 5 de septiembre y 25 de noviembre de 1788, y 13 de febrero de 1789.

en Versalles. Sin embargo, por asombroso que parezca, el desafío nunca fue aceptado. Los delegados obreros se limitaron a redactar un *cahier* cuyo propósito era favorecer a la Fabrique en su conjunto; no se hizo ninguna referencia a las necesidades concretas de los trabajadores, ni siquiera a las necesidades del pueblo en general, y obedientemente enviaron gente educada como comerciantes y letrados para que los representase en Versalles.[12] Y continuaron no estando a la altura de las circunstancias y desempeñando un papel secundario después de sus patronos, incluso durante el período contrarrevolucionario del verano de 1793.

¿Por que tenía que suceder así? La única respuesta con sentido es que los trabajadores lioneses se hallaban organizados en una vasta corporación (Fabrique) que incluía también a sus patronos; y, a pesar de su militancia y de su conciencia de clase, carecían de la intimidad del pequeño taller de París, donde patronos y jornaleros se asociaban con facilidad y constituían uno de los principales medios de difusión de las ideas revolucionarias (burguesas). (La otra, como ya se ha apuntado, era el mercado o la tahona.) Esta situación, que contrastaba con la de Lyon, era la que existía en París, donde la mayor parte de la industria se desarrollaba en estos talleres pequeños de fuerte sabor medieval. Pero primeramente —antes de que hubiera ideas revolucionarias que transmitir— fue necesaria la oportunidad que brindó el monarca al convocar los Estados Generales en Versalles. El resultado (como nos recuerda Georges Lefebvre) fue exaltante.[13] Por un lado, despertó la «gran esperanza» de una regeneración nacional que, como pudo ver Arthur Young en sus viajes por la campiña francesa, soliviantó a los campesinos además de a la gente de

12. Véase M. Garden, *Lyon et les lyonnais au XVIIIe siècle*, París, 1970, especialmente pp. 552-592; J. Jaurès, *Histoire socialiste de la Révolution française*, ed. A. Soboul, 7 vols., París, 1968-1973; I. pp. 177-178.
13. G. Lefebvre, *Quatre-Vingt-Neuf*, París, 1939, p. 112.

las ciudades.[14] En segundo lugar, provocó una literatura abundante en forma de *cahiers*, panfletos y peticiones como preparación de la gran asamblea de Versalles. Entre ellos había un documento cuya importancia sería vital: el panfleto del Abbé Sieyès titulado *Qu'est-ce que le tiers état?* (*¿Qué es el tercer estado?*), que por primera vez declaró que el Tercer Estado (o burguesía), en representación de toda la nación, estaba preparado para hacerse cargo del gobierno del país, tanto si la nobleza se unía a él como si no. El término «tercer estado» empezó a correr de boca en boca por los mercados, las esquinas e innumerables talleres y no tardó en formar parte del habla popular; he podido comprobar su utilización por un artesano de París en un informe de la policía fechado el 21 de abril.[15] Una semana después, durante los disturbios llamados «de Réveillon», fue una de las consignas que gritaban los alborotadores amotinados en el *faubourg* Saint-Antoine; las otras consignas eran *Vive le roi!* y *Vive M. Necker!* (ambos eran héroes populares en aquel momento). Poco después se convirtió en un desafío más militante —*es-tu du tiers état?*— con el que (según los anales) fue recibido Jean Rossignol, el futuro general *sans-culotte*, cuando llegó a París aquel verano para trabajar como oficial de orfebre.[16] Y Arthur Young tuvo que responder a él afirmativamente —para salvar la piel, según él creía— pocas semanas después, cuando transitaba por un camino rural. Parece ser que para entonces el término *tiers état* —al que pronto seguirían otros como *contrato social* y *droits de l'homme*— había sufrido una transformación en boca del pueblo. Para éste ya no denotaba a la «nación» o la «burguesía» (y es probable que Sieyès se refiriese tanto a una como a otra), sino a él mismo, al pueblo llano, o al

14. A. Young, *Travels in France during the years 1787-1788-1789...*, Nueva York, 1969, p. 144.
15. Arch. Nat., Y 18762.
16. A. Mathiez, *Les grandes journées de la Constituante*, París, 1913, pp. 23-25.

menos a aquellos de sus miembros que se alzaron contra la «aristocracia». De no ser así, ¿cómo nos explicaríamos la elección de la consigna *vive le tiers état* por parte de aquellos que destruyeron la casa de Réveillon en abril? Porque Réveillon y la otra víctima del motín, Henriot, ambos fabricantes del *faubourg*, fueron elegidos representantes de sus distritos ante el Tercer Estado en París. No tardó en producirse otra adaptación en el habla corriente. Al agravarse la crisis política en Versalles cuando las «clases privilegiadas» mantuvieron su negativa a unirse al Tercer Estado para formar una asamblea nacional, todos los oponentes de los *tiers* se convirtieron en enemigos de la nación y en «aristócratas», tanto si pertenecían a la nobleza como si no. Y dado que, en respuesta a las crisis, así políticas como económicas, cada vez eran más los miembros del *menu peuple* —jornaleros al igual que artesanos— arrastrados por la corriente revolucionaria, estas primeras lecciones y vocabulario de la revolución se veían absorbidos por círculos cada vez más amplios. En la víspera de la toma de la Bastilla, un tal Jean-Nicholas Pepin, mozo de una velería, fue detenido cuando se hallaba mezclado con la multitud que se arremolinaba en las calles de la ciudad y, al ser interrogado, explicó su comportamiento utilizando términos que para entonces ya eran de uso común:

> ... acudíamos en ayuda de la Nación contra los enemigos que querían destruir a todos los parisienses; y [añadió] los enemigos era la *noblesse*.[17]

Habría que decir, en honor a la justicia, que los acontecimientos que tenían lugar en Versalles —agravados, desde luego, por la crisis económica— surtieron un efecto más profundo en los pueblos que en las ciudades. No tanto porque las nuevas ideas de la revolución soliviantaran a los campe-

17. Arch. Nat., Z^2 4691.

sinos (como ya hemos señalado, los conceptos como el del *tiers état* llegaban a los pueblos mucho más tarde que a las ciudades) sino porque la vieja idea tradicional, «inherente», basada en la secular hostilidad de la población rural hacia los tributos e impuestos feudales, idea que había permanecido dormida durante gran parte del siglo XVIII, salió a la superficie y aglutinó a los campesinos —hasta entonces divididos entre hacendados y sin tierra, ricos y pobres— en una sola clase que, con muy poca ayuda de las ciudades, supo llevar a cabo lo que Lefebvre ha llamado una «revolución campesina» en julio-agosto de 1789. Pero, como hemos dicho en otra parte, los campesinos no se dieron por satisfechos con la solución a medias del problema agrario que se decretó en los días siguientes. Como consecuencia de ello, la rebelión campesina, aunque nunca alcanzó las cotas del verano de 1789, siguió «cociéndose a fuego lento», con estallidos esporádicos de violencia, hasta que la solución final —es decir, «final» en lo que se refería a los campesinos «medianos» y acaudalados— llegó del brazo de los jacobinos en junio-julio de 1793. (Los sucesos de la Vendée fueron un asunto distinto, por supuesto, y me ocuparé someramente de ellos más adelante.)

Pero es probable que los historiadores se hayan ocupado solamente de París (y no de Lyon, Ruán o Burdeos entre las ciudades), al menos lo suficiente como para presentar un panorama bastante fidedigno de la evolución posterior de la ideología popular. Esta evolución dependía en parte de los medios que proporcionaban los demócratas burgueses y demás en forma de periódicos, mítines al aire libre, sociedades populares (a partir de 1791), las galerías de la Asamblea Nacional y el Club Jacobino; y en parte de la experiencia directa del pueblo al participar más plenamente en la revolución. La siguiente fase importante de este proceso después de octubre de 1789 la señalaron los sucesos dramáticos del verano de 1791: el intento de fuga de Luis XVI y su regreso forzoso a París;

su suspensión provisional y subsiguiente restauración en el cargo, a causa de lo cual surgió un poderoso movimiento democrático y radical que se oponía a la mayoría liberal-monárquica, movimiento en cuyo seno jugó un papel destacado el rival de los jacobinos, el Club de los Cordeleros, más plebeyo que aquéllos.[18] La agitación hizo que los artesanos y jornaleros de París (a los que ahora llamaban *sans-culottes* sus oponentes más elegantes), se radicalizasen más y comenzaran a asistir a los mítines de las *sections* y a enrolarse en la Guardia Nacional (pese a que oficialmente seguían estando excluidos de ambos); acudieran en masa al Champ de Mars en julio de 1791 para firmar o poner su marca en una petición que pretendía la abdicación del rey y fueran dispersados violentamente por los sables y las balas. Para entonces asistían a los mítines de las sociedades populares, exigían el derecho al voto e incluso leían la prensa radical.[19] Todo esto sirvió para inculcar a los *sans-culottes* el vocabulario y las ideas de la burguesía revolucionaria —periodistas, oradores y políticos— que, basándose tanto en los clubs jacobinos como en los de cordeleros, estaba dando a la revolución un giro decisivo hacia la izquierda.

La siguiente etapa importante en el desarrollo de la ideología popular vino con la victoria de los jacobinos sobre los girondinos en la Convención Nacional y la consiguiente aparición de una mayoría jacobina que contaba con el decidido apoyo de los *sans-culottes*, cuyas exigencias había que tener en cuenta (como se hizo con las leyes del *Maximum*, que en septiembre de 1793 colocaron un techo a los precios). Mientras tanto, los *sans-culottes*, alentados por los jacobinos, estaban imponiéndose en las sesenta secciones y en agosto ya domi-

18. La mejor crónica de este proceso sigue siendo la de Mathiez en *Le Club des Cordeliers pendant la crise de Varennes et le massacre du Champ de Mars*, París, 1910.

19. Véase el interrogatorio policíaco a que fue sometida Constance Evrard, una cocinera de 23 años de edad arrestada después de la refriega: en mi libro *The crowd...*, pp. 86-87.

naban la mayoría de ellas. Al mismo tiempo, iban ocupando gradualmente la mayor parte de los escaños correspondientes a los consejeros de la comuna de la ciudad. Así pues, cuando los jacobinos formaron su «gobierno revolucionario» a finales de año, los *sans-culottes* no sólo controlaban los principales puestos de mando de la capital, sino que, además, estaban creando un estilo de vida y una política propios, distintos —y generalmente opuestos— a los de sus maestros jacobinos.[20] Sus ideas sobre la propiedad eran las de todos los pequeños productores y tenderos, típicas de aquéllos que hablaban y votaban en las secciones: se oponían a su uso sin restricción por parte de los ciudadanos acaudalados que se creían en el derecho de hacer lo que quisieran con ella. Pero no albergaban la menor intención de apoyar una «ley agraria» o de dividir la propiedad en proporciones iguales; a lo sumo estaban dispuestos a exigir que se limitase la envergadura de las propiedades y de los derechos de propiedad en beneficio de una comunidad de pequeños productores como ellos mismos. La expresión más coherente y explícita de esta demanda la hizo la *Section des Sans-Culottes* el 2 de septiembre de 1793, fecha en que insistieron, entre otras cosas, en que «nadie debía poseer más de un taller o tienda».[21] También exigieron impuestos progresivos en beneficio de los pobres e igualdad de beneficios sociales (*égalité des jouissances*), incluyendo la enseñanza gratuita y el pan barato; y se opusieron a la fusión de los talleres pequeños para formar unidades mayores destinadas a la producción bélica. Sus demandas políticas plantearon problemas más serios al gobierno jacobino, ya que pedían «democracia directa», o el derecho de reunirse «permanentemente» en sus secciones y sociedades populares, retirar diputados a voluntad, desfilar portando armas ante la asamblea

20. Para esto y gran parte de lo que sigue, véase Albert Soboul, *The Parisian sans-culottes and the French Revolution 1793-4*, Oxford, 1964.
21. *Ibid.*, p. 64.

siempre que ello les viniese en gana e incluso instar a las secciones a rebelarse («l'insurrection est le plus sacré des devoirs») en el caso de que el gobierno no cumpliese sus deberes para con el pueblo.

La consecuencia, como ha demostrado ampliamente Soboul, fue que las relaciones entre los *sans-culottes* y los jacobinos se hicieron cada vez más tensas y la hostilidad entre los dos grupos (especialmente la de los jornaleros cuando se veían bajo la amenaza de reducciones drásticas de sus haberes) contribuyó a la caída de los jacobinos. Lo que resulta irónico es que jacobinos y *sans-culottes* cayeran juntos, víctimas de una conspiración que incubaron sus oponentes tanto de la derecha como de la izquierda, aunque sólo aquélla se benefició plenamente de ella.

Por lo tanto, se silenció a los *sans-culottes*, así como a los jacobinos, y durante muchos meses los dos grupos se dedicaron a lamerse las heridas y a esperar tiempos mejores. Éstos no llegaron jamás; pero, por extraño que parezca, el apogeo de la independencia *sans-culotte* —independencia de acción y de pensamiento— se produjo durante sus dos últimos levantamientos de Germinal y Prairial del año III (marzo y mayo de 1795), cuando invadieron la asamblea pidiendo pan, la puesta en libertad de los «patriotas» encarcelados (jacobinos y partidarios de Hébert), y la restauración de la comuna de París (reducida a la impotencia por los «termidorianos») y de la constitución democrática de junio de 1793 (suspendida «indefinidamente» por los jacobinos pero abolida totalmente por sus sucesores); y obligaron a los jacobinos que aún quedaban en la asamblea a constituirse en portavoces de sus demandas. El episodio terminó en derrota y no tuvo otro resultado que el de intensificar la persecución tanto contra los jacobinos como los *sans-culottes*, a los que ahora, por medio del terror, se silenció de forma más eficaz y permanente que antes. Pese a ello, tuvo su importancia porque señaló el punto más alto

que alcanzó la ideología popular independiente durante la revolución (si exceptuamos las ideas comunistas-igualitarias de Babeuf, que no encontraron aceptación popular en aquella época). Porque aquí, por primera vez en la revolución, los *sans-culottes* organizaron una *journée* política propia, marcharon hacia la asamblea para derrocarla, con sus propios líderes, banderas y consignas, y expresaron sus propias exigencias, inspirados por su propia ideología.[22]

El recuerdo de estas «jornadas» y de las que las habían precedido sobrevivió y, como veremos, apareció de nuevo en otras revoluciones y *évènements* de la historia de Francia. Los *sans-culottes* obtuvieron muy pocas ganancias materiales de la revolución: al finalizar el año 1795 ya les habían desposeído del derecho al voto y al control de los precios de los alimentos. Pero es indudable que dejaron su huella en los acontecimientos. En primer lugar, fueron las tropas de choque de la revolución en aquella serie de grandes acontecimientos públicos, las tropas que tomaron la Bastilla, obligaron al rey y a la reina a volver a París en octubre, derribaron la monarquía, excluyeron a los girondinos de la asamblea y elevaron a los jacobinos al poder, y obligaron a la convención, dominada por los jacobinos, a hacer cumplir las leyes del *Maximum* y otras medidas sociales. En segundo lugar, aunque nunca ocuparon más de un puñado de escaños en la asamblea nacional revolucionaria, fue la primera vez que los pequeños artesanos y tenderos gobernaban una ciudad de la importancia de París durante la totalidad de un año crítico. Y en tercer lugar (y esto casi viene a ser lo mismo que repetir lo que hemos dicho antes), pese a perder sus ganancias más «materiales», no por ello se extinguió la tradición de la acción de las masas populares y de la democracia «directa» iniciada por los *sans-culottes* de París, como tampoco se desvanecieron muchas de las ideas

22. Para este episodio y sus antecedentes, véase K. Thönesson, *La défaite des sans-culottes*, Oslo, 1959.

que acompañaban a dicha tradición. Nos ocuparemos nuevamente de todo ello en nuestro próximo capítulo.

APÉNDICE

París, desde luego, no era típico de toda Francia aunque la euforia del verano de 1789, incluso teniendo en cuenta el inevitable retraso, probablemente fue universal. Para finales de 1791 ya se advertían algunas discrepancias entre los campesinos (sobre todo en algunas partes de Bretaña, donde la imposición de sacerdotes nuevos tras la constitución del clero y su condena por el Papa causaron gran disgusto); pero se hizo más extendida posteriormente.

El año en que hubo más disensiones fue 1793, cuando no sólo la Vendée —a la que siguieron las guerrillas campesinas (*chouans*) de la Baja Bretaña y el noroeste de Normandía— sino también media docena de las ciudades más importantes de Francia se rebelaron. En el caso de la Vendée el punto de ruptura llegó con la *levée en masse*, toda vez que existía la creencia de que la administraban injustamente unos burócratas que recibían sus órdenes del lejano París y que amenazaba con dejar los campos sin mano de obra para la cosecha que se avecinaba, como efectivamente ocurría. De esta manera los campesinos bretones, aunque deseaban que se completase la «revolución» en sus pueblos tanto como lo deseaban sus colegas del resto de Francia, se vieron arrojados en brazos de la nobleza más reaccionaria del Antiguo Régimen, apoyada ampliamente por «el oro de Pitt» (¡que esta vez no era ilusorio!).

La «revuelta federal», cuyos centros principales eran Lyon, Marsella y Burdeos, la promovió en su mayor parte la clase formada por los comerciantes acaudalados, cuyas ideas políticas desde el comienzo de la revolución siempre habían sido moderadas y cuyos clubs jacobinos, exceptuando un breve período en Lyon,

habían sido de tipo más «girondino» que «jacobino». La expulsión de los diputados girondinos de la convención y su subsiguiente persecución fueron la señal para que estallasen unas revueltas que, como era inevitable, contaron con el apoyo de los realistas. Parece ser que los maestros artesanos de las ciudades citadas se sintieron atraídos hacia el campo «federalista»; y diríase que los jornaleros, aunque a menudo mostraban hostilidad hacia los comerciantes, estaban demasiado debilitados por la disensión para intervenir y se dejaron llevar por la corriente. (Para un breve estudio de estas disensiones y de la alineación de los partidos en Burdeos, véase Alan Forrest, *Society and politics in revolutionary Bordeaux,* Oxford, 1975, especialmente pp. 159-180.)

Para la mezcla de elementos «inherentes» y «derivados» en la ideología popular durante situaciones análogas, remito al lector al argumento que se presenta en la página 45 del presente libro.

CAPÍTULO 4

REVOLUCIONES FRANCESAS DEL SIGLO XIX

Aunque surgieron como respuesta a problemas y situaciones muy concretos, las revoluciones francesas del siglo XIX tuvieron mucho en común y, por consiguiente, pueden tratarse en un solo capítulo. A diferencia de las tres revoluciones anteriores, las que hemos visto hasta aquí, se produjeron en el seno de una sociedad que, si bien estaba sujeta a un cambio gradual, presentaba unos rasgos principales que ya habían sido determinados por la revolución de 1789 y por la revolución industrial que, con algunos titubeos, se inició hacia finales de la década de 1820. Debido a la primera revolución la sociedad aristocrática del Antiguo Régimen, aunque recuperó cierto terreno bajo los monarcas de la restauración posterior a Napoleón, se había hecho esencialmente *burguesa* y sólo necesitaba el impacto de una revolución industrial para emprender sin vacilaciones la marcha que la convertiría en la sociedad industrial y capitalista de la década de 1880.

Como en otras partes, los rasgos principales de aquella sociedad eran la aparición de una clase integrada por fabricantes que empleaban mano de obra y de una clase de trabajadores industriales, o proletarios, así como la tendencia a pola-

rizarse poco a poco en dos clases, las que acabamos de nombrar. Pero, a diferencia de lo que ocurrió en Gran Bretaña, el proceso fue lento, debido principalmente a que durante mucho tiempo siguió existiendo una serie de clases tradicionales e intermedias (como apuntó Gramsci en Italia) formadas por pequeños tenderos, modestos productores autónomos y, sobre todo, un campesinado numeroso que de la gran revolución había recibido cierto grado de estabilidad y que durante todo el siglo XIX se resistió a los avances de la industrialización capitalista. Con el tiempo también Francia se embarcaría en una rápida expansión capitalista, pero esto pertenecía aún al futuro, y en la sociedad fundamentalmente «preindustrial» que nos ocupa en el presente capítulo el cambio resultaba comparativamente lento y seguía una pauta desigual. Es cierto que en 1847 funcionaban en Francia 5.000 máquinas de vapor cuando siete años antes había solamente 2.000 (pero en Gran Bretaña el número de máquinas era diez veces superior). En 1850 la red ferroviaria francesa era de unos 3.200 kilómetros, mientras que en Inglaterra contaba con 8.000 kilómetros aproximadamente e incluso la de Alemania tenía cerca de 4.800. Es indudable que la población de las ciudades había aumentado, pero sólo en unas pocas —tales como Lille, Roubaix o Saint Etienne— era este aumento el resultado de la industrialización. París, la gran ciudad de las revoluciones —aún más en el siglo XIX que en el XVIII— tenía una población de alrededor de 550.000 habitantes en 1800, número que en 1850 había aumentado al doble y en 1870 alcanzó un millón y tres cuartos. Pero aunque a partir de la década de 1840 empezaron a surgir distritos industriales —centros de talleres ferroviarios, fábricas de algodón y talleres de ingeniería ligera—, París siguió siendo en gran parte ciudad de pequeños talleres, manufacturas, gente que trabajaba en su domicilio y oficios modestos; e incluso al estallar la comuna de 1871 sólo uno de cada diez obreros industriales de París trabajaba en la

industria a gran escala o en empresas que tenían empleadas a cien o más personas.[1]

Pero esto no es todo: aunque el cambio social e industrial era lento, ya se estaba produciendo la gran división característica de la nueva sociedad industrial y a fines de la década de 1820, cuando menos, una sola clase, la de los *ouvriers*, había reemplazado a la de los *sans-culottes* de orientación pequeñoburguesa en el puesto de protagonista principal de la protesta social, mientras que los asalariados, incluyendo los que trabajaban como *compagnons* en pequeños talleres, ya no estaban tan cosidos a las faldas de sus amos. Y otra cosa que resulta igualmente significativa: debido sin duda a la influencia de la Revolución francesa, antes de la década de 1840, el *ouvrier*, permitiendo que la imaginación enriqueciera la experiencia, adoptaría el título de *prolétaire* (utilizado por primera vez, en su sentido más o menos moderno, por Blanqui en 1832) en unos momentos en que el trabajador británico, aunque *objetivamente* estaba mejor calificado, subjetivamente aún no se hallaba preparado para hacer lo mismo. Pero éste, por supuesto, fue también un proceso gradual que trataremos de seguir a lo largo de las sucesivas revoluciones de 1830, 1848 y 1871.

En julio de 1830 Carlos X, el segundo monarca de la restauración, fue derribado del trono por una alianza entre los burgueses liberales (aunque ricos), a quienes Carlos había negado las libertades comprendidas en la carta de 1814, y los *ouvriers* de los distintos oficios que había en París. Después de tres días de lucha —«les Trois Glorieuses»— el pretendiente orleanista, Luis Felipe, fue aupado al trono por una combinación de banqueros y periodistas y aclamado por el pueblo en el ayuntamiento. Esta es la crónica breve de la re-

1. L. Chevalier, *La formation de la population parisienne au XIXe siècle*, París, 1950; C. H. Pouthas, *La population française pendant la première moitié du XIXe siècle*, París, 1956.

volución tal como se narra tradicionalmente. Pero, como es lógico, eso no era todo ni mucho menos, y así lo han demostrado diversos historiadores modernos, algunos de ellos norteamericanos. En primer lugar, el resultado no fue del gusto de todos: de los dos asociados, *la blouse et la redingote*, como los ha llamado Edgar Newman,[2] la *blouse* (los obreros) fue estafada y la victoria redundó exclusivamente en beneficio de la *redingote* (los patronos). Pero los obreros no se conformaron con un papel limitado que se reducía a sacarle las castañas del fuego a la burguesía y, una vez cumplido su cometido, empezaron a presentar sus propias reivindicaciones. Fueron los obreros de las imprentas, cuyos empleos dependían de que siguieran publicándose los periódicos de París, los que dieron el ejemplo: se sintieron tan alarmados como los periodistas y políticos burgueses cuando Carlos X proclamó sus Ordenanzas de Saint Cloud, que eran muy antiliberales. De modo que fueron ellos los primeros en lanzarse a la calle y proporcionar una iniciativa a los otros oficios de París que, según ha demostrado David Pinkney, constituyeron (al igual que hicieran sus antepasados en julio de 1789) el grueso de los descontentos. Su objetivo era doble: proteger sus propios empleos y libertades y expresar su resentimiento patriótico, junto con el de sus aliados burgueses, ante la actuación despótica del rey Borbón.[3] Pero también tenían otros motivos de protesta: la revolución estalló a raíz de una profunda crisis económica que hizo subir espectacularmente los precios de los alimentos; asimismo, muchos tenían sus propias ideas sobre la clase de gobierno que debía venir después. No era la república, como se ha dicho

2. Edgar Newman, «The blouse and the frock coat: The alliance of the common people of Paris with the Liberal leadership and the middle class during the last years of the Bourbon Restoration in France», *Journal of Modern History, XLVI* (marzo de 1974), p. 27.
3. David Pinkney, «The crowd in the French Revolution of 1830», *American Hist. Review*, LXX (1964), pp. 1-17.

con frecuencia, sino una vuelta a Napoleón,[4] según el estudio de Newman sobre lo que las masas de 1830 deseaban realmente.

Pero entre estos factores había también, como de costumbre, otras vueltas al pasado: estallaron disturbios al viejo estilo, como los de 1775, debido al elevado precio del pan; campesinos del Ariège se disfrazaron de *demoiselles* y ahuyentaron a los guardas forestales para defender sus tradicionales derechos de pastoreo; [5] en nombre de la «libertad» los obreros destruyeron las máquinas que les privaban de su derecho a trabajar, y, también en nombre de la «libertad», aunque ello indicaba con mucha más claridad que los tiempos estaban cambiando, exigieron el derecho de organizarse en asociaciones obreras o sindicatos que defenderían sus salarios y condiciones de trabajo.

Así pues, la revolución de 1830, en lo que se refería a la burguesía liberal, había completado las «tareas no acabadas» por la primera revolución al dar un hogar constitucional seguro a los «principios de 1789». Sin embargo, al hacerlo se dejaron «sin acabar» tareas de otra índole, como demostrarían las experiencias de los años siguientes. Para los *ouvriers* la lucha en que se habían embarcado en 1830 no era más que el principio. En 1831 aparecieron los primeros periódicos obreros, el *Journal des Ouvriers* y otros, que dedicarían muchas columnas a clamar por la necesaria asociación. Otros acontecimientos de las décadas de 1830 y 1840 revisten también una importancia primordial, de manera que, antes de pasar a la revolución de 1848, hemos de ocuparnos de las diversas insurrecciones obreras que estallaron primero en Lyon y luego en París, así como de los aspectos ideológicos de las mismas.

4. E. Newman. «What the crowd wanted in the French Revolution of 1830», en *1830 in France*, pp. 17-40.
5. John H. Merriman, «The demoiselles of the Ariège, 1829-1831», en J. Merriman, ed., *1830 in France*, Nueva York, 1975, pp. 87-118.

Porque en el curso de estas batallas, libradas en frentes tanto económicos como políticos, nació la clase obrera francesa.

Fue en Lyon, como vimos en el segundo capítulo, donde a resultas de los amargos conflictos que surgieron en la industria sedera entre los *canuts* (maestros y jornaleros tejedores) y los comerciantes-manufactureros en vísperas de la revolución de 1789 había aparecido por primera vez una rudimentaria conciencia de clase. La industria de la seda, al igual que la ciudad de Lyon misma, había resultado profundamente marcada por la revolución; y allí, como en otras partes de Francia, la ley Le Chapelier de 1791 había prohibido que los obreros se asociaran. Para 1830 la industria sedera (que representaba la mitad del comercio de la ciudad y una cuarta parte de sus ingresos) ya se había recuperado y vivía un período de gran prosperidad. Pero el descontento de los *canuts* (lejos de haberse aplacado) había aumentado al extenderse la industria a la campiña, así como debido a los nuevos métodos del *laissez-faire*, que negaban a los obreros la protección paternalista de la vieja Fabrique, y a la introducción, durante los primeros años del siglo, del telar Jacquard, que ahorraba mano de obra. Además, para que el descontento fuese aún mayor, mucho antes que en otros lugares de Francia los tejedores de seda de Lyon vivían y trabajaban en arrabales densamente poblados como los de La Croix Rousse y Parrache, que ya constituían barrios obreros fácilmente identificables como tales.[6]

Aunque durante un breve período, tras la caída de Carlos X en París, una euforia común unió a los *canuts* y a los comerciantes, el hechizo no tardó en romperse, dado que éstos se negaron a tomar en serio a aquéllos cuando volvieron a pedir una *tarif* (escala de salarios y precios). Como consecuencia de ello, en noviembre de 1831 los tejedores, que desde los

6. Para esto y gran parte de lo que sigue, véase Robert Bezucha, *The Lyons uprising of 1834*, Cabridge, Mass., 1974.

sucesos de julio disponían de armas, se alzaron en rebelión, entonando su famosa consigna de *Vivre en travaillant ou mourir en combattant* («vivir trabajando o morir combatiendo»), dominaron a la guarnición local con inesperada facilidad y se encontraron con el control de la ciudad en sus manos. Un periódico advirtió que «Los bárbaros que amenazan a la sociedad no están en el Cáucaso ni en las estepas tártaras; están en los arrabales de nuestras ciudades fabriles».[7] Pero los obreros no estaban bien organizados y les faltaba comprensión política, por lo que no supieron qué hacer con su victoria. Así pues, aceptaron una componenda y regresaron a sus barrios.

La siguiente ronda no se hizo esperar mucho. Los jornaleros tejedores habían descubierto la necesidad de organizarse y siguieron el ejemplo de sus maestros afiliándose al Devoir Mutuel que en diciembre de 1833 ya era una entidad menos exclusiva y más militante, y empezaron los preparativos de una huelga general. Mientras tanto sucedieron dos cosas: el gobierno de París intervino y prohibió el mutualismo junto con otras asociaciones obreras y comenzó a arrestar a los afiliados a ellas; y el partido republicano local (con su vástago, la Sociedad de los Derechos del Hombre), hasta entonces despreciado por la comunidad de tejedores, hizo suya la causa del mutualismo, organizó manifestaciones contra la nueva ley de asociaciones y dio un apoyo significativo al segundo levantamiento de los tejedores al estallar el mismo en abril de 1834. Este levantamiento —el más importante de cuantas alteraciones del orden público hubo en Francia entre 1830 y 1848— duró seis días y causó más de 300 muertos. Pero esta vez las autoridades locales y la guarnición estaban preparadas y consiguieron someter a los tejedores y a sus aliados republicanos, poniendo a 500 presos en manos de la justicia. De todos mo-

7. *Journal des Débats*, 8 de diciembre de 1831; cit. en Bezucha, *op. cit.*, página 48.

dos, el suceso tuvo una gran importancia histórica, ya que fue el momento en que el mayor grupo de obreros industriales franceses se asoció políticamente —por muy tenue que esta asociación fuera al principio— con el movimiento republicano. Sin embargo (como insiste Robert Bezucha), la verdadera educación política de los trabajadores lioneses, indignados por la forma en que el gobierno explotó su victoria, siguió a su levantamiento en vez de acompañarlo.[8]

Entretanto, la primera de las insurrecciones de Lyon había provocado una serie de protestas y rebeliones obreras en otras ciudades de Francia, tanto más cuanto que delegados de París, Marsella y otras plazas habían acudido a Lyon para aprender de su ejemplo. La primera sublevación de París, que fue también la más violenta, se produjo los días 5 y 6 de junio de 1832, tras el entierro de un general bonapartista muy popular, y tuvo por escenario los claustros de Saint Méri, en el populoso barrio donde se hallaba el mercado central. Murieron 70 soldados y 80 alborotadores y se detuvo a un par de centenares de personas, gran número de las cuales eran artesanos, tanto maestros como jornaleros. Varios de éstos volverán a aparecer en motines posteriores: uno de ellos un oficial panadero que al cabo de unas semanas fue arrestado por tomar parte en una disputa salarial. (Aunque parezca trivial, este detalle es importante, toda vez que indica que para entonces los mismos obreros participaban sucesivamente en movimientos políticos e industriales, lo cual era por sí solo una novedad importante.)[9] La segunda insurrección parisiense tuvo lugar en abril de 1834, a los pocos días de que se recibiera en la ciudad la noticia de los sucesos que tuvieron lugar en Lyon aquel mismo mes, y fue provocada por el cierre de *Tribune*, periódico radical-republicano, y la detención de los líderes de la sección parisiense de la Sociedad de los Derechos del Hom-

8. R. Bezucha, *op. cit.*, pp. 148-174, especialmente pp. 148, 174.
9. Véase mi libro *The crowd in history*, Nueva York, 1964, p. 165.

bre. Las tropas abrieron fuego contra los obreros que se manifestaban en los barrios de Marais y el Temple, situados al norte del ayuntamiento. La sublevación tuvo una importancia muy inferior a la primera, pero quedó inmortalizada por el dibujo de Daumier titulado «La matanza de la Rue Transnonain». El tercer levantamiento se produjo cuatro años después y perseguía unos objetivos políticos más definidos que los anteriores. Consistió en el intento de derrocar al gobierno por la fuerza de las armas que en 1839 hicieron Auguste Blanqui y su Société des Saisons.

Fue la última de las rebeliones políticas que protagonizaron los obreros en la década de 1830 y tras ella hubo un período de calma que duró hasta 1848. Pero mientras tanto se estaban desarrollando otros hechos igualmente significativos. Uno de ellos fue la aparición de sociedades republicanas que presentaban un programa radical-democrático y que no sólo daban una educación política a los obreros sino que, además, obtenían gran número de afiliados entre ellos. La mayor y más importante de ellas era la Sociedad de los Derechos del Hombre, que ya en 1834 contaba con unos 3.000 afiliados, de los que cuatro de cada cinco eran obreros industriales.[10] Otro fenómeno destacable fue la aparición, entre las décadas de 1820 y 1840, de cierto número de escritores —una nueva escuela de *philosophes*— que, si bien se habían formado en los principios democráticos de clase media propios de la revolución de 1789, a menudo daban un nuevo contenido «socialista» al concepto jacobino de los Derechos del Hombre y dirigían sus panfletos y libros a los obreros tanto como a los lectores de clase media. Las más influyentes de estas obras fueron aquellas en que Saint Simon y Fourier exponían sus proyectos para una sociedad industrial planificada; Etienne Cabet y su sueño

10. Bernard Moss, «Parisian workers and the origins of Republican Socialism, 1830-33», en J. Merriman, ed., *1830 in France*, pp. 203-217, especialmente pp. 211-214.

«comunista primitivo» de una utopía icariana; los escritos de Pierre Leroux sobre el socialismo (él inventó esta palabra); *la conspiración de los iguales,* de Buonarroti, basada en la desdichada «conspiración» que en 1796 tramara Babeuf; Louis Blanc y su *Organización del trabajo*, modelo de los talleres «sociales» de 1848; y *¿Qué es la propiedad?*, de Proudhon, manifiesto fundacional del anarquismo. Y algunos de estos escritores (Louis Blanc, por ejemplo) se inspiraron claramente en el movimiento obrero de Lyon, del mismo modo que más adelante Marx recibiría lecciones del movimiento obrero de Inglaterra, lecciones que le ayudarían a escribir *El Capital.*[11]

De esta manera, armados con ideas como las expuestas —mezcla de sistemas utópicos-socialistas y de soluciones más prácticas encaminadas a satisfacer necesidades inmediatas— los parisienses pudieron lanzarse a la revolución de 1848 armados con una ideología derivada en gran parte de los escritores profesionales de la clase media pero que, cuando menos los cuadros de mando —es decir, los líderes y afiliados a los clubs democráticos—, ya habían digerido antes de que empezase la revolución, dando además un cariz propio a los viejos principios democráticos de los jacobinos. Alexis de Tocqueville, que era un observador astuto, se percató del nuevo espíritu y, un mes antes de que estallase la sublevación, advirtió a la cámara de diputados de que «las "clases trabajadoras" van formándose poco a poco opiniones e ideas cuyo objetivo no se limita a transtornar tal o cual ley, ministerio o incluso forma de gobierno, sino la sociedad misma».[12]

La revolución constó de dos fases principales: en febrero y en junio de 1848 respectivamente. En febrero, al igual que en julio de 1830, los trabajadores y la burguesía parisienses (aunque esta vez se trataba de la burguesía «media» y profe-

11. Véanse pp. 36-37 más arriba.
12. *The recollections of Alexis de Tocqueville*, ed. J. P. Mayer, Nueva York, 1959, pp. 11-12.

sional) unieron sus fuerzas para derribar al gobierno de Luis Felipe; pero, también en esta ocasión, la alianza, aunque efímera, dio a los obreros algunas ventajas temporales mediante la formación de un gobierno provisional, donde los socialistas estaban representados y rápidamente llevaron a cabo cierto número de medidas acordadas, entre las que se cuentan el sufragio para los varones adultos, una moratoria para las deudas y la declaración de la Segunda República. Antes incluso de que la alianza se deshiciera, cosa que ocurrió a las pocas semanas, Marx, que se hacía pocas ilusiones, calificó al resultado de creación de una «república burguesa», aunque era una república «rodeada de instituciones sociales». Probablemente Tocqueville tampoco se hacía ilusiones, pero, como campeón de la propiedad, vio los peligros que se cernían sobre ella y declaró que la revolución de febrero «se había hecho excluyendo enteramente a la burguesía y contra ella»; y añadió (casi como si se anticipara al «espectro que está rondando a Europa», según dijo Marx) que «el socialismo será siempre la característica esencial y el recuerdo más temible de la revolución de febrero».[13]

Seguramente los propietarios compartirían las impresiones de Tocqueville cuando éste, después de las elecciones de abril, «vio la sociedad cortada en dos: los que nada poseían unidos en común codicia; los que poseían algo, en común terror». Así pues, forzosamente tenía que producirse una confrontación entre los dos grupos, una batalla en las calles, y cuanto antes empezase, tanto mejor.[14] Marx estaba de acuerdo con Tocqueville en que, desde el punto de vista burgués, «era necesaria una segunda batalla con el fin de separar la república de las concesiones socialistas» y también coincidía en pensar

13. K. Marx, *Class struggles in France, 1848-1850*, Londres, sin fecha, p. 59 [trad. cast., *Las luchas de clases en Francia*, Claridad, Buenos Aires, 1968 [2]]; Tocqueville, *Recollections*, pp. 78 y ss.
14. *Recollections*, pp. 111-112.

que «la burguesía debía refutar las demandas del proletariado con las armas en la mano».[15] Cuando en junio, tal como Tocqueville preveía y esperaba, vino la revolución, los dos hombres, pese a que sus puntos de vista políticos eran diametralmente opuestos, coincidieron en lo que se refería a su naturaleza. Para Tocqueville fue «una lucha de clase contra clase, una especie de guerra servil»; y para Marx, «la primera gran batalla ... entre las dos clases que escindían a la sociedad moderna». Para ambos el resultado —la inevitable derrota de los trabajadores que se habían visto obligados a dar batalla— hizo que la república burguesa se apoyase en cimientos más firmes; sin embargo, Marx, mirando más hacia el futuro, arguyó que a partir de entonces la revolución (y no sólo en Francia) significaba «el derrocamiento de la sociedad burguesa, mientras que antes de febrero quería decir el derrocamiento de la forma del estado».[16]

Pese a ello, aunque las «jornadas» de junio fueron realmente la línea divisoria histórica sobre la que escribiera Marx, sería absurdo imaginar que fueran conscientes de ello los obreros que combatieron en las barricadas, incluyendo los que mayor conciencia política poseían. La mayoría la formaban aún los artesanos de los oficios tradicionales de París. Es cierto, empero, que se habían registrado cambios desde 1789 y 1830. Para empezar, desde el advenimiento del ferrocarril habían surgido, en el norte de la ciudad, talleres de reparaciones, patios de maniobras, etcétera, y hubo ferroviarios y mecánicos, así como un número considerable de trabajadores de la construcción, que lucharon en las barricadas al lado de los artesanos independientes y de los jornaleros de los oficios tradicionales, y junto a ellos aparecen en las largas listas de los que fueron condenados a la cárcel o castigados con la deportación después de la derrota. De manera que, com-

15. Marx, *op. cit.*, pp. 85-87.
16. *Recollections*, p. 150; Marx, *op. cit.*, pp. 88-89.

parándola con revoluciones anteriores, hubo un cambio importante en la composición de los amotinados, aunque no fue un cambio tan acentuado como el que se produjo en su ideología. Las consignas que se gritaron en junio no pedían el derrocamiento del capitalismo (era aún demasiado pronto para esto), sino que, siguiendo las lecciones aprendidas en la década de 1830, clamaban por «la organización del trabajo mediante la asociación» y por aquella «república democrática y social» frustrada por la derrota de junio y que recibió un golpe aún más fuerte cuando subió al poder Luis Napoleón, primero como presidente y más tarde en calidad de emperador. Pero que había quienes albergaban tales esperanzas incluso en la derrota lo demuestra una nota dictada a la policía desde la prisión de La Roquette por un tal Antoine Bisgamblia, un mecánico oscuro y analfabeto que había sido arrestado en junio. En ella expresaba sus convicciones —y sus esperanzas para el futuro— del modo siguiente: «Todo el mundo sabe que no comprometo mi conciencia y que, mientras me quede un soplo de vida, lo utilizaré para que triunfe la república democrática y social».[17]

Pero, paradójicamente, después de la derrota de los obreros parisienses y de que sus cuadros de mando fuesen diezmados por los piquetes de fusilamiento, la cárcel y la deportación, fueron los campesinos —principalmente los campesinos y artesanos rurales del sur— quienes siguieron luchando por la república democrática, ya fuese votando a Ledru-Rollin y su partido demócrata-socialista en las elecciones de 1849 o (de forma menos general) mediante la rebelión armada contra el primero de los golpes de estado de Luis Napoleón, el de diciembre de 1851. Digo «paradójicamente» en vista del papel que anteriormente jugaran los campesinos y la reputación negativa que los historiadores les han dado por su virtual absten-

17. Arch. Préf. de Police, Aa429, fol. 441.

ción (excepto en los disturbios al viejo estilo relacionados con los alimentos) en febrero, su intervención contra los obreros de París en junio y el hecho de que votasen en masa a favor de Luis Napoleón como presidente en diciembre de 1848 (Marx habló con ironía de la «*real* revolución campesina»). Esto es comprensible si se tiene en cuenta el profundo malestar que el gobierno provisional había creado entre los campesinos al hacerles pagar el «impuesto de 45 céntimos» destinado a financiar sus obras sociales, impuesto que parecía un subsidio que se otorgaba a París a expensas de los campesinos. Además, en esta fase había pocos indicios que permitan pensar que los campesinos simpatizaban con las ideas democráticas y «socialistas» de los obreros, o incluso con las soluciones burguesas-democráticas que ofrecían Lamartine o Ledru-Rollin. Con todo, las actitudes conservadoras de los campesinos, engendradas por las ganancias sustanciosas que la primera revolución les proporcionara, ya empezaban a cambiar y en algunas regiones del sur el cambio venía produciéndose sin interrupción desde principios de la década de 1830. Maurice Agulhon, cuyos estudios de la cultura y la política de los campesinos en aquellos años han abierto perspectivas totalmente nuevas, da cuenta de un informe de 1832 que expresa la alarma de los medios oficiales ante el hecho de que los artesanos de Draguignan, la capital semirrural del Var, fueran adoctrinados con las ideas liberales-democráticas que les eran transmitidas en tabernas y cafés por «intelectuales a medio cocer» y elementos *déclassés* (¡las palabras suenan a conocidas!).[18] Y seguidamente describe de qué manera la cultura tradicional de los campesinos, lejos de actuar como una barrera conservadora que obstaculizase la radicalización, se fundió con ésta y produjo (para citar de nuevo a Agulhon) «la integración de nuevas adquisiciones políticas con un espontáneo folklore sincréti-

18. M. Agulhon, *La République au village (les populations du Var de la Révolution à la Seconde République)*, París, 1970, p. 255.

co».[19] En 1849 entre estas «adquisiciones» ya se incluía el apoyo general de los pueblos al partido *démocrate-socialiste* de Ledru-Rollin en el macizo central, los valles del Saona y del Ródano y las regiones costeras del sur; [20] y dos años después, cuando Luis Napoleón dio el primero de sus golpes de estado en París, de 25.000 a 30.000 campesinos de los departamentos alpinos y costeros del sur se alzaron en armas «no [como dice Peter Amann] para apoyar una constitución extraña, sino en nombre de una república revolucionaria en gestación».[21] M. Agulhon añade que en el Var, el más militante de los departamentos mediterráneos, fueron los campesinos organizados, muchos de los cuales trabajaban en ocupaciones semiindustriales (como los trabajadores del corcho del pueblo montañés de La Garde-Freinet), los primeros en empuñar las armas, y sus blancos inmediatos fueron los peces gordos de las respectivas localidades —fabricantes, comerciantes, labradores y demás—, los cuales, por su parte, se armaron a favor de Napoleón.[22]

Sin embargo, en la subsiguiente revolución, la última del siglo XIX en Francia, los campesinos no interpretaron ningún papel. La Comuna, fundada en París en marzo de 1871, sólo duró dos meses y, aunque los parisienses contaron con el apoyo de algunas otras poblaciones y ciudades, media docena de las cuales crearon sus propias y efímeras comunas, no se hizo ningún intento serio de involucrar a los distritos rurales hasta un par de semanas antes de que París cayera en manos de las tropas del gobierno federal de Versalles (puede que tuviera que ver con ello el hecho de que los parisienses recordasen

19. M. Agulhon, *1848 ou l'apprentissage de la République, 1848-1852*, París, 1973, p. 108; cit. P. McPhee, «Popular culture, symbolism and rural radicalism in nineteenth-century France», *Journal of Peasant Studies*, V, 2 (enero de 1978), p. 240.
20. P. McPhee, art. cit., p. 239.
21. P. Amann, «The changing outlines of 1848», *American Hist. Review*, LXVIII (julio de 1963), pp. 938-953.
22. *La République au village*, pp. 357-359.

cuál había sido el papel de los campesinos en junio de 1848). Por consiguiente, fue un asunto puramente urbano y, a diferencia de las demás revoluciones del mismo siglo, por primera vez en la historia los trabajadores (*prolétaires*) formaron un gobierno propio.

Pero, para ser más precisos, ¿qué clase de gobierno formaron? ¿Fue «la dictadura del proletariado» [23] (como Engels dijo en 1891)? ¿O fue, como apuntó Marx a la sazón «la forma política que por fin se había descubierto para resolver la emancipación económica del trabajo»? ¿O (a guisa de variante) «el heraldo de una sociedad nueva», de hecho, la «dictadura» en estado embrionario en vez de la dictadura hecha y derecha? [24] Sea cual fuere la fórmula que prefiramos (y, en lo que respecta al presente capítulo, no estamos obligados a elegir ninguna), poca duda cabe de que la multitud que inició la revolución al capturar los cañones en Montmartre el 18 de marzo la formaban artesanos y jornaleros de las parroquias vecinas junto con sus mujeres; ni de que el comité central de la Guardia Nacional que se había formado unas semanas antes no se equivocó demasiado cuando, al cabo de dos días, proclamó a los cuatro vientos que «los proletarios de la capital [se habían] adueñado de la ciudad». Es más, cuando a finales de mayo la Comuna fue aplastada, las fuerzas del gobierno hicieron 36.000 prisioneros y más de 13.000 *communards* fueron sentenciados a muerte, encarcelamiento o deportación por los tribunales militares, la gran mayoría de los condenados la formaban artesanos y jornaleros; de hecho, el número de asalariados era notablemente mayor de lo que fuera entre los prisioneros de junio de 1848. Así pues, en el vocabulario francés

23. Introducción de F. Engels a la obra de K. Marx *Civil war in France*, edición alemana, 1891 [ed. cast.: *La guerra civil en Francia*, Ediciones de Cultura Popular, Barcelona, 1968].
24. *Address to the General Council of the International Workingmen's Association on the Civil War in France, 1871*, en *The Paris Commune of 1871. The view from the Left*, ed. E. Schulkind, Londres, 1972, p. 212.

de la época (aunque quizá no en el nuestro) resulta razonable llamarlos «*prolétaires*». También entre los líderes, a diferencia de las revoluciones anteriores, había una nutrida representación de obreros. De los 81 miembros del consejo general de la Comuna, elegidos libremente en marzo (y que, por lo tanto, nos brindan un punto de referencia tan bueno como cualquier otro), 33 eran obreros-artesanos (principalmente de los oficios tradicionales); 30 eran intelectuales (periodistas, médicos, escritores, abogados); 11 eran empleados (de oficinas); mientras que el resto lo integraban 5 hombres de negocios y dos soldados profesionales.[25] Así, aunque no era mayoritariamente proletaria, la composición social sí era abrumadoramente «popular».

¿Qué sabemos de su ideología, tanto de los líderes como de sus seguidores? El consejo general era un verdadero batiburrillo que debía tanto a las lealtades de antaño como a las del presente. Entre los grupos de mayor importancia numérica, probablemente el más homogéneo era el que formaban 34 demócratas republicanos o neojacobinos (Delescluze era el ejemplo más «heroico») que tenían la mirada puesta en el Comité de Salvación Pública de 1793 (Marx tuvo algo que decir sobre esto, algo que en su mayor parte resultaba poco halagador). Por consiguiente, los socialistas o «socialistas» estaban en mayoría, al menos nominalmente, aunque se hallaban escindidos de dos formas. Había once seguidores de Blanqui (que aún estaba encarcelado en Versalles), partidarios convencidos de la insurrección y la dictadura, hombres de acción que despreciaban toda componenda y toda idea encaminada a la planificación de una sociedad nueva. Veintiséis eran internacionalistas, que buscaban una guía en la sección francesa de la Internacional obrera, aunque éstos se hallaban a su vez divididos entre anarquistas seguidores de Proudhon, que había

25. Rober L. Williams, *The French Revolution of 1870-1871*, Londres, 1969, p. 140.

muerto unos años antes pero seguía siendo un héroe entre los artesanos independientes y los pequeños patronos, y los socialistas marxistas que pretendían crear un estado obrero (pero éstos constituían una minoría reducida).[26] Siendo ésta su composición, había pocas probabilidades de que el consejo tomase muchas medidas susceptibles de llevar a los obreros parisienses hacia el socialismo. Pero, a pesar de todos sus fallos y de la brevedad de su permanencia en el poder, la Comuna representó una nueva clase de estado popular: fijó un máximo para los salarios y jornales altos; declaró una moratoria para los desahucios; abolió las deudas y el trabajo nocturno en las panaderías; y, por encima de todo lo demás, fomentó la participación popular en las tareas de gobierno, incluyendo la participación de las mujeres.

En vista de ello, ¿en qué sentido se puede hablar de un avance de la ideología popular respecto de la que existía en 1830 y 1848? Pues, en el sentido de que fueron muchos más los millares de obreros —y no solamente los cuadros de mando— que habían sido conquistados para el socialismo (aunque éste no siempre era el de la Internacional) y, pese al lento crecimiento de las fábricas en París, ahora se consideraban *prolétaires*, en vez de *ouvriers*, y, desde luego, en vez de *sans-culottes*, término que estaba olvidado desde hacía ya mucho tiempo. Por lo tanto, el capitalista, como antítesis del *prolétaire*, era el enemigo; pero en una época en que la industria capitalista a gran escala se hallaba aún en su infancia, especialmente en París, lo más frecuente era que el «capitalista» fuese un comerciante o un banquero y, al parecer, seguía habiendo espacio para pactar con la burguesía «media» y profesional. De manera que, para ellos, el blanco todavía no era el estado obrero que proponía la Internacional, sino que seguía siendo la república democrática y social, la misma por la que tan

26. *Ibid.*

encarnizadamente se había luchado en las barricadas de junio y que ahora, pasados veintitrés años, por fin se estaba realizando bajo la Comuna. Pero, como Marx supo entender muy bien, la Comuna era el «heraldo de una nueva sociedad» y no la realización de ésta; y, situada entre lo viejo y lo nuevo, con sus raíces todavía hundidas profundamente en el pasado, quizá quepa decir que fue la última de las revoluciones «preindustriales» más que la primera de las nuevas.

Cuarta parte

LA TRANSICIÓN A LA SOCIEDAD INDUSTRIAL

Capítulo 1

INGLATERRA EN EL SIGLO XVIII

En el siglo XVIII Inglaterra fue un país relativamente estable, al menos hasta los turbulentos años de la reina Ana. Seguiría siéndolo hasta que el impacto de las revoluciones francesa e industrial empezó a hacerse sentir allá por los comienzos de la década de 1790. En este punto es donde pondremos fin al presente capítulo, dejando para el siguiente los años más turbulentos de la historia social.

Desde la Gloriosa Revolución, que redondeó las luchas entre el rey y el parlamento, el país era gobernado por una monarquía «limitada» que se consolidó firmemente con la sucesión hanoveriana y el amortiguamiento de las feroces luchas entre *whigs* y *tories* que caracterizaron el reinado de Ana. Al limitarse la autoridad real, la soberanía quedó dividida —al menos eso dijeron los abogados constitucionales— entre el rey, los lores y los comunes; pero en la práctica la división era entre la corona y la aristocracia terrateniente, que dominaba ambas cámaras del parlamento. De hecho, la misma sociedad seguía siendo aristocrática en el sentido de que los intereses de los terratenientes no dominaban solamente el parlamento sino también el gobierno local, la administración de la justicia y el patrocinio de las artes; y eran la aristocracia y la *gentry*

las que, en medida muy superior a la clase comerciante o la corte hanoveriana, imponían su ideología (o su «hegemonía», como la llamó Gramsci) sobre todos los demás grupos sociales.

No obstante, hubo una excepción importante a esta penetración cultural generalizada, incluso entre las propias clases poseedoras. En la City de Londres los comerciantes y los empresarios habían edificado, a lo largo de los siglos, un baluarte burgués propio; y el siglo del que nos ocupamos, pese a que en general se vio libre de luchas encarnizadas, sería testigo de numerosos conflictos entre la City (representada por el plutocrático Court of Aldermen y el más plebeyo Court of Common Council) y el rey y el partido mayoritario en el parlamento (que para entonces solía ser el *whig*) a causa del comercio y de la política económica. Este conflicto provocado por intereses económicos se reflejó en la lucha de las facciones políticas; y resultó notable la constancia con que la City (fuese *tory*, *whig* o «radical», como lo fue sucesivamente) se opuso a la política de Westminster y del palacio de Saint James entre la década de 1720 y comienzos de la de 1780.[1] Por aquel entonces, como se verá, los intereses de la burguesía los representaba exclusivamente la clase formada por comerciantes y empresarios, toda vez que la burguesía manufacturera aún no había aparecido como fuerza digna de tenerse en cuenta y que estudiaremos en el próximo capítulo.

En la base de la pirámide social se encontraban, por supuesto, las clases trabajadoras o «populares». Pocos de sus miembros tenían derecho al voto, pero, a pesar de ello y como veremos más adelante, todos, salvo los más desgraciados y abyectos, gozaban de un peso político considerable cuando estaban unidos. En las poblaciones y ciudades se incluían en dichas clases aquellos a quienes Daniel Defoe, en un ensayo

1. L. S. Sutherland, «The City of London in eighteenth-century politics», en R. Pares y A. J. P. Taylor, eds., *Essays presented to Sir Lewis Namier*, Londres, 1956, pp. 46-74.

perspicaz que escribió en 1709, calificó diversamente de «*working trades*» (oficios trabajadores), «*the poor*» (los pobres y «*the miserable*» (los miserables); [2] es decir, los pequeños tenderos y artesanos, los trabajadores no cualificados que tenían algún empleo más o menos regular, y (formando el último grupo) la clase «sumergida» de los pobres o enfermos crónicos, los menesterosos, los pordioseros, los vagabundos, los que trabajaban en sus domicilios y muchos más que Patrick Colqohoun, más avanzado el siglo XVIII, incluyó en el elemento «criminal». En el caso del campo, Defoe había añadido «la gente del campo, agricultores, etcétera, a quienes les iba regular». Salta a la vista que entre éstos pretendía incluir a los *freeholders* (propietarios libres de su tierra) y a los *yeomen* (pequeños propietarios) de condición más modesta, mientras que los *cottagers* y los jornaleros rurales pertenecían a la categoría de «los pobres». Podría decirse que se trata de un análisis bastante justo de los pobres y la población trabajadora de principios del siglo XVIII, pero poco después se registraron cambios importantes a causa de la revolución agraria, entre cuyos efectos se contaron la desaparición de muchos *freeholders* y *cottagers*, el aumento del número de jornaleros y el incremento de la riqueza de numerosos agricultores a quienes dejó de «irles» tan «regular» como antes. Así pues, a partir de aquel momento empezó a desaparecer lo que quedaba del antiguo campesinado y en su lugar comenzó a cobrar forma el pueblo de estilo moderno, con su división tripartita entre *squires* (hidalgos), agricultores y jornaleros.

A pesar de la placidez relativa del panorama social, no faltaban las tensiones y los conflictos de poca consideración, en los que estos *freeholders* desposeídos, los artesanos de las ciudades y los asalariados y consumidores modestos se enfrentaban a las clases poseedoras formadas por los comerciantes,

2. Daniel Defoe, *The Review*, 25 de junio de 1709.

la *gentry* (burguesía agraria) y los agricultores «mejoradores», y, a veces, incluso al gobierno y al parlamento. Para mayor comodidad, esta protesta popular la dividiré en cuatro grupos principales: la protesta rural; las disputas industriales; los motines ocasionados por los alimentos (o protagonizados por los pequeños consumidores); y los disturbios urbanos de todo tipo, del simple «tumulto» a la insurrección. Los examinaremos uno a uno y estudiaremos la ideología que los inspiró, fuese «inherente» o «derivada».

Empezaremos por la protesta rural, la cual, como he dado a entender, era relativamente callada y estaba libre de la violencia que seguía acompañando a las rebeliones campesinas al viejo estilo que tenían lugar en la Europa oriental y que (como vimos en un capítulo anterior) reaparecería en Francia al concluir el intervalo de paz que duró sesenta años. También en Inglaterra pertenecían al pasado los choques turbulentos característicos del siglo anterior, toda vez que, citando a E. P. Thompson, «los tiempos y la gente habían cambiado: el siglo XVIII aportó francotiradores en forma de allanadores, ladrones de leña y cazadores furtivos, pero fueron muy raros los levantamientos en masa del campesinado».[3] Y fue así porque en Inglaterra habían desaparecido los últimos vestigios de feudalismo rural y su lugar lo ocupaba el comercialismo capitalista. Si algún conflicto se producía en el campo era en respuesta a los cambios que estaba ocasionando la revolución agraria, en el curso de la cual hacendados y agricultores cercaban campos, levantaban vallas, dividían los terrenos comunales e instalaban barreras o verjas de peaje en los caminos. Los más ricos entre ellos destinaban parques y bosques enteros a cotos de caza. En vista de ello, los jornaleros y los arrendatarios modestos replicaban derribando las vallas y las verjas, arando los terrenos cercados e invadiendo los

3. E. P. Thompson, *Whigs and hunters: the origin of the Black Act*, Londres, 1975, pp. 23-25.

bosques en busca de leña y caza. Estallaron motines contra las barreras de peaje en el West Country en 1727, 1735 y 1753 y en el West Riding de Yorkshire en el mismo año; y en la década de 1720 «King John» (el rey Juan) y sus caballeros enmascarados hicieron estragos en las reservas de venados que había en Windsor.[4] La reacción contraria al cercamiento de tierras fue aún más sostenida: en 1710 en Northampton, en 1758 en Wiltshire y Norwich; pero cuando más motines hubo fue después de la Enclosure Act (ley de cercamientos) general de 1760, que provocó disturbios en Northampton y Oxfordshire en 1765, en Boston (Lincolnshire) en 1771, en Worcester en 1772, en Sheffield en 1791 y en el distrito de Nottingham en 1798; hubo, no hace falta decirlo, muchos más que pasaron desapercibidos para la prensa. No se infligieron daños personales a los hacendados y labradores ni tuvo la política nada que ver con los motines, cuyo objetivo principal consistía en la restauración de los derechos tradicionales de los pueblos, que, a juicio de sus habitantes, se estaban sacrificando, con el respaldo del parlamento, para calmar la sed de «mejoras» de los hacendados y los labradores prósperos (cuya ideología era muy distinta, evidentemente).

A las disputas salariales las animaba la misma preocupación por la «justicia» y por la restauración de un derecho perdido más que la ambición de conseguir para el asalariado una parte más grande del pastel. En efecto, la huelga típica iba dirigida contra el patrono que reducía los salarios con el propósito de rebajar los costes; podía surgir igualmente (como fue el caso de los graves motines contra los irlandeses que estallaron en el este de Londres en 1736) como reacción al empleo de mano de obra barata; o para eliminar máquinas que amenazaban con dejar a los hombres sin trabajo, de lo cual tenemos un ejemplo comparativamente precoz en la destruc-

4. E. P. Thompson, *op. cit.*, pp. 142-146.

ción del nuevo aserradero mecánico de Charles Dingley en Limehouse en 1768.[5] Eran frecuentes los ataques de este tipo contra los bienes del patrono cuando había una disputa, ya que a la sazón las huelgas solían tomar un giro violento en lugar de limitarse a manifestaciones pacíficas y presentación de peticiones. Generalmente, la violencia no iba más allá de la destrucción de la casa o la maquinaria del patrono y no era frecuente que a éste se le causaran daños personales (a lo sumo ¡se lo llevaban en una carretilla o lo echaban a un estanque si osaba mostrar la cara!). Los «esquiroles» y los grupos de obreros rivales no tenían tanta suerte, y fue ésta la causa del derramamiento de sangre que manchó las huelgas de cargadores de carbón y tejedores de seda que hubo en Londres en 1768. A decir verdad, aquél fue un año tan notable por la proliferación de huelgas en la capital —muchas de las cuales tuvieron lugar cuando la agitación política en torno a Wilkes (sobre la que hablaremos más adelante) estaba en su apogeo y algunas incluso coincidieron con ella— que un biógrafo de Wilkes se ha sentido inducido a citarlas como ejemplo precoz de huelga «política», lo cual, a mi modo de ver, es una equivocación, como he tratado de argüir en otra parte.[6]

A la sazón las disputas laborales eran mucho menos frecuentes que los disturbios relacionados con los alimentos, en los que cuando se preveía o existía escasez de provisiones —especialmente de pan— participaban pequeños consumidores de toda clase, incluyendo, desde luego, los asalariados. De 1730 a 1795 he contado 275 motines de este tipo entre los 375 tumultos de toda índole de que dieron cuenta los periódicos. Aparte de que en cualquier año existía un gran número de pequeños consumidores, no es de extrañar que estos disturbios resultaran tan frecuentes y que lo fuesen to-

5. Véase mi libro *Wilkes and liberty*, Oxford, 1962, pp. 93-94.
6. Raymond Postgate, *That devil Wilkes*, Londres, 1956, p. 181; *Wilkes and liberty*, pp. 103-104.

davía más a medida que el siglo fue avanzando. El pan era la dieta básica y puede que incluso en tiempos normales representara un tercio, o incluso la mitad, de las ganancias del pobre; las malas cosechas se hicieron más frecuentes a partir de la década de 1750; más o menos por aquel entonces se estaban introduciendo nuevos métodos de distribución gracias a los cuales los comerciantes obtenían más beneficios vendiendo a los consumidores ricos que a los pobres; y, encima, existía una larga tradición de respuesta popular a la escasez, ya fuese artificial o real, y para que esta respuesta se pusiera en marcha bastaba con que se produjese una crisis en el suministro de víveres, cosa que ocurrió en todas las décadas posteriores a la de 1740. De acuerdo con dicha tradición, los indignados consumidores podían comportarse de diversas maneras. Una de ellas consistía sencillamente en apoderarse del grano por las buenas, a medida que iba llegando al mercado; y era inevitable que se perpetraran saqueos incontrolados aprovechando los disturbios de esta índole. Otra consistía en destruir el grano (es de suponer que para vengarse) y se daba bastante a menudo en los motines que estallaban en los mercados, sobre todo en las primeras décadas. Un tercer método consistía en detener las carretas, convoyes o buques que transportaban grano a otros puertos, ya fuesen del extranjero o de otras partes del país, donde el grano escaseara. (Parece ser que esto ocurría con mayor frecuencia en Francia, donde lo llamaban «*entrave*», pero ocurría también frecuentemente en Cornualles, donde los mineros marchaban a los puertos para inmovilizar los cargamentos de grano; y siguieron haciéndolo hasta la década de 1830 por lo menos.) La cuarta manera, que era también la menos primaria y, por ende, exigía un mayor grado de organización, consistía en la fijación de un «precio justo» por parte de los propios amotinados. En Francia, donde era tan corriente como en Inglaterra, lo llamaban *la taxation populaire*. Aunque nunca llegó a ser universal, este mé-

todo desempeñó un papel importante en los motines más serios que se registraron en las postrimerías del siglo, a saber: los de 1766, 1795 y 1800-1801.[7]

Se ha argüido que a menudo cuando los desórdenes provocados por la escasez de alimentos alcanzaban el volumen suficiente, grupos extraños, más influyentes, los aprovechaban (esto suponiendo que no los hubiesen instigado desde el principio) para sus propios fines, con lo que entraban en juego las ideas políticas. (En un capítulo anterior vimos un ejemplo de esto al tratar brevemente de la «guerra de la harina» que estalló en Francia en 1775.) Algunas veces, por supuesto, esta acusación de complicidad política parece más fundamentada que otras, cual es el caso de los motines provocados por la escasez de grano en 1766 que ha estudiado un erudito canadiense, Walter Shelton. El doctor Shelton afirma que en estos casos la simpatía de los magistrados por los amotinados y su inquina hacia los distribuidores contribuyó a prolongar los disturbios cuando una intervención más rápida y decidida por su parte hubiese acelerado el fin de los desórdenes; pero añade que en modo alguno fue esto típico del siglo y que la «respuesta equívoca de la *gentry*» dejó entrever que ésta tenía sus propios motivos de queja y se dio únicamente en aquella ocasión.[8] Pero en sus aspectos básicos, la ideología de esta clase de motines consistía sencillamente en la preocupación de los pequeños consumidores por obtener el citado «precio justo»; si bien, como ha insistido acertadamente E. P. Thompson, la «justicia» del precio no era lo único que estaba en liza, sino que también se dirimía la «justicia» del método de distribu-

7. Véanse John Stevenson, «Food riots, 1792-1818», en J. Stevenson y P. Quinault, eds., *Popular protest and public order*, Londres, 1974, pp. 33-74; Walter J. Shelton, «The role of local authorities in the hunger riots of 1766», *Albion*, V, n.º 1 (primavera de 1973), pp. 50-66; y Roger Wells, «The revolt of the South-West, 1800-1801», *Social History*, n.º 6 (octubre de 1977), pp. 713-744.

8. Shelton, *loc. cit.*

ción y del funcionamiento del mercado, toda vez que (citando nuevamente a Thompson) las quejas populares «funcionan en el seno de un consenso popular sobre qué prácticas eran legítimas y qué prácticas eran ilegítimas en lo que respecta a la comercialización, la molienda, la cocción, etcétera». Thompson llama a dicho consenso «la economía moral de los pobres».[9]

Los motines urbanos (sobre todo los que se producían en Londres) presentaban unas características muy propias. En primer lugar, sus causas eran variadísimas. Podían tener relación con los alimentos, ya fuera en forma de motín dirigido claramente contra la escasez o (como ocurrió en 1768, principal año de los disturbios wilkitas) plantearse (en forma de consignas, por ejemplo) en el contexto de un movimiento político más amplio. Los motines contra la escasez de víveres eran relativamente frecuentes en las poblaciones de provincias, especialmente en las que tenían un mercado permanente, como, por ejemplo, Taunton, Aylesbury, Winchester y otras parecidas. Londres era la gran excepción: no hubo ningún disturbio de esta clase entre 1714 y mediados de la década de 1790. La razón de ello es doble: primeramente, Londres (al igual que París) estaba bien abastecida y relativamente bien vigilada, lo cual obedecía a la creencia de que, desde el punto de vista político, los desórdenes serían mucho más peligrosos si se producían cerca de Whitehall o Westminster que si tenían por escenario algún otro lugar. La segunda razón era que el emplazamiento de Londres (cuyo flanco más expuesto, el del noroeste, se veía protegido, como con un escudo, por el condado semiurbano de Middlesex) le daba cierto grado de inmunidad ante la «contaminación» rural, inmunidad que París, por ejemplo, no tenía. Pero si en Londres no había disturbios relacionados con la escasez de víveres, el papel de la

9. E. P. Thompson, «The moral economy of the English crowd in the eighteenth-century», *Past and Present*, n.º 50 (febrero de 1971), pp. 76-136.

ciudad como centro de gobierno y eje de la economía nacional la exponía a una gama mucho más amplia de alborotos populares que las poblaciones de provincias o las villas con mercado. Así, tenemos los motines contra el banquero escocés John Law cuando el famoso escándalo de la South Sea Bubble (1720); [10] los disturbios contra sir Robert Walpole en torno al *excise* (impuesto sobre el consumo) en 1733 y a la ginebra en 1736; la conmoción que ocasionó el propósito de facilitar la naturalización de los judíos extranjeros en la década de 1750; y los desórdenes en apoyo de William Pitt el Viejo durante la guerra de los Siete Años. Pero todos estos sucesos se vieron eclipsados, así en volumen como en violencia, por el entusiasmo que despertó la carrera de John Wilkes en los decenios de 1760 y 1770, así como por los llamados «disturbios de Gordon» de 1780, cuando las multitudes «antipapistas» se hicieron dueñas de las calles de la capital durante una semana entera y causaron daños materiales que, según cálculos que se hicieron posteriormente a efectos de compensación, superaron las 100.000 libras (bonita suma en aquellos tiempos).[11]

Además de su variedad, los disturbios londinenses, como era natural, tendían a acusar más las influencias políticas: esto era así no tanto por la proximidad del parlamento como por la del gobierno de la City, el cual, como vimos anteriormente, desempeñaba un papel activo en los asuntos políticos. De los dos tribunales de administración de la City, era el llamado Court of Common Council, el más popular y democrático de los dos, el que llevaba la voz cantante en la educación política de las «clases bajas» no sólo de la City propiamente dicha, sino también de grandes partes de Surrey y Middlesex a me-

10. En 1720 la South Sea Company puso en marcha un negocio bursátil encaminado a hacerse cargo de la totalidad de la deuda nacional. El fracaso de la empresa en aquel mismo año motivó un gran escándalo. (*N. del t.*)
11. Para más detalles, véase G. Rudé, *The crowd in history*, Nueva York, 1964, pp. 47-65.

dida que la influencia política de la City se extendió formando una metrópoli más grande. En las primeras décadas del siglo la política de la City tendía a ser favorable al Country (el país) en vez de a la Court (la corte) y, por consiguiente, era de signo *tory* más que *whig*; en la década de 1750, con la llegada de William Pitt, esto cambió a favor de un *toryismo* más radical que, con William Beckford (el secuaz de Pitt en la City) y, más tarde, Wilkes, volvió a cambiar para adoptar una política de crítica contraria a ambos partidos y a la que, puestos a ponerle una etiqueta, podríamos calificar de «radical».[12] Y resulta igualmente razonable aplicar la misma etiqueta a las actividades de las multitudes que acudieron a la llamada de «Wilkes y libertad» en 1763 y siguieron aclamándole y provocando disturbios a favor de su causa cuando regresó del exilio en 1768, sin darse por vencidas hasta que finalmente lo admitieron en el parlamento en 1774, después de ser expulsado y descalificado muchas veces. E incluso los disturbios de Gordon, pese a su carácter antiliberal, se basaban esencialmente en una pauta radical, en una larga tradición radical-protestante y los inspiraron (y tal vez incluso los promovieron) los elementos más radicales de la ciudad, hombres como Frederick Bull, concejal, amigo íntimo y aliado de lord George Gordon en la causa antipapista.[13]

Así pues, ¿qué ideología distinguía a la multitud ciudadana de la que protestaba en pueblos y poblaciones con mercado? En lo fundamental, desde luego, compartía la ideología «inherente» de las multitudes de otras partes. Mostraba la misma preocupación que cualquier otra por la «justicia» y los derechos del «inglés nacido libre»; y las multitudes que gritaban llamando a Wilkes, como signo elemental de hostilidad

12. Véase L. S. Sutherland, *The City of London and the opposition to government, 1768-1774*, Londres, 1959, pp. 10-11.
13. Véase mi obra *Paris and London in the eighteenth century*, Londres y Nueva York, 1971, pp. 268-292.

clasista hacia los ricos, celebraron el regreso de su héroe al parlamento destrozando los cristales de los caballeros y damas ricos y elegantes al volver de las elecciones de Brentford. Este igualitarismo despreocupado halló una expresión aún más vívida en los disturbios de Gordon, durante los cuales, con deliberación evidente, los ataques se dirigieron contra los bienes de los católicos prósperos o acomodados, mientras que a los irlandeses pobres se les dejó totalmente en paz, pese a que con frecuencia vivían cerca de los amotinados. Y en las actas de los juicios que a raíz de dichos disturbios se celebraron en el Old Bailey,[14] hallamos el caso de un hombre que reconoció que posiblemente había causado desperfectos en la casa de un protestante acaudalado, pero que (como dijo al tribunal): «Protestante o no, ningún caballero necesita poseer más de 1.000 libras al año; eso basta para que viva cualquier caballero».[15]

Pero, por supuesto, como ya hemos señalado, la ideología de la multitud londinense también era distinta; y el elemento «derivado» en los motines ciudadanos es obvio, fácilmente visible para todo el mundo. Sin embargo, queda por dilucidar hasta qué punto dicho elemento había sido absorbido en cualquier momento determinado. En primer lugar, se expresaba por medio de consignas, que reflejaban el cariz político de la City, o de su partido «popular», al pasar de una generación a otra. Ejemplos son el «arriba la Iglesia y Sacheverell» de las multitudes *tories* de 1710; seguido del «fuera la alcabala» de la multitud contraria a Walpole en 1733; el «Wilkes y libertad», principal consigna de los radicales en 1763-1764; y el «abajo el papismo» de la Asociación Protestante —que contaba con gran apoyo en la City— en junio de 1780. Así, mientras que las consignas y el cariz político que las mismas

14. «El Viejo Bailey»: nombre popular de la Audiencia de lo Criminal en Londres. (*N. del t.*)
15. *Paris and London in the eighteenth century*, p. 289.

reflejaban eran distintas en cada crisis seria, había un elemento constante: el mentor de la multitud era siempre el gobierno de la City (y, lo que resulta sumamente típico, el Court of Common Council), del mismo modo que en el París de antes de la revolución quien más a menudo daba ímpetu a la multitud, cuando de asuntos políticos se trataba, era el parlamento aristocrático. Pero ¿hasta dónde llegaba la «instrucción»? ¿Cuán profunda era la asimilación de las lecciones políticas por parte de las multitudes que, al cambiar las modas, se amotinaron a favor de la causa popular del día? ¿O se trataba sencillamente de «chusmas» que respondían a la manipulación de los intereses de la City? Hago esta pregunta empujado por la acusación de Edward Thompson en el sentido de que he «protestado demasiado» al defender a la multitud londinense o wilkita contra la imputación de que no era más que una chusma integrada por maleantes y «elementos criminales». Thompson cree más bien que la multitud wilkita, aunque indudablemente simpatizaba con Wilkes de manera espontánea y no porque le pagase para ello, sabía que su violencia no encontraría oposición, toda vez que actuaba «con licencia» de los magistrados de la City; y que su volubilidad se hizo aún más evidente en los disturbios de Gordon (que tuvieron lugar poco después), donde su comportamiento ambivalente reflejó «una mezcla de chusma manipulada y de multitud revolucionaria». Y concluye diciendo que estuvo «de hecho, en un punto intermedio en el nacimiento de la conciencia política popular».[16]

Yo no tendría nada que objetar a esta conclusión en su conjunto: después de todo, ese «punto intermedio» no impediría una penetración considerable de ideas políticas. Pero hay que añadir que el resultado de los disturbios de Gordon fue decepcionante, por no decir cosa peor, tanto para la multitud

16. E. P. Thompson, *The making of the English working class*, Londres, 1963, pp. 70-71.

como para su mentor, la City. Ellos mismos reconocieron que la reacción política que provocaron dichos disturbios dio una lección a los radicales: tal como dijo Joseph Brasbridge, ilustre personaje de la City, cuando la excitación ya se había calmado: «A partir de aquel momento hice oídos sordos a la voz del clamor popular»; [17] y tenemos otras pruebas de que eran muchos los que compartían el mismo punto de vista. A decir verdad, las multitudes de Londres o de la City no volvieron a actuar «con licencia» del Court of Common Council hasta que el radicalismo de la City renació, con apoyo popular, en medio de las guerras napoleónicas.

Queda por estudiar la pauta común de la protesta popular de la época, que, como hemos visto, fue un período en el que la revolución industrial aún no había tenido tiempo de moldear la sociedad inglesa a su propia imagen. En primer lugar, rasgos característicos de la protesta eran los métodos propios de la acción directa y la violencia contra las propiedades: las huelgas daban paso a motines durante los cuales los huelguistas destruían la maquinaria, ya fuese para salvar sus puestos de trabajo o para imponerse a sus patronos por medio del «convenio colectivo basado en el motín»; [18] los alborotadores irrumpían en los graneros y las tahonas; y los amotinados de la ciudad «derribaban» la casa de su enemigo o quemaban a éste en efigie. Pero, como hemos dicho anteriormente, la protesta presentaba la característica singular de no ocasionar daños a las personas salvo en las disputas entre distintos grupos de obreros; y en otros enfrentamientos, si había derramamiento de sangre, el causante del mismo era la autoridad: el caso más tristemente célebre en este sentido fueron los disturbios de Gordon, durante los cuales 285 amo-

17. Cit. en L. S. Sutherland, «The City of London in eighteenth-century politics», p. 73.

18. E. J. Hobsbawm, «The machine-breakers», *Past and Present*, n.º 1 (febrero de 1952), pp. 57-70.

tinados fueron muertos a tiros en las calles o fallecieron más tarde en el hospital y otros 25 perecieron en la horca, mientras que ni los magistrados ni las tropas sufrieron una sola baja.

En segundo lugar, a pesar de que se destruían bienes materiales, la elección de blancos se hacía con mucho cuidado. Tanto en los disturbios de Gordon como en los de Priestley (estos últimos tuvieron por escenario Birmingham en 1791) los alborotadores escogieron las propiedades que había que «derribar» con una precisión casi sobrenatural (pese a lo cual ninguna de las «listas» que, según se decía, llevaban los líderes de los amotinados ha aparecido en los informes de la policía o en las actas de los tribunales); y, en el primero de los dos ejemplos citados, las casas de personas no católicas que resultaron destruidas pertenecían a supuestos protectores de los católicos o fueron víctimas de causas naturales; así ocurrió con las 25 casas de Holborn que se alzaban al lado de las destilerías de Thomas Langdale y que fueron devoradas por las llamas cuando, con la colaboración de un fuerte viento, ardió el licor almacenado allí porque los alborotadores le habían pegado fuego; y se podrían citar muchos más incidentes parecidos.

En tercer lugar, la protesta solía ser espontánea, aunque a menudo, como era el caso en los motines contra la escasez de alimentos, seguía la pauta que marcaba la costumbre. Incluso en los motines a gran escala, como los protagonizados por los wilkitas y los disturbios de Gordon, la organización era mínima y los sucesos empezaban por cualquier nimiedad (por ejemplo, una discusión en alguna tahona o, como ocurrió en junio de 1780, porque el parlamento rechazó una petición) y se transformaban en una conflagración de amplio alcance con ataques contra la propiedad. Sin embargo, había, como es lógico, diferencias considerables entre el grado de espontaneidad de los desórdenes urbanos y el de los rurales.

En cuarto lugar, los líderes, aspecto éste que tiene mucho

que ver con el anterior. Podríamos decir que, por regla general, el que los líderes salieran «de dentro» de la multitud era un fenómeno comparativamente raro salvo en sucesos de corta duración donde algunas personas mostraban una presencia más autoritaria que otras o se comportaban más conspicuamente (o así lo creían los magistrados y la policía). Pero no hace falta decir que esto dependía del tipo de disturbio. Volviendo a las cuatro categorías que hemos señalado, probablemente los más espontáneos eran los motines provocados por la escasez o carestía de víveres, donde los cabecillas que luego comparecían ante los tribunales no eran líderes en el sentido corriente del término sino personas cuyo entusiasmo o atrevimiento momentáneos les hacía destacarse y, a causa de ello, eran arrestados por la milicia o la policía. Los motines contra el cercamiento de tierras y los ataques contra las reservas de caza podían ser asuntos pequeños, casi individuales, o operaciones bien organizadas como las incursiones en el parque de Windsor que «King John» y sus hombres llevaron a cabo en la década de 1720. En las disputas laborales también podía observarse cierta organización, con comités elegidos y líderes reconocidos que se encargaban de dirigir las operaciones. Tal era el caso de los sombrereros, sastres y tejedores de seda, todos los cuales tenían comités que llevaban sus asuntos durante las huelgas ocurridas en Londres en 1768. En aquel año parece ser que los más organizados eran los tejedores de seda: tenían recaudadores que cuidaban de cobrar las cuotas de afiliación o de ejercer presión sobre los que se mostraban reacios a asociarse; y (lo que es más significativo de todo) dos de los miembros de su comité, John Valline y John Doyle, fueron arrestados y ahorcados no por tomar parte en determinada alteración del orden público, sino por el papel conspicuo que habían interpretado en una serie de disputas consecutivas. También en esto eran distintos los motines urbanos. En los de mayor importancia solía haber un líder «de fuera» (un Pitt,

un Wilkes o un lord George Gordon) al que quizá satisfacía su papel de tal (aunque raramente dirigió personalmente la palabra a sus seguidores, Wilkes era uno de éstos), mientras que otros eran líderes a la fuerza y rehusaban aceptar toda responsabilidad por lo que se hacía en su nombre (Gordon es probablemente ejemplo de ellos). Pero, además de los líderes «de fuera», puede que surgieran cabecillas efímeros o «capitanes de la chusma» de dentro, es decir, del seno de la propia multitud. Eran hombres que gozaban de una autoridad exclusivamente temporal y que (a diferencia de Doyle y Valline) no tenían ningún papel que desempeñar antes o después de los sucesos. Tal es el caso de hombres como Matthew Christian, calificado de «caballero de carácter y fortuna», del que se afirmaba que había llenado a los amotinados de cerveza durante la celebración de la victoria electoral de Wilkes en Middlesex en marzo de 1768; y al cabo de una docena de años, durante los disturbios de Gordon, hubo hombres como William Pateman, oficial tornero, y Thomas Taplin, carrocero, que encabezaron bandas de alborotadores o recaudaron dinero «para la chusma pobre». Refiriéndonos a una ocasión anterior, también podríamos citar al «capitán Tom el Barbero», el cual, enfundado «en un delantal a rayas», dirigió a los amotinados contra los irlandeses en Goodman's Fields en julio de 1736. (No sabemos su verdadero nombre, ya que consiguió no ser identificado ni detenido y de esta manera conservó su virtual anonimato.) [19]

Y, en quinto lugar, ¿quiénes eran los que protestaban? En los pueblos eran pequeños propietarios agrícolas, *cottagers*, mineros y tejedores, a los que se cita con frecuencia en los motines relacionados con la escasez de alimentos así como en los dirigidos contra el cercamiento de tierras y en las disputas

19. Para lo que antecede, véanse mis libros *Wilkes and liberty*, p. 44; y *Paris and London*, pp. 79-80, 210. Para «King John», véase E. P. Thompson, *The Black Act*, pp. 142-146.

laborales. (Huelga decir que los líderes como «King John», pese a no ser «de fuera», ya que participaba en los sucesos, pertenecían a una categoría social más alta.) En las ciudades había mayor mezcla: asalariados, jornaleros, sirvientes y aprendices; pero también tenderos, artesanos y algún que otro caballero (véase el caso de Matthew Christian). Desde luego, la composición de la multitud urbana variaba en cada episodio. Por ejemplo, había una diferencia entre los artesanos y tenderos que gritaban reclamando a Pitt y la variedad más amplia de gente, tanto del tipo «medio» como del «bajo» —obreros y *freeholders* así como artesanos y tenderos— que se amotinó clamando por «Wilkes y libertad». Pero en ningún momento —ya se tratase de alborotos urbanos o rurales— podemos hablar ya de una clase obrera: la revolución industrial se encontraba aún en una etapa demasiado temprana.

Y finalmente, para completar la pauta de la protesta «preindustrial», diremos que la ideología se ajustaba, en términos generales, a lo que se ha dicho antes: era abrumadoramente «inherente», tradicional y apolítica en el caso de los disturbios provocados por la escasez de provisiones, las huelgas y toda suerte de protestas rurales; y solamente mostraba toques de la ideología «derivada» de la burguesía —política y con visión de futuro— en el caso de los motines de Londres, especialmente a raíz de la aparición del radicalismo de la City a mediados de la década de 1750. Pero el elemento progresista era todavía superficial incluso en esta clase de motines y la protesta popular, vista en su conjunto, seguía mirando hacia el pasado; o, como dijo E. P. Thompson, la «cultura plebeya» (que, debo reconocerlo, no es un sinónimo *exacto* de lo que yo denomino «ideología») «es rebelde, pero se rebela en defensa de la costumbre».[20]

20. E. P. Thompson, «Eighteenth-century English society: Class struggle without class?», *Social History*, III n.° 2 (mayo de 1978), esp. p. 154.

Capítulo 2

LA TRANSICIÓN A LA SOCIEDAD INDUSTRIAL, HACIA 1800-1850

Como sugerí en el último capítulo, la transición a la sociedad industrial en Gran Bretaña comenzó con dos acontecimientos que tuvieron lugar en las últimas décadas del siglo XVIII: las revoluciones francesa e industrial. Aunque no influyó para nada en la configuración del cambio social en Inglaterra (pese a haberlo hecho tan espectacularmente en Francia), la primera de las dos revoluciones citadas tuvo un efecto importante en la ideología de la protesta popular por cuanto inyectó en ella los dos conceptos gemelos del radicalismo, a saber: los Derechos del Hombre y la Soberanía del Pueblo.

Inevitablemente, sin embargo, en Inglaterra fue la revolución industrial la más influyente de las dos. Porque no sólo dio una dirección nueva a la protesta popular, sino que, además, transformó el proceso de producción y, al hacerlo, creó dos clases sociales nuevas. A mediados de la década de 1820 las fábricas dedicadas a hilar y tejer algodón —y más tarde las de lana y otras manufacturas— ya estaban desplazando al antiguo sistema doméstico basado en el pueblo o la aldea y creando las dos clases nuevas citadas más arriba: los patronos

manufactureros, que eran a la vez los propietarios de las máquinas, y los trabajadores u obreros industriales que las hacían funcionar. Así, a causa de la revolución industrial, la sociedad tendió a polarizarse, como Marx y Engels predijeron en el *Manifiesto comunista*, en dos clases industriales, la patronal y la obrera. Pero incluso en Inglaterra, país que se industrializó más rápidamente que los demás, este proceso nunca llegó a completarse y dejó que siguieran existiendo otras clases: tanto una clase «desafiante» que sobrevivía entre los estratos gobernantes de antaño como, en el extremo opuesto, las clases «tradicionales» integradas por labradores, comerciantes y artesanos sobre los que Gramsci escribió un siglo después. La clase «desafiante» y superviviente, la de los terratenientes (de la cual me ocupé extensamente en el capítulo anterior), siguió floreciendo y jugando un papel importante, si no todavía dominante, en el parlamento y el estado; pero poco a poco incluso la eminencia política de esta clase desapareció y, al estallar la primera guerra mundial, los lores habían perdido ya su independencia en el gobierno y se confundían, salvo en el nombre (y en la propiedad de las casas solariegas), con la burguesía, que era más poderosa.

No obstante, mucho antes de que este proceso de absorción quedase completado, la burguesía manufacturera, aunque dejaba muchos puestos de mando a la clase terrateniente, era ya la fuerza dominante en el estado. En el período del capitalismo competitivo, que es aquél en que se centra el presente capítulo, los nuevos gobernantes adoptaron como héroes a Smith, Malthus y Bentham y, utilizándolos como puntos de apoyo ideológico, aromatizado con alguna u otra rama del cristianismo evangélico, se propusieron:

1) Introducir el librecambio y hacer de Gran Bretaña el «taller del mundo» con los beneficios máximos para ellos mismos.

2) Recortar los vestigios del dominio político de la aris-

tocracia mediante la reforma parlamentaria y del gobierno local.

3) Obtener el control pleno de la contratación y despido de mano de obra manteniendo a raya las «coaliciones» de obreros y las demás cosas que impedían la libertad del comercio.

Los obstáculos que se interponían a la realización de estos planes eran dobles: en primer lugar, la clase terrateniente, que se aferraba con tenacidad a sus leyes sobre el trigo, a sus sinecuras y a sus «burgos podridos»; pero después de 1850 se ganó esta batalla y los terratenientes se convirtieron en aliados de la burguesía —primero a desgana pero luego de todo corazón— tanto en la economía como en el gobierno. El segundo obstáculo resultó más difícil de superar; y este capítulo —al igual que el que le sigue— se ocupará principalmente del nuevo conflicto central que dividía a la sociedad en patronos y obreros, un conflicto que, como hemos visto, sólo había tenido una importancia secundaria en el siglo anterior.

De todas formas, antes de estudiar el desarrollo de dicho conflicto, conviene que examinemos brevemente los principales cambios que el impacto de la revolución «dual» provocó en la protesta popular y obrera. Primeramente, como vimos antes, sus protagonistas principales eran otros: los «descontentos» típicos ya no eran los *freeholders* rurales, los artesanos de las ciudades o los pequeños consumidores, sino que ahora —sobre todo en la década de 1830— eran los trabajadores industriales o proletarios de las nuevas ciudades fabriles; tampoco protestaban por el precio del pan, como tan a menudo ocurriera en el pasado, sino que ahora las disputas giraban en torno al dinero que debía ir a parar al bolsillo del obrero. Además, a medida que la industria se fue desarrollando, el escenario de la protesta pasó del sur al norte, del pueblo a la ciudad y de las antiguas ciudades forales a las modernas ciudades industriales. En términos generales, las principales fases

del movimiento hasta mediados de siglo fueron las siguientes:

Primera fase (inicios de la guerra, 1793-1800): caracterizada por «conspiraciones» jacobinas en Londres, Edimburgo y Manchester (con la consiguiente reacción «religioso-monárquica» en Birmingham y Manchester) y por los motines contra la escasez de víveres en Londres, el sudeste de Inglaterra y partes de Gales.

Segunda fase (postrimerías del período bélico, 1811-1815): caracterizada por el ludismo en los condados productores de géneros de punto de las Midlands y el West Riding de Yorkshire.

Tercera fase (principios de la posguerra, 1815-1822): caracterizada por la protesta general en las grandes ciudades (Londres, Manchester), en centros de industria en decadencia (East Anglia) y en centros industriales de actividad sostenida (los distritos de hierro en el sur de Gales, los condados productores de géneros de punto de las Midlands y el West Riding); disturbios a causa de los alimentos en ciudades con mercado esparcidas por todo el país (Falmouth, Nottingham, Bolton, Carlisle).

Cuarta fase (1829-1832): la más tumultuosa de todas, caracterizada por *un giro nuevo y decisivo hacia los nuevos distritos manufactureros* de las Midlands, el sur de Gales, el norte de Inglaterra y el Clydeside; cambio temporal de Londres a Birmingham y cierto número de viejas ciudades forales (Nottingham, York, Derby, Bristol); y un último y dramático renacimiento del sur rural (a causa del cual East Anglia y Devon quedaron convertidos en los únicos bastiones de la protesta rural apagada hasta la aparición de los sindicatos agrarios después de 1870).

Quinta fase (décadas de 1830 y 1840): caracterizadas por tres etapas principales del cartismo, extendidas primordialmente por la Gran Bretaña industrial y clasificables en tres grandes divisiones geográficas: las populosas ciudades en ex-

pansión (Londres, Birmingham, Manchester, Glasgow); las nuevas regiones industriales de Inglaterra, Escocia y Gales; y los centros antiguos y moribundos, donde prevalecían el telar manual y la industria rural, en el West Country inglés y el West Riding de Yorkshire. Mientras tanto, la protesta agraria más manifiesta ha quedado confinada a la «franja céltica» situada al oeste de Gales y a las Highlands de Escocia. Pero después del cartismo, los antiguos centros del telar manual y de la industria rural (habiendo sufrido su derrota definitiva) desaparecen de escena y los tejedores a mano ingleses, así como los arrendatarios galeses, siguen el mismo camino que antes recorrieran sus hermanos ingleses y se sumergen en un olvido casi total; mientras en la «franja céltica» solamente las Highlands escocesas mantienen la resistencia durante la última fase de la llamada «guerra de los *crofters*» (pequeños arrendatarios de tierras).[1]

El Londres de este período constituye un caso aparte y sirve para recordarnos que la industrialización y la urbanización no van necesariamente cogidas de la mano. Como vimos antes, en el siglo XVIII Londres fue progenitor del radicalismo popular y escenario de los conflictos más violentos y prolongados de la época. Pero, comenzado ya el nuevo siglo, el radicalismo se desplazó primero de la City de Londres a su periferia, penetrando en Westminster y Middlesex, antes de subir, conjuntamente con la industria, hacia las Midlands y el norte. En este período de transición Londres vivió sólo dos momentos de renacimiento radical, el primero cuando el asunto, un tanto «anticuado», de la reina Carolina en 1820 (que recordaba los tiempos de Wilkes),[2] y el segundo en 1848, cuando Londres fue el principal escenario de la lucha por la Carta

1. Para una presentación más completa de esta división geográfica variable de la protesta, véase mi obra *Protest and punishment*, Oxford, 1978, pp. 31-38.
2. Para «The Queen Caroline Affair», véase J. Stevenson en John Stevenson, ed., *London in the age of reform*, Oxford, 1977, pp. 117-148.

del Pueblo en su fase final. (Hubo otro renacer de la militancia en Londres durante los decenios de 1850 y 1860, y nuevamente en el de 1880, éste más vociferante que los anteriores; pero no podemos ocuparnos de estos casos sin rebasar los límites del presente capítulo.)

Con el desarrollo de la industria y del comercio cambió también la naturaleza de la protesta popular, que fue despojándose gradualmente de la pauta «preindustrial» que describimos antes. Empezó a escasear el tipo de protesta basado en la acción directa y (como veremos) ocuparon su lugar formas más organizadas y a menudo más *decorosas*. En primer lugar, los motines relacionados con los víveres no se repitieron en Inglaterra después de las guerras napoleónicas, aunque hubo algunos brotes finales en East Anglia y diversas ciudades con mercado durante los años 1815-1816; después, sólo estallaron en la «franja céltica», en Cornualles y en las Highlands de Escocia. En segundo lugar, la destrucción de maquinaria cesó virtualmente después del ludismo industrial en los condados de las Midlands entre 1811 y 1822, mientras que en el campo cesó la destrucción generalizada de trilladoras en 1830-1832; y, en tercer lugar, la tradicional «demolición» de casas, que en 1831 se repitió en Bristol, alcanzando proporciones casi equiparables a las de los motines «antipapistas», se despidió definitivamente en las ciudades alfareras de Staffordshire en agosto de 1842. De este tipo de alteraciones del orden sólo sobrevivió el incendio provocado, que continuó caracterizando a la protesta agraria hasta bien entrada la década de 1860. (De hecho, sólo en el período 1862-1866 llegaron a Australia occidental no menos de 227 incendiarios convictos y confesos, aunque hay que reconocer que es casi seguro que sólo una minoría de los mismos eran «descontentos».) [3]

Mientras, la espontaneidad dio paso a la organización, es-

3. G. Rudé, *Protest and punishment*, p. 230.

pecialmente al fundarse los primeros sindicatos que reclutaban a sus afiliados en toda la nación o en sectores más amplios que los anteriores. Como, por ejemplo, John Dogherty y su National Association for the Protection of the Working Classes, que fue fundada en 1830 y en 1831 afirmaba contar con 100.000 afiliados; y, tras el breve interludio del Grand National Consolidated Trade Union, el extraño híbrido de Owen, que se deshizo casi en el mismo momento de su creación (en 1834), tenemos otros ejemplos como son la Asociación de Mineros de 1841, que contaba con una excelente organización y estaba bien financiada, y los sindicatos llamados del «Nuevo Modelo» a partir de 1851. Y con la organización no sólo llegó una mejor planificación de las disputas industriales (haciendo que pasara a la historia el viejo tipo de guerra de guerrillas), sino que apareció también una nueva clase de líder, que a veces era un militante como los líderes provisionales de antaño y otras veces era un «reformista» que tal vez más tarde se convertiría en un «caballero» respetable, tocado con sombrero de copa, como los líderes del «Nuevo Modelo» que surgieron en los decenios de 1850 y 1860. Entre los primeros ejemplos del tipo militante se cuentan el propio John Dogherty y George Loveless, líder de los jornaleros agrícolas de Dorchester, que no sólo fue deportado a Australia por ser militante en 1834, sino que seguía siéndolo cuando volvió tres años después. Pero todos estos líderes, fuesen o no militantes, eran el producto de este período de transición. Eran dirigentes salidos de las filas de los mismos obreros, es decir, ya no salían «de fuera» ni (si salían «de dentro») tampoco eran cabecillas esporádicos, anónimos y efímeros como los que vimos en el capítulo anterior, sino que se trataba de líderes estables, fijos, que proclamaban abiertamente su condición de tales.

La ideología también cambió, pero, por supuesto, no lo hizo siguiendo una línea recta de progreso ininterrumpido, ni siquiera entre la recién formada clase obrera industrial. Sin

embargo, es fácil constatar el curso principal que siguió el desarrollo, tan fácil como lo fue en el caso de Francia: es decir, desde principios de la «politización» (que en su mayor parte seguía siendo «derivada») en la década de 1790 hasta el período de toma de conciencia por parte de la clase obrera que se inició en la década de 1830 (denotando que el obrero había llegado a la fase en que sabía cuál era su posición en una sociedad dividida en clases). Vimos en el capítulo anterior los comienzos de una educación política entre las clases «inferiores» —incluyendo los comerciantes «del tipo más mezquino», los pequeños empresarios y los trabajadores— de la sociedad urbana. Pero aún no se advertía signo alguno de la educación política de los obreros como grupo social independiente. Esta educación empezó con la Revolución francesa, aunque, paradójicamente, ni los grandes *idéologues* de la misma ni su principal portavoz en Inglaterra, Thomas Paine, se proponían adoctrinar a los obreros *como obreros*; y hemos visto de qué modo Paine, cuando estuvo en América, se había peleado con sus antiguos aliados entre los artesanos políticamente educados de Filadelfia al no mostrarse él inclinado a promover los intereses particulares de los mismos con independencia de los intereses de los «patriotas» en su conjunto. Así fue en Inglaterra donde los *Derechos del hombre*, de Paine, pese a que alcanzaron gran difusión entre los obreros industriales más ilustrados, no aportaron ningún mensaje concreto para la clase obrera. No obstante —y ésta fue la novedad esencial en lo que se refería a los trabajadores—, en Inglaterra el principal promotor de los libros e ideas de Paine era la London Corresponding Society, formada en 1792 (con «miembros ilimitados», como registra E. P. Thompson), a la que le cupo la distinción, única en su tiempo, de ser una sociedad política que reclutaba el grueso de sus miembros entre los «mecánicos» y los trabajadores artesanos; y fue esta entidad, compuesta de este modo, la que dirigió las enseñanzas de

Paine sobre la soberanía popular, los derechos humanos y las limitaciones de la monarquía y de la Iglesia establecida principalmente hacia los lectores de la clase obrera en las nuevas ciudades industriales; y estas ideas siguieron leyéndose y circulando entre tejedores, mineros y artesanos de las ciudades, abiertamente cuando la ley lo permitía, en secreto cuando la London Corresponding Society y sus vástagos en otros centros cayeron víctimas de las medidas persecutorias decretadas por Pitt a causa de la guerra.

Pero al jacobinismo inglés, fomentado por Paine y por la London Corresponding Society, siguió, al terminar las guerras, una nueva fase en el movimiento reformista radical de Inglaterra. Cobbett, en otros tiempos azote de los panfletistas radicales, regresó a Inglaterra desde Norteamérica (trayendo consigo los huesos de Paine como muestra de arrepentimiento), se proclamó radical y dio un rostro popular al radicalismo *whig* de la vieja escuela. Clamó porque se aboliese la «Vieja Corrupción», incluyendo los burgos podridos y las sinecuras; y su clamor no tardaron en adoptarlo y asimilarlo los artesanos radicales, al igual que los radicales de otros grupos, y a través de ellos llegó a los movimientos de protesta de los obreros, incluso a aquellos que, según los historiadores tradicionales, limitaban sus actividades a asuntos estrictamente industriales. El caso del ludismo nos sirve de ejemplo; y probablemente E. P. Thompson es el primero que ha enmarcado el ludismo dentro de un movimiento radical más amplio que pedía la reforma parlamentaria. Y el pasaje que cito seguidamente lo escribió un comentador de la obra de Thompson; se trata de un fragmento, inspirado evidentemente en Cobbett, de una carta anónima que defendía las operaciones de los ludistas de Nottingham en 1816:

> ... el pillaje no es nuestro objetivo, lo necesario para vivir es lo que ahora buscamos ... Quizá si el éxito corona nues-

> tros servicios como se merecen, podremos liberar los reinos de nuestra gravosísima carga de impuestos, de una deuda nacional sin precedentes, de un gobierno corrompido y despótico, de una serie múltiple de sinecuras y pensiones inmerecidas ... [4]

Y al cabo de más de una docena de años, durante el movimiento del «capitán Swing» registrado entre los obreros en 1830, encontramos a John Adams, oficial zapatero y radical, de Maidstone, marchando a la cabeza de una «CHUSMA» de 300 lugareños a parlamentar con el reverendo sir John Filmer de East Sutton Park e iniciando la discusión con palabras que expresaban la esperanza de que «los caballeros marcharían cogidos de la mano de las clases trabajadoras para conseguir que se redujesen los gastos del gobierno»; y aquella misma noche el señor Gambier, hijo del rector de la vecina parroquia de Langley, escuchó de boca de Adams y sus compañeros, a guisa de explicación del estado de pobreza en que vivían los obreros, que «había muchas sinecuras». También en otros portavoces de los obreros se había hecho sentir la influencia de Cobbett; por ejemplo, en Philip Green, un deshollinador de Banbury que había sido marinero y al que se calificaba de gran admirador de Cobbett, «cuyas producciones tiene por costumbre citar en las tabernas que frecuenta».[5]

Pero el concepto de la «Vieja Corrupción», al igual que su concomitante el «Yugo Normando», pese a prestar un buen

4. «The Secretary of the Black Committee of the Independent Luddites of Nottinghamshire Division» a R. Newcombe and Son, 11 de noviembre de 1816, P.R.O., H.O. 42/155; citado por F. K. Donnelly, «Ideology and early English working-class history: Edward Thompson and his critics», *Social History*, n.º 2 (mayo de 1976), p. 226. Sin embargo, huelga decir que, a juzgar por el estilo, lo más probable es que esto sea obra de un simpatizante instruido y con ideas radicales de signo «cobbetista» en vez de un trabajador «ludista». Pero, sea o no «auténtico», parece ser un ejemplo de la ideología radical «derivada» propia de la clase media, típico del radicalismo popular preindustrial y preproletario.

5. E. J. Hobsbawm y G. Rudé, *Captain Swing*, pp. 102-103, 143.

servicio al radicalismo popular hasta los principios del cartismo por lo menos, en esencia era retrógrado y tenía la mirada puesta en los «buenos tiempos de antaño» que Cobbett, que temía y odiaba al *Great Wen* (el gran basurero, es decir, Londres), hubiera deseado resucitar. Para ver los primeros indicios de una filosofía orientada hacia el mañana que ofrecería a los obreros perspectivas de una nueva manera de vivir en lugar de la restauración de un pasado supuestamente mejor, debemos acudir a Robert Owen. El socialismo oweniano, al igual que el socialismo «utópico» de Cabet y Blanc en Francia, adolecía de numerosos defectos. En primer lugar, volvió la espalda a la acción política y puso sus esperanzas exclusivamente en la organización industrial y los planes cooperativistas. Pero tenía virtudes de las que carecían tanto el jacobinismo de Paine como el radicalismo de Cobbett: invitaba a los trabajadores a conformarse con la sociedad industrial y les enseñó a creer que solamente gracias a sus propios esfuerzos se conseguiría la nueva república cooperativista. De estos puntos de vista se hacía eco el panfleto que George Loveless, que en un tiempo fue owenista y luego se hizo cartista, escribió al regresar a Inglaterra desde su exilio en Australia: «Creo que nunca se hará nada para aliviar la miseria de las clases trabajadoras a menos que ellas mismas se encarguen de ello; con estas convicciones salí de Inglaterra y con estas convicciones he regresado».[6]

Quedaba aún un largo camino por recorrer antes de llegar a la toma de conciencia por parte de la clase obrera, que no podría sobrevivir sin encontrar un lugar para la acción tanto política como industrial. El cartismo, pese a estar lleno de contradicciones, ya que en él se mezclaban formas e ideas nuevas y viejas (como veremos más adelante), fue un paso esencial en este proceso. Por primera vez los mismos obreros

6. G. Loveless, *The victims of Whiggery*, Londres, 1837.

(y no sólo unos cuadros de mando reducidos y formados por artesanos y comerciantes, como sucediera en 1792) tomaron la iniciativa al poner en marcha un movimiento a escala nacional encaminado a la instauración de un nuevo tipo de parlamento que sería elegido por los obreros y compuesto por sus propios representantes. Esto solo ya habría constituido una novedad, pero el cartismo aspiraba a mucho más: pretendía, a través del voto, proteger a las comunidades obreras de la ruptura por parte de los «mejoradores» capitalistas y conquistar para ellas la totalidad de aquellos sólidos beneficios sociales que uno de sus líderes, el reverendo J. R. Stephens, agrupó bajo el título de «cuchillo y tenedor». Sólo fundiendo de esta manera la acción económica con la política podrían los obreros ingleses, al igual que los franceses, albergar la esperanza de tomar conciencia de que constituían una clase. Pero esto solamente se conseguiría si a la campaña cartista la acompañaba una acción paralela en los talleres y las minas. Aquí, como sabemos, el cartismo resultó un tremendo fracaso y fue derrotado (aunque no sólo por este motivo). Pese a todo, el fracaso del cartismo no fue total ni mucho menos: las grandes batallas que se libraron en el norte durante el verano de 1842 —especialmente en las ciudades industriales de Lancashire—, batallas contra los patronos, el ejército y la «nueva» policía, resultaron inmensamente valiosas para forjar el movimiento obrero del futuro.

Desde una posición un tanto marginal respecto del cartismo —según ha argüido recientemente [7] un joven estudioso llamado John Foster— un grupo de obreros industriales, habitantes todos ellos de una sola población de Lancashire, avanzó hacia la consecución de aquella conciencia de clase obrera de la que todos los movimientos obreros y adoctrinamientos radicales habían sido una especie de preparación. Pero

7. J. Foster, *Class struggle and the Industrial Revolution. Early industrial capitalism in three English towns*, Londres, 1974.

la conciencia de la clase obrera, según el argumento de John Foster, no podía basarse sencillamente en el advenimiento de una nueva ideología —el socialismo, por ejemplo— sino en una mezcla (que el cartismo por lo general no consiguió) de ideas radicales y de acción militante de la clase trabajadora en la fábrica o el taller. Para la aparición de este fenómeno, acude al ejemplo de tres ciudades industriales inglesas de las décadas de 1830 y 1840, tres ciudades que tenían mucho en común: Oldham, población algodonera de Lancashire; South Shields, centro de construcción naval en Durham; y Northampton, centro del comercio de botas y zapatos en las Midlands. Sin embargo, de las tres sólo Oldham alcanza el nivel que era de esperar, mientras que tanto Northampton como South Shields son acusadas (siguiendo el estilo de György Lukács) de ser aún «falsamente conscientes». ¿Y a qué se debe esta separación entre las ovejas y las cabras? Pues a que, como demuestra Foster, desde los comienzos de la década de 1830 los trabajadores de Oldham mostraban un historial largo y continuo de militancia en la fábrica o en el taller junto con una militancia política destinada a promover, utilizando los medios políticos a su disposición, a candidatos radicales que les representaran en el gobierno local y en el parlamento. En South Shields y Northampton, por el contrario, los obreros redujeron su militancia a la acción industrial y a increpar a los patronos, olvidándose del aspecto político. Dicho de otro modo, sufrieron el «economismo» que con tanta tristeza deplora Lenin en *¿Qué hacer?*

Pero —prosigue Foster— las condiciones que regían la conciencia de clase en Oldham cambiaron antes de 1848, y a partir de entonces también Oldham, al igual que South Shields y Northampton, cayó en una conciencia «falsa». Volveremos a ocuparnos de este fenómeno, así como de las causas del mismo, en el capítulo siguiente.[8]

8. Pero debe decirse que, si bien basa su argumento en el modelo de

Como demuestra también el ejemplo de Oldham, el camino hacia un cambio profundo en la ideología de la clase obrera era empinado y estaba lleno de obstáculos, y la famosa ley de Lenin sobre el «desarrollo desigual del capitalismo» podía aplicarse igualmente a la evolución de la conciencia de la clase obrera en la Gran Bretaña del siglo XIX. A lo largo de todo este período, durante el cual tuvieron lugar cambios profundos —digamos, por ejemplo, que a partir de los inicios de la década de 1820— algunos grupos de trabajadores y algunas partes de Inglaterra avanzaron despacio y con esfuerzo y otros quedaron rezagados; y era frecuente encontrar lo viejo y lo nuevo unidos en difícil equilibrio dentro del mismo movimiento político. Nada de todo ello, desde luego, ha de sorprendernos demasiado si tenemos en cuenta la supervivencia de aquellas clases «tradicionales», más antiguas, de las que hablamos anteriormente. El cartismo es buen ejemplo de esta clase de movimientos y nos brinda una ocasión excelente para estudiar la desigualdad del proceso de transición a una sociedad industrial. Lo encontramos personificado en los líderes cartistas, entre los cuales había elementos tan dispares como el jacobino Julian Harney y el *tory* radical Feargus O'Connor, que miraban hacia el pasado, y campeones del sindicalismo como Peter McDouall o socialistas de nuevo cuño como Ernest Jones, que mantenía correspondencia con Marx. Estos contrastes se reflejan igualmente en las actividades que

Lukács, Foster no da el mismo carácter terminante al estado de «falsa conciencia» que al parecer sí le da su mentor. En Lukács hay en la práctica poca esperanza de salvación para aquellos que no consiguen vencer los obstáculos cuando se les brinda la oportunidad. Pero, en Foster, la «falsa» y «verdadera» conciencia, al igual que otras condiciones del hombre, se desarrollan —y decaen— históricamente; es decir, ambas dependen de las circunstancias predominantes más que de la conversión absoluta o meramente parcial a unas ideas rectas. Por lo tanto, la «falsa» conciencia tiene la posibilidad —mediante el esfuerzo humano en circunstancias idóneas— de ser convertida (o reconvertida) en conciencia «verdadera» o «de clase». (J. Foster, *Class struggle,* especialmente pp. 4-6.)

desarrollaba el cartismo y que variaban de una región a otra. De un lado estaban las peticiones cartistas tomadas en préstamo de un pasado radical pero dirigidas hacia el futuro; la National Charter Association, precursora del partido «laborista»; y el movimiento industrial organizado de los obreros en el distrito de Manchester; y en el otro lado se hallaban el Land Plan (o Plan de la Tierra) por medio del cual O'Connor, para el cual el industrialismo y el crecimiento urbano eran anatemas, aspiraba a resolver los males de la sociedad asentando nuevamente en la tierra a aquellos a quienes el capitalismo había hecho superfluos; y estaban también las destrucciones de máquinas durante los disturbios llamados del «Plug-Plot»,[9] cuyos protagonistas se excedieron en las ciudades alfareras de Staffordshire.

Si en la protesta industrial se mezclaron así lo viejo con lo nuevo, la protesta rural resultó mucho más resistente al cambio. Durante todo el período continuaron las viejas formas de protesta, imbuidas de una ideología al viejo estilo, como, por ejemplo, los disturbios rurales que estallaron en East Anglia a causa de los jornales, las máquinas y el precio del pan en 1816; la destrucción de máquinas con motivo de los motines llamados del «capitán Swing» que se registraron en los condados meridionales durante 1830; y el extraño episodio milenario que protagonizaron aquellos obreros de Kent que en 1838 lucharon hasta la muerte en defensa del que se llamaba a sí mismo su mesías, el espurio sir William Courtenay. El movimiento de los obreros de Dorset —«los hombres de Tolpuddle»— que en 1834 fundaron una sucursal de la Grand National Union de Owen fue algo totalmente distinto, toda vez que lo produjo la agitación owenista procedente de Birmingham y, por consiguiente, no era un auténtico movi-

9. En 1842 los obreros se amotinaron y quitaron los tapones (*plugs*) de las calderas de las manufacturas de algodón, con lo que interrumpieron el trabajo. (*N. del t.*)

miento obrero en el sentido riguroso del término. A estos movimientos (aparte del último) también los animaba una ideología «inherente» o tradicional: toda la preocupación de los amotinados de 1816 se centraba en un «precio justo» y un «salario justo». Los alborotadores del «capitán Swing» en 1830 incendiaron graneros y destruyeron máquinas con el fin de restaurar el «salario justo» que los labradores y terratenientes, empeñados en ahorrar mano de obra mediante la utilización de máquinas, amenazaban con mermar aún más de lo que habían hecho ya abusando de la Poor Law; y apelaron a la autoridad tradicional, a los magistrados e incluso al rey o al mismísimo Dios, para restaurar los derechos que ellos creían que les habían sido robados. En septiembre de 1831 un hombre arrestado por destruir máquinas en Dilham, Norfolk, y condenado a dos años de cárcel, declaró ante el tribunal, empleando términos que recordaban la revolución puritana, que «al destruir la maquinaria, estoy haciendo un servicio a Dios» (y hubo magistrados que dijeron lo mismo con otras palabras).[10] Igualmente, en los motines de las alfarerías en 1842 un hombre al que vieron cuando echaba un piano al fuego durante un tumulto en Longton, cerca de Stoke-on-Trent, dijo a un espectador que «el Señor estaba de su parte y las llamas no le harían daño».[11] A decir verdad, en los pueblos no hubo un cambio verdadero hasta la década de 1860.

Puede que en la «franja céltica» tardase aún más. En Cornualles hubo disturbios a causa de la falta de víveres hasta la década de 1830 por lo menos; y en las Highlands continuaron hasta la «Gran Hambre» de 1847. Los motines contra el peaje, que en Inglaterra apenas sobrevivieron a las guerras napoleónicas, en el norte y el oeste de Gales siguieron registrándose hasta la década de 1840. Durante dos años entre 1839 y 1842 Rebecca y sus «hijas», con la cara ennegrecida

10. *East Anglian*, 25 de octubre de 1831.
11. *Annual Register*, vol. 84 (1842), p. 134.

y vistiendo faldas de paño grueso, burlaron las barreras y verjas de peaje en los caminos rurales de Carmarthen, Pembroke y Glamorgan.[12] En las Highlands los *crofters,* que conservaban aún fresco el recuerdo de la limpieza de hacía más de medio siglo, siguieron luchando contra los terratenientes, administradores de bienes embargados, magistrados, policías y ministros «extraños» de la Iglesia, para lo cual recurrieron a la acción directa (aunque con un mínimo de violencia) hasta la década de 1880: especialmente en Inverness-shire, donde hubo más de 200 condenas de cárcel por disturbios y agresión a la policía entre 1885 y 1888; es decir, incluso después de que en 1882 se librara, en la isla de Skye, el último de los grandes episodios de la «guerra de los *crofters*», la denominada «batalla de los Braes» (lomas).[13]

12. David Williams, *The Rebecca riots; a study in agrarian discontent*, Cardiff, 1953.

13. «Return of Offences committed in Crofting Parishes in the Highlands and Islands of *Scotland*, arising out of Disputes in regard to the Right to Land, or the Rent of Land, during and since 1874», PP 1888, LXXXII, 2-9. Véase también Eric Richards, «Patterns of Highland discontent 1790-1860», en J. Stevenson y R. Quinault, eds., *Popular protest and public order*, Londres, 1974.

Capítulo 3

EPÍLOGO: LA GRAN BRETAÑA INDUSTRIAL

En capítulos anteriores nos hemos ocupado de la ideología popular refiriéndonos a la evolución de una etapa de conciencia a otra superior; por lo que en cada capítulo hemos visto al pueblo llano —los trabajadores o los campesinos— enriqueciendo su ideología mediante el adoctrinamiento, la experiencia o la lucha. En éste, el último capítulo de nuestro libro, la presentación tiene que ser diferente. En efecto, estudiaremos el fracaso con preferencia al éxito y trataremos de ver por qué el movimiento obrero en Inglaterra, tras el fin del cartismo, atravesó un prolongado período de calma (lo que Engels llama su «sueño invernal de cuarenta años») seguido de un breve renacer en la década de 1880 antes de reemprender la marcha por un camino zigzagueante, jalonado de victorias y derrotas. En términos generales, esta ha sido la pauta de los últimos cien años.

Primeramente, tenemos que examinar la derrota de mediados de siglo. ¿Cómo fue posible que las grandes esperanzas despertadas por el cartismo y la toma de conciencia de los obreros de Oldham (según la descripción de Foster) en las décadas de 1830 y 1840 se hubiese derrumbado de forma tan total al comenzar la década de 1850? La explicación más corriente y básica del fenómeno es que el capitalismo británico,

tras la crisis y el desorden continuos de los «hambrientos años cuarenta» y años anteriores, empezó a estabilizarse y que Gran Bretaña, tras la abolición de las leyes del trigo, se convirtió, como es bien sabido, en el «taller del mundo» gracias al librecambio y a la supremacía comercial. De esta manera pudo cumplir lo convenido, no sólo distribuyendo mayor riqueza entre las clases poseedoras, sino también entre sectores más amplios del pueblo en su conjunto. Se ha argüido que esto por sí solo contribuyó de manera notable a aplacar la militancia popular; y Marx, al ver cómo las inversiones extranjeras llovían sobre Gran Bretaña en la década de 1850, con mucho acierto calificó el proceso de «roca sobre la que la contrarrevolución edificó su iglesia».[1] Ciertamente Engels no había previsto esta situación cuando escribió *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, pero en una introducción posterior (1892) reconoció que la prosperidad también había llegado al pueblo, especialmente a los obreros de las fábricas, evitando la revolución que él había previsto hacía más de una generación.[2] Y Emile Halévy, el gran exponente de la teoría de la religión como factor estabilizador en la Gran Bretaña de principios del siglo XIX, coincidió en que, en esta ocasión, el papel de la prosperidad fue mayor que el de la religión: escribiendo acerca de Inglaterra en 1852 comentó que «ya no tenemos ninguna necesidad de buscar, como buscábamos en nuestro primer volumen [que se ocupaba de Inglaterra en 1815], fuera de la esfera económica la explicación de la estabilidad y el equilibrio de semejante sociedad».[3]

1. Cit. en R. B. Smith, en *Labour History*, Canberra (noviembre de 1971), p. 82.
2. F. Engels, *The conditions of the English working-class in 1844*, introducción a la primera edición inglesa, Londres, 1892 [ed. cast.: K. Marx-F. Engels, *La Sagrada Familia. La situación de la clase obrera en Inglaterra. Otros escritos de 1845-1846*, Crítica (OME 6), Barcelona, 1978].
3. E. Halévy, *A history of the English people*, IV, p. 337; cit. en Trygve R. Tholfsen, «The intellectual origins of mid-Victorian stability», *Polit. Sci. Quart.*, LXXXVI (marzo de 1971), p. 58, nota 2.

Pero los factores naturales como la súbita prosperidad económica solamente podían albergar la esperanza de dar un buen principio al proceso de «apaciguamiento»: otra crisis económica (que nadie podía tener la certeza de evitar) tal vez incitaría a los obreros a llevar a cabo más actos de militancia; y esto, como hemos sugerido, sucedió en raras ocasiones durante los siguientes treinta o cuarenta años. Los capitalistas y el gobierno que compartía su botín tuvieron que inventar algo más seguro con el fin de quedar tranquilos en el sentido de que la actitud sumisa de los obreros no fuera un fenómeno puramente transitorio. La emigración al Canadá o a Australia parecía una posible solución y, además, ofrecía la ventaja de ajustarse a los principios maltusianos, que aún eran populares, si bien es dudoso que diera los resultados apetecidos aquel intento de enviar militantes a ultramar que se llevó a cabo como consecuencia de ello. (Al parecer, la revista humorística *Punch* creía en el éxito de tal empresa, toda vez que publicó una caricatura de un militante cartista que, hallándose en la indigencia, se dejaba convencer para que emigrase.) Otro medio fue la orquestación de propaganda destinada a enseñar a los hombres, especialmente a los socialistas, que andaban equivocados, y en las postrimerías de la década de 1840 abundaron los «mutualistas» de clase y los propagandistas de la paz social. Los socialistas cristianos —F. D. Maurice, Charles Kingsley y Thomas Hughes— interpretaron su papel predicando la cooperación a través de la fraternidad cristiana; e incluso Thomas Carlyle, que otrora fuera un revolucionario furibundo, publicó sus *Latter-day pamphlets* en los que apelaba a los patronos a ser «justos» con los obreros y les decía que de esta manera se ganarían su cooperación.[4]

También de esta situación nació la llamada «aristocracia del trabajo», ya fuera por casualidad o por designio. Aunque

4. R. B. Smith, *loc. cit.*

no se muestran unánimes en la explicación de sus orígenes, los historiadores están de acuerdo en que dicha «aristocracia» la integraba una capa alta y privilegiada de trabajadores industriales y que su efecto, o propósito, consistía en desarmar ideológicamente a los obreros para, de este modo, ayudar a los patronos a mantener la estabilidad y la paz social. En algunos casos se distinguieron por cobrar salarios más altos, lo cual era fácil en un período en el que los beneficios subían marcadamente, y en todos los casos les distinguía su política —cuando eran líderes u otro tipo de moldeadores de la opinión— basada en la cooperación entre las clases, ya fuese mediante las urnas o en el taller. Algunos historiadores (entre los que se cuentan Hobsbawm y Foster) los han considerado fruto de las décadas de 1840 y 1850, mientras que otros han seguido más de cerca a Lenin al vincularlos con el imperialismo de una generación más tarde.[5] Si aceptamos el primer punto de vista en lugar del segundo (y a los efectos del presente capítulo la diferencia no importa demasiado), nos parecerá que nadie tiene más derecho al título (aunque en este caso lo aplicamos a un grupo de líderes más que a los obreros a quienes ayudaron a moldear) que la famosa «junta» de Allan, Applegarth, Odger y un puñado de otros hombres que, a lo largo de un período de varios años, dominaron los asuntos de los sindicatos de «Nuevo Modelo» durante las décadas de 1850 y 1860. Aparte de sus logros e innovaciones positivos (que fueron de cierta importancia para la historia general del sindicalismo), los Webb dan cuenta de cómo «aceptaban de buena fe el individualismo económico de sus oponentes de la clase media, y reivindicaban solamente la libertad de asociación que estaban dispuestos a concederles los miembros más inteligentes de dicha clase».[6] Y Robert Applegarth, que en

5. H. F. Moorhouse, «The Marxist theory of the labour aristocracy», *Social History*, II (enero de 1978), pp. 61-82.
6. S. y B. Webb, *The history of trade unionism*, Londres, 1896, p. 221.

1867 fue citado a comparecer ante la comisión real sobre los sindicatos, bosquejó de la forma siguiente las condiciones que se exigían para ingresar en su sindicato (la Asociación Unificada de Carpinteros y Ebanistas):

> Debe [el aspirante] tener buena salud, haber trabajado cinco años en el oficio, ser un buen trabajador, de costumbres regulares, de buen carácter moral, y no superar los 45 años de edad.[7]

Aunque no niega la importancia de la creciente prosperidad nacional como instrumento para apaciguar la militancia de la clase obrera, John Foster insiste en que la mayoría de los demás medios a tal efecto los inventó deliberadamente la clase capitalista (ya fuese por separado o colectivamente) con el objeto de reestabilizar tanto la sociedad como la industria. Foster califica este hecho de proceso de «liberalización», y narra de qué manera empezaron a explotarlo en Oldham en un momento indeterminado de la década de 1840. Tuvo diversas formas: la introducción de diferencias en los salarios con el fin de dividir a los obreros; el aislamiento premeditado de los trabajadores en general respecto de la que hasta entonces fuera su respetada vanguardia, para lo cual se hicieron concesiones a medias; la adopción por parte de los políticos burgueses de la jornada de diez horas con el objeto de hacer más aceptable el inevitable compromiso; y la «adopción» por los *tories* y los «cobbetistas» de la política militante de los trabajadores con el propósito de aguarla; como sucediera en Oldham en el año 1852, cuando publicaron un manifiesto conjunto para brindar su apoyo a los que pedían la jornada de diez horas y su oposición a la Poor Law, todo ello combinado con la declaración de que era necesario «preservar un equili-

7. Primer informe de la comisión real sobre sindicatos, PP 1867, KLV (8), pp. 12-13; cit. L. Evans y P. Pledger, eds., *Contemporary sources and opinions in modern British history*, 2 vols., Melbourne, 1967, II, pp. 40-42.

brio justo entre el capital y el trabajo, y especialmente proteger a las clases trabajadoras contra las crueles maquinaciones de una falsa economía política».[8]

Pese a todo, hizo falta más para que esta asociación entre patronos y obreros fuera más duradera: acabar con las viejas tendencias a la división que apuntaban hacia una toma de conciencia por parte de la clase obrera e implantar en su lugar lo que Trygve Tholfsen denomina «una cultura cohesiva, una estructura sumamente homogénea de valores: instituciones, cometidos y rituales»; [9] y cuenta de qué manera fue posible en gran parte, a lo largo de un período de veinte años, sustituir «una cultura impregnada por la tensión social» por otra de «valores compartidos, internalizada e institucionalizada». Seguidamente nos muestra los principales ingredientes de la misma:

a) la ética del perfeccionamiento y el progreso personales mediante el trabajo duro, la disciplina laboral y la frugalidad; con la participación conjunta de trabajadores y patronos expresando sus «metas compartidas»;

b) la «elevación moral» de las clases trabajadoras como objetivo continuo; y

c) el cultivo de las virtudes y la salvación personales, incluyendo la abstinencia total.

Se emplearon medios bastante variados para fomentar dichas ideas y hacerlas circular: clubs para trabajadores, periódicos, escuelas dominicales, institutos industriales, sociedades para el perfeccionamiento mutuo, salas de lectura, bibliotecas, cajas de ahorro, iglesias y capillas. A todas estas instituciones se les asignó un papel. Las ideas de esta índole se propagaron con mucha rapidez. Tholfsen cita cierto número de ejemplos, incluyendo el de un club de trabajadores de Newcastle que en 1865 contaba entre sus objetivos «el trato social, la ayuda

8. J. Foster, *Class struggle...*, pp. 203 y ss.
9. T. R. Tholfsen, art. cit., p. 61.

mutua, el perfeccionamiento mental y moral, el recreo y la diversión racionales de sus socios».[10] Pese a ello —afirma Tholfsen—, la rendición ante una ideología capitalista no fue tan completa como podría parecer. Para empezar, los obreros no adoptaban servilmente todos los aspectos de la escala de valores de la clase media que promovía la propaganda del *laissez-faire* como la de Samuel Smiles; y cita el caso del periódico *Beehive*, que en 1860 exhortaba a buscar la «emancipación de los trabajadores por medio del "autoperfeccionamiento"» y al mismo tiempo publicaba una denuncia feroz de los males de la competencia. Además, los gérmenes de la rendición obrera ante los valores de la clase media ya existían en tiempos del movimiento cartista y los predicaban los mismos radicales. Cita especialmente el ejemplo de una rama owenista de Huddersfield que en 1844 anunciaba «clases para el perfeccionamiento mutuo ... para desarrollar los mutuos sentimientos morales, sociales y caritativos»; y una circular cartista de 1841 que decía lo siguiente:

> Y aunque reconocemos que la *legislación de clase* nos ha infligido males innumerables, y [ha] nublado el intelecto y destrozado el corazón de generaciones enteras de hijos del trabajo, no podemos cerrar los ojos a la verdad DE QUE NINGÚN ESTADO DE LIBERTAD PUEDE PERFECCIONAR AL HOMBRE QUE ES ESCLAVO DE SUS PROPIOS VICIOS.[11]

Así pues, hubo elementos, durante el período anterior de militancia obrera —en las escuelas cartistas y en otras instituciones por el estilo— que, al colocar el autoperfeccionamiento y la salvación personal en un lugar destacado de su orden de prioridades, desbrozaron el camino para la posterior rendición ante una cultura hegemónica burguesa e hicieron que a los

10. T. R. Tholfsen, art. cit., pp. 63-64.
11. *Ibid.*, p. 68.

obreros les resultase más fácil y menos penoso tragarse la píldora. No hay que suponer tampoco que la preocupación por el «perfeccionamiento» fuera necesariamente, a largo plazo, una grave desventaja para el futuro del movimiento obrero. Porque semejantes cualidades armonizaban bien con el interés por la organización cuidadosa y la aplicación de recursos, cualidades éstas que habían brillado por su ausencia en empresas tan efímeras como el Grand National Consolidated Trade Union de los owenistas veinte años antes. Los líderes del «Nuevo Modelo» impartían enseñanzas distintas y, a pesar de su respetabilidad y de que imitaban los modales y valores de la clase media, hicieron una aportación positiva para el futuro al edificar sólidas organizaciones nacionales para los artesanos y mineros, cuando menos, y dejaron un legado útil que sus sucesores aprovecharían. Convendría también recordar que este período de elevada respetabilidad presenció la creación del London Trades Council y del Trades Union Congress; y en 1872 Joseph Arch lanzó la primera organización importante a escala nacional de trabajadores del campo; y también él, como los Allan y los Applegarth de la generación anterior, fue durante toda la vida un firme defensor de «la ayuda propia y la libertad», «del orden y el progreso».[12]

Cabría decir, de hecho, que la propagación de los valores de la clase media después de la mitad de la década de 1840, aunque sirvió para detener la toma de conciencia por parte de la clase obrera en los distritos industriales, no fue un mal absoluto. Asimismo, la «estabilidad cultural» victoriana que tales valores contribuyeron a crear se vio a su vez socavada por una serie de crisis, tanto en la agricultura como en la industria, que siguieron al primer desafío serio que la supremacía industrial y comercial británica recibió de Alemania y de los Estados Unidos desde la mitad de la década de 1870

12. J. P. D. Dunbabin, *Rural discontent in nineteenth-century Britain*, Londres, 1974, p. 262.

hasta finales de la de 1880. Las crisis ocasionaron un gran número de parados y crearon profundo descontento, factores éstos que a su vez culminaron con el primer intento serio de organizar a los trabajadores no especializados (los de las fábricas del gas y los portuarios) [13] y con la primera penetración seria de ideas socialistas-marxistas en los sindicatos. Fue entonces (a principios de la década de 1890) cuando William Morris, miembro de la recién fundada Socialist Society, dijo que la verdadera ocupación de un partido socialista estribaba en fomentar y extender una auténtica conciencia socialista entre los trabajadores, «para que por fin puedan ... comprender que se hallan frente a una sociedad falsa, y que ellos mismos son los únicos elementos posibles de una sociedad verdadera».[14] Y cuando el primero de mayo de 1890 los sindicatos británicos, desatendiendo las objeciones de los partidarios acérrimos del «viejo» sindicalismo, tomaron parte en los festejos que organizó la Primera Internacional en Londres para apoyar la jornada de ocho horas, Engels se refirió a ello como si se tratase de un acontecimiento de la mayor importancia, porque (escribió) «el 4 de mayo de 1890 el *proletariado inglés*, que acababa de despertar de su sueño invernal de cuarenta años, *ingresó de nuevo en el movimiento de su clase* ... Los nietos de los cartistas de antaño están entrando en la línea de batalla».[15]

No obstante, poco duraron las esperanzas que tal hecho despertó entre los socialistas. La crisis que trajo el «nuevo» sindicalismo, el renacimiento del socialismo y la campaña pro

13. Para la importancia de la huelga portuaria de 1889 en lo que respecta a dar disciplina, organización y objetivos a los «pobres temporeros» de Londres después de la desenfrenada orgía de disturbios de 1866, véase Gareth Stedman Jones, *Outcast London*, Oxford, 1971, pp. 315-321.

14. Cit. L. A. Morton, ed., *Political writings of William Morris*, pp. 232-233.

15. F. Engels, en el *Arbeiterzeitung* de Viena, 13 de mayo de 1890; cit. en K. Marx y F. Engels, *Selected correspondance 1846-1895*, D. Torr, ed., Londres, 1934, p. 469.

jornada de ocho horas fue a la vez testigo del auge del nuevo imperialismo, o de la brega por las conquistas imperiales, en la que Gran Bretaña participó al igual que sus rivales alemanes, franceses, rusos (y, más adelante, norteamericanos). Y el imperialismo —como esperaban Cecil Rhodes y Joseph Chamberlain— dio a muchos obreros británicos el mismo sentimiento de seguridad y superioridad sobre sus hermanos de ultramar que la certeza de que Gran Bretaña aventajaba al resto del mundo, desde el punto de vista comercial, había dado al celebrarse la Gran Exposición dos generaciones antes. Ni que decir tiene, en tiempos de crisis económica se hacía evidente que los frutos del imperio estaban distribuidos desigualmente entre las clases, como ocurrió en 1911-1914, 1920-1922 y 1926; pero, a pesar de la promesa de 1890, la continua ausencia de socialismo «teórico» en el seno del movimiento obrero (como Engels había observado) limitó severamente la conciencia de clase; y cuando, en tiempos de la crisis del petróleo persa de 1950, Ernest Bevin, ministro laborista de Asuntos Exteriores, se jactó de que era el imperio lo que garantizaba a los obreros británicos su privilegiada posición económica, pocos pudieron llevarle le contraria.

Aunque la desintegración del imperio ha sido continua, se han necesitado años y años para que se esfumase toda una serie de convicciones seculares. Pero, si bien la maldición del colonialismo y los recuerdos de glorias ya pasadas siguen obsesionando a un sólido núcleo de intransigentes del movimiento, sería erróneo pretender (como podrían pretender los que defienden el concepto de que hay un muro de Babilonia que divide a los «falsamente» de los «verdaderamente» conscientes) que, en vista de ello, todo está perdido. Porque los obreros tienen mucha memoria y recuerdan tanto las victorias como las derrotas y hay ciertos límites, incluso para la propaganda más seductora, cuando alguien trata de alterar creencias y actitudes profundamente sentidas; y hay mucha verdad en

lo que afirma Richard Hoggart al poner punto final a su panorama de los efectos que sobre la clase obrera de Leeds tuvieron la prensa «de caramelo» y otros ataques insidiosos de la sociedad de consumo de la década de 1950: «Las clases trabajadoras poseen una fuerte capacidad natural para sobrevivir al cambio *adaptándose o asimilando lo que desean de lo nuevo y haciendo caso omiso* del resto».[16]

Esto resulta tranquilizador dentro de sus limitaciones; pero el lector perspicaz observará que se trata de otra de aquellas actitudes «inherentes» que por sí solas no han bastado para ganar batallas decisivas. Para ganarlas, como hemos visto, la ideología del pueblo llano —ya estuviera compuesto por campesinos, obreros o *menu peuple*— ha necesitado que la reforzasen con una inyección de ideas «derivadas», o de aquellas ideas generalizadas y basadas en el recuerdo de las luchas del pasado a las que Marx y Engels, escribiendo en ocasiones distintas, dieron con toda sencillez el nombre de «teoría».

16. R. Hoggart, *The uses of literacy*, Londres, 1975, p. 52 (el subrayado es del autor).

BIBLIOGRAFÍA

Los títulos se han distribuido según la parte del libro donde se citen con mayor frecuencia o (si no llegan a citarse) donde más pertinentes resulten.

PRIMERA PARTE. IDEOLOGÍA Y CONCIENCIA DE CLASE

Althusser, L., *Lenin and philosophy and other essays,* Londres, 1971.

—, *Politics and history*, Londres, 1972.

Anderson, Perry, *Considerations on Western Marxism*, Londres, 1973 [trad. cast.: *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Siglo XXI, Madrid, 1979].

Colletti, L., *From Rousseau to Lenin*, Londres, 1972.

Geertz, C., «Ideology as a cultural system», en D. E. Apter, ed., *Ideology and discontent*, Nueva York, 1967.

Hill, C., «The Norman yoke», en J. Saville, ed., *Democracy and the Labour Movement*, Londres, 1954.

Hobsbawm, E. J., *Primitive rebels*, Manchester University Press, Manchester, 1959 [trad. cast.: *Rebeldes primitivos*, Ariel, Barcelona, 1968].

Lenin, V. I., *What is to be done?*, Londres, 1927 [ed. cast.: *¿Qué hacer?*, en *Obras escogidas en 3 tomos*, Progreso, Moscú, 1970].

Lewis, O., «The culture of poverty», *Scientific American*, CCXI (1966), pp. 19-25.
Lichtheim, G., *The concept of ideology and other essays*, Nueva York, 1967.
Lukács, G., *History and class consciousness*, Londres, 1971 [ed. cast.: *Historia y consciencia de clase*, trad. M. Sacristán, Grijalbo, Barcelona, 1976].
Mannheim, K., *Ideology and utopia*, Londres, 1936 [ed. cast.: *Ideología y utopía*, Aguilar, Madrid].
Marx, K., *A contribution to the critique of political economy*, Moscú, 1951.
Marx, K., y F. Engels, *The German ideology*, Londres, 1974 trad. cast.: *La ideología alemana*, Grijalbo, Barcelona, 1970.]
—, *The Holy Family, or critique of critical criticism*, Moscú, 1975 [ed. cast.: *La Sagrada Familia. La situación de la clase obrera en Inglaterra. Otros escritos de 1845-1846*, Crítica (OME 6), Barcelona, 1978].
—, *The Manifesto of the Communist Party* (ediciones varias) [edición cast.: *Manifiesto del Partido Comunista. Artículos de la «Nueva Gaceta Renana», I (1847-junio 1848)*, Crítica (OME 9), Barcelona, 1978].
—, *Marx-Engels selected correspondence, 1846-1895*, ed. D. Torr, Londres, 1934.
Mornet, D., *Les origines intellectuelles de la Révolution française*, París, 1933.
On Ideology, Working Papers in Cultural Studies 10, Universidad de Birmingham, 1977.
Plamenatz, J., *Ideology*, Londres, 1970.
Political writings of William Morris, ed. A. L. Morton, Londres, 1973.
Raab, F., *The English face of Machiavelli*, Londres, 1964.
Rogers, P. G., *Battle in Bossenden Wood*, Londres, 1961.
Sanderson, M., «Literacy and social mobility in the Industrial Revolution in England», *Past and Present*, n.° 56 (agosto de 1972), pp. 75-104.
Selections from the prison notebooks of Antonio Gramsci, ed. Q. Hoare y G. Nowell Smith, Londres, 1971.

Stone, L., «Literacy and education in England, 1640-1900», *Past and Present*, n.º 42 (febrero de 1969), pp. 69-139.

Thompson, E. P., «Eighteenth-century English society: Class struggle without class?», *Social History*, III, 2 (mayo de 1978), pp. 137-165 [trad. cast. en *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1979].

—, «The moral economy of the English crowd of the eighteenth century», *Past and Present*, n.º 50 (febrero de 1971), pp. 76-136 [trad. cast.: «La economía "moral" de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», en *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1979].

Weber, Max, *The protestant ethic and the spirit of capitalism*, Allen and Unwin, Londres, 1930 [trad. cast.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Ediciones Península, Barcelona, 1973].

SEGUNDA PARTE. LOS CAMPESINOS

Bak, J., ed., *The German Peasant War of 1525*: Número especial de *Journal of Peasant Studies*, III, 1 (octubre de 1975).

Blum, J., *The end of the Old Order in rural Europe*, Princeton, 1978.

Cambridge Medieval History, vol. VII.

Cohn, Henry, «The peasants of Swabia, 1525», *Journal of Peasant Studies*, III, 1 (octubre de 1975), pp. 10-28.

Cumberland, C., *Mexico: The struggle for modernity*, Nueva York, 1968.

Engels, F., *The Peasant War in Germany*, Londres, 1967 [ed. cast.: *La guerra de campesinos en Alemania*, trad. Fedor Ganz, Cénit, Madrid, 1934].

Foster, R., y J. P. Greene, eds., *Pre-conditions of revolution in early modern Europe*, Baltimore, 1970.

Herbert, S., *The fall of feudalism in France*, Nueva York, 1969 [2].

Hilton, R. H., «Peasants, peasant society, peasant movements and feudalism in medieval Europe», en Henry A. Landsberger, ed., *Rural protest*, pp. 67-94.

Hobsbawm, E. J., «Peasant movements in Colombia», *International Journal of Economic and Social History*, n.° 8 (1976), pp. 166-186.

Huizer, G., y K. Stavenhagen, «Peasant movements and land reform in Latin America», en Henry A. Landsberger, ed., *Rural protest*, pp. 378-409.

Journal of Peasant Studies (JPS), vol. 1-3 (1973-1976): diversos artículos cortos sobre Brasil, Colombia, Ecuador, Bolivia, México, Perú, etc., bajo el epígrafe «Peasants speak».

Joutard, Philippe, «La Cévenne camisarde», *Histoire*, París, n.° 1 (mayo de 1978), pp. 54-63.

Labrousse, C.-E., Introducción a *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, París, 1944.

Landsberger, B. y H., «The English peasant revolt of 1381», en Henry A. Landsberger, ed., *Rural protest*, pp. 95-141.

Landsberger, Henry A., ed., *Rural protest: Peasant movements and social change*, Londres, 1974 [trad. cast.: *Rebelión campesina y cambio social*, Crítica, Barcelona, 1978].

Lefebvre, G., *Études sur la Révolution française*, París, 1954.

Lewin, Linda, «The oligarchical limitations of social banditry in Brazil», *Past and Present*, n.° 82 (febrero 1979), pp. 116-146.

Link, E. M., *The emancipation of the Austrian peasant 1740-1798*, Londres, 1949.

Longworth, P., «The Pugachev revolt. The last great Cossack uprising», en H. Landsberger, ed., *Rural protest*, pp. 194-258.

Moore, Barrington, *Social origins of dictatorship and democracy*, Boston, 1966.

Mousnier, R., *Peasant uprisings in seventeenth-century France, Russia and China*, Londres, 1971 [trad. cast.: *Furores campesinos. Los campesinos en las revueltas del siglo XVII (Francia, Rusia, China)*, Siglo XXI, Madrid, 1976].

Nicolas, J., «Sur les émotions populaires au XVIII^e^ siècle: le cas de la Savoie», *Annales Historiques de la Révolution Française*, n.° 214 (1973), pp. 593-607; n.° 215 (1974), pp. 111-153.

Petit-Dutaillis, C., *Les soulèvements des travailleurs d'Angleterre en 1381*, París, 1895.

Porchnev, B., *Les soulèvements populaires en France au XVII[e] siècle*, París, 1972.
Portal, R., *L'Oural au XVIII[e] siècle*, París, 1950.
Raeff, M., «Pougachev's rebellion», en Foster y Greene, *Preconditions*.
Rudé, G., *The crowd in history*, Nueva York, 1964 [trad. cast.: *La multitud en la historia*, Siglo XXI, Madrid, 1978].
Salmon, J. N. M., «Venal office and popular sedition in seventeenth-century France», *Past and Present*, n.° 37 (1967), páginas 21-43.
Shanin, T., ed., *Peasants and peasant societies*, Penguin, Harmondsworth, 1971.
Tannenbaum, F., *The Mexican agrarian revolution*, Nueva York, 1928.
Trevelyan, G. M., *England in the age of Wycliffe*, Londres, 1899.
Wangermann, E., *From Joseph II to the Jacobin Trials*, Oxford, 1959.
Wolf, E., *Peasants*, Nueva York, 1966.
—, *Peasant wars of the twentieth century*, Nueva York, 1969.
Womack, J., *Zapata and the Mexican Revolution*, Londres, 1968.

Tercera parte. REVOLUCIONES

Agulhon, M., *1848 ou l'apprentissage de la République, 1848-1852*, París, 1973.
—, *La République au village*, París, 1970.
Amann, P., «The changing outlines of 1848», *American Historical Review*, LXVIII (julio de 1963), pp. 938-953.
Baylin, B., *The ideological origins of the American Revolution*, Harvard, 1967.
Bezucha, R., *The Lyons uprising of 1834*, Cambridge, Massachusetts, 1974.
Chevalier, L., *La formation de la population parisienne au XIX[e] siècle*, París, 1950.
Cobban, A., *The social interpretation of the French Revolution*, Londres, 1964 [trad. cast.: *La interpretación social de la Revolución Francesa*, Narcea, Madrid, 1971].

Countryman, E., «"Out of the bounds of the law". Northern land rioters in the eighteenth century», en A. Young, ed., *The American Revolution.*

Ernst, J., «"Ideology" and an economic interpretation of the revolution», en A. Young, ed., *The American Revolution.*

Faure, E., *La disgrâce de Turgot*, París, 1961.

Foner, E., «Tom Paine's Republic: Radical ideology and social change», en A. Young, ed., *The American Revolution.*

Garden, M., *Lyon et les lyonnais au XVIII[e] siècle*, París, 1970.

Gauthier, F., *La voie paysanne dans la Révolution française; l'exemple de la Picardie*, París, 1977.

Hill, C., ed., *Winstanley, The law of freedom and other essays*, Londres, 1973.

—, *The world turned upside down*, Londres-Nueva York, 1972 [trad. cast.: *El mundo subvertido. El ideario popular extremista en la Revolución inglesa del siglo XVII*, Siglo XXI, Madrid, 1979].

Hoerder, D., «Boston leaders and Boston crowds, 1765-1776», en A. Young, ed., *The American Revolution.*

Jaurès, J., *Histoire socialiste de la Révolution française*, ed. A. Soboul, 7 vols., París, 1968-1973.

Lefebvre, G., *The coming of the French revolution*, Princeton, 1947.

Lemisch, J., «Jack Tar in the street. Merchant seamen in the politics of revolutionary America», *William and Mary Quarterly*, 25 (1968), pp. 371-407.

Macpherson, C. B., *The political theory of possessive individualism*, Oxford, 1962 [trad. cast.: *La teoría política del individualismo posesivo*, Fontanella, Barcelona, 1969].

Maier, P., *From resistance to revolution*, Nueva York, 1972.

Mandrou, R., *De la culture populaire aux 17[e] et 18[e] siècles*, París, 1964.

Manning, B., *The English people and the English revolution*, Penguin, Harmondsworth, 1978.

Marx, K., *The civil war in France*, Londres, 1933 [ed. cast.: *La guerra civil en Francia*, Ed. de Cultura Popular, Barcelona, 1968].

—, *Class struggles in France, 1848-1850*, Londres, sin fecha [ed. cast.: *Las luchas de clases en Francia*, Claridad, Buenos Aires, 1968 [2]].
Mathiez, A., *Le Club des Cordeliers pendant la crise de Varennes et le massacre du Champ de Mars*, París, 1910.
—, *Les grandes journées de la Constituante*, París, 1913.
Merriman, J., ed., *1830 in France*, Nueva York, 1975.
Moss, B., «Parisian workers and the origins or republican socialism, 1830-1833», en Merriman, *op. cit.*
Nash, G., «Social change and the growth of pre-revolutionary urban radicalism», en A. Young, ed., *The American Revolution.*
Newman, E., «The blouse and the frockcoat», *Journal of Modern History*, XLVI (marzo de 1974), pp. 27 y ss.
Pinkney, D., «The crowd in the French Revolution of 1830», *American History Review*, LXX (1964), pp. 1-17.
Pouthas, C. H., *La population française pendant la première moitié du XIX^e siècle*, París, 1956.
Recollections of Alexis de Tocqueville, ed. J. P. Mayer, Nueva York, 1959.
Robbins, C., *The eighteenth-century Commonwealthman*, Cambridge, Massachusetts, 1959.
Rouff, M., «Une grève de gagne-deniers en 1786 à Paris», *Revue Historique*, CLXV (1910), pp. 332-346.
Rudé, G., *The crowd in the French Revolution*, Oxford, 1959.
—, «Revolution and popular ideology», en M. Allain y G. R. Conrad, eds., *France and North America: The revolutionary experience*, Lafayette, Luisiana, 1974.
Schulkind, E., ed., *The Paris Commune of 1871. The view from the Left*, Londres, 1972.
Soboul, A., *The Parisian sans-culottes and the French Revolution 1793-1794*, Oxford, 1964.
Thönnesson, K. D., *La défaite des sans-culottes*, Oslo, 1959.
Vovelle, M., «Le tournant des mentalités en France 1750-1789; la sensibilité pré-révolutionnaire», *Social History* (mayo de 1977), pp. 605-629.
Williams, R., *The French Revolution of 1870-1871*, Londres, 1969.

Young, Alfred, ed., *The American Revolution. Explorations in the history of American radicalism*, DeKalb, 1976.
Young, Arthur, *Travels in France during the years 1787-1788-1789*, ed. J. Kaplow, Nueva York, 1969.

CUARTA PARTE. LA TRANSICIÓN A LA SOCIEDAD INDUSTRIAL

Donnelly, F. K., «Ideology and early working-class history: Edward Thompson and his critics», *Social History*, n.º 2 (mayo de 1976).
Dunbabin, J. P. D., *Rural discontent in nineteenth-century Britain*, Londres, 1974.
Engels, F., *The condition of the English working class in 1844*, Londres, 1892 [trad. cast.: véase más arriba].
Foster, J., *Class struggle and the industrial revolution*, Londres, 1974.
Hobsbawm, E. J., *Labouring men*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1969 [trad. cast.: *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979].
—, «The machine-breakers», *Past and Present*, n.º 1 (febrero de 1952), pp. 57-70.
— y G. Rudé, *Captain Swing*, Londres, 1969 [trad. cast.: *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, Siglo XXI, Madrid].
Hoggart, R., *The uses of literacy*, Londres, 1957.
Loveless, G., *The victims of Whiggery*, Londres, 1837.
McBriar, A. M., *Fabian socialism and English politics 1884-1918*, Cambridge, 1962.
Moorhouse, H. F., «The Marxist theory of the Labour Aristocracy», *Social History*, II (enero de 1978), pp. 61-82.
Postgate, R., *That devil Wilkes*, Londres, 1956.
Rudé, G., *Paris and London in the eighteenth century*, Londres-Nueva York, 1971.
—, *Protest and punishment*, Oxford, 1978.
—, *Wilkes and liberty*, Oxford, 1962.

Shelton, W., «The role of the local authorities in the hunger riots of 1766», *Albion*, V, 1 (primavera de 1973), pp. 50-66.

Stedman Jones, G., *Outcast London*, Oxford, 1971.

Stevenson, J., «Food riots of 1792-1818», en J. Stevenson y P. Quinault, eds., *Popular protest and public order*, Londres, 1974, pp. 33-74.

—, ed., *London in the age of reform*, Londres, 1977.

Sutherland, L. S., «The City of London in eighteenth-century politics», en R. Pares y A. J. P. Taylor, eds., *Essays presented to Sir Lewis Namier*, Londres, 1956, pp. 49-74.

—, *The City of London and the opposition to government 1768-1774*, Londres, 1959.

Tholfsen, T. R., «The intellectual origins of Mid-Victorian stability», *Political Sciences Quarterly*, LXXXVI (marzo de 1971), pp. 57-91.

Thompson, E. P., *Whigs and hunters: the origins of the Black Act*, Londres, 1975.

—, *The making of the English working class*, Gollanz, Londres, 1962 [trad. cast.: *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832*, 3 vols., Laia, Barcelona, 1977].

—, «The moral economy of the English crowd in the eighteenth century», *Past and Present*, n.° 50 (febrero de 1971), pp. 76-136 [trad. cast.: véase más arriba].

Webb, S. y B., *The history of Trade Unionism*, Londres, 1896.

Wells, R., «The revolt of the South-West, 1800-1801», *Social History*, n.° 6 (octubre de 1977), pp. 713-744.

Williams, D., *The Rebecca riots: a study in agrarian discontent*, Cardiff, 1953.

Williams, R., *Culture and society 1780-1950*, Londres, 1958.

ÍNDICE ALFABÉTICO

ÍNDICE

CUARTA PARTE
LA TRANSICIÓN A LA SOCIEDAD INDUSTRIAL



Serie general

Títulos publicados:

1. **Iliá Ehrenburg**
ESPAÑA, REPÚBLICA DE TRABAJADORES
2. **C. F. S. Cardoso y H. Pérez Brignoli**
LOS MÉTODOS DE LA HISTORIA
3. **Manuel Azaña**
PLUMAS Y PALABRAS
4. **José Carlos Mariátegui**
SIETE ENSAYOS DE INTERPRETACIÓN DE LA REALIDAD PERUANA
5. **F. Engels, V. I. Lenin, R. Luxemburg y otros**
KARL MARX COMO HOMBRE, PENSADOR Y REVOLUCIONARIO
6. **Gabriel Jackson**
LA REPÚBLICA ESPAÑOLA Y LA GUERRA CIVIL
7. **Adam Schaff**
HISTORIA Y VERDAD
8. **Raúl Cepero Bonilla**
AZÚCAR Y ABOLICIÓN
9. **Voltaire**
TRATADO DE LA TOLERANCIA
10. **Julián Zugazagoitia**
GUERRA Y VICISITUDES DE LOS ESPAÑOLES
11. **Henri Wallon**
LA EVOLUCIÓN PSICOLÓGICA DEL NIÑO
12. **Antonio Cordón**
TRAYECTORIA (MEMORIAS DE UN MILITAR REPUBLICANO)
13. **David McLellan**
KARL MARX: SU VIDA Y SUS IDEAS
14. **Ronald D. Laing**
LAS COSAS DE LA VIDA
15. **Temma Kaplan**
ORÍGENES SOCIALES DEL ANARQUISMO EN ANDALUCÍA

16. **Sebastiano Timpanaro**
EL LAPSUS FREUDIANO

17. **Santiago Carrillo**
«EUROCOMUNISMO» Y ESTADO

18. **Rodney Hilton (ed.)**
LA TRANSICIÓN DEL FEUDALISMO AL CAPITALISMO

19. **Jordi Maluquer de Motes**
EL SOCIALISMO EN ESPAÑA 1833-1868

20. **M. I. Finley**
USO Y ABUSO DE LA HISTORIA

21. **Ronald D. Laing**
LA POLÍTICA DE LA EXPERIENCIA

22. **Manuel Azaña**
LOS ESPAÑOLES EN GUERRA

23. **Josep Termes**
ANARQUISMO Y SINDICALISMO EN ESPAÑA

24. **Bruno Bettelheim**
PSICOANÁLISIS DE LOS CUENTOS DE HADAS

25. **Pierre Vilar**
HISTORIA DE ESPAÑA

26. **Umberto Cerroni**
INTRODUCCIÓN A LA CIENCIA DE LA SOCIEDAD

27. **Constancia de la Mora**
DOBLE ESPLENDOR

28. **E. E. Evans-Pritchard**
LA RELACIÓN HOMBRE-MUJER ENTRE LOS AZANDE

29. **A. Gramsci, P. Togliatti, E. Berlinguer**
EL COMPROMISO HISTÓRICO

30-31. **Manuel Azaña**
MEMORIAS POLÍTICAS Y DE GUERRA (2 vols.)

32. **Gavino Ledda**
PADRE PADRONE (LA EDUCACIÓN DE UN PASTOR)

33. **Pietro Ingrao**
LAS MASAS Y EL PODER

34. **Adolfo Sánchez Vázquez**
ÉTICA

35. **Luis Corvalán**
ALGO DE MI VIDA

36. **Henry A. Landsberger (ed.)**
REBELIÓN CAMPESINA Y CAMBIO SOCIAL

37. **Carlos Forcadell**
PARLAMENTARISMO Y BOLCHEVIZACIÓN

38. **Vicente Navarro**
LA MEDICINA BAJO EL CAPITALISMO

39. **Carlo M. Cipolla**
HISTORIA ECONÓMICA DE LA POBLACIÓN MUNDIAL

40. **R. D. Laing**
CONVERSACIONES CON MIS HIJOS

41. **Santiago Carrillo**
EL AÑO DE LA CONSTITUCIÓN

42. **Joseph Needham**
CIENCIA, RELIGIÓN Y SOCIALISMO

43. **Marcos Winocur**
LAS CLASES OLVIDADAS EN LA REVOLUCIÓN CUBANA

44. **Ian Gibson**
GRANADA EN 1936 Y EL ASESINATO
DE FEDERICO GARCÍA LORCA

45. **Jean Jaurès**
CAUSAS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

46. **Antonio Rosado**
TIERRA Y LIBERTAD. MEMORIAS DE UN CAMPESINO
ANARCOSINDICALISTA ANDALUZ

47. **Umberto Cerroni**
PROBLEMAS DE LA TRANSICIÓN AL SOCIALISMO

48. **Josep Fontana**
LA CRISIS DEL ANTIGUO RÉGIMEN 1808-1833

49. **Moustapha Safouan**
LA SEXUALIDAD FEMENINA

50-51. **Ronald Fraser**
RECUÉRDALO TÚ Y RECUÉRDALO A OTROS.
HISTORIA ORAL DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA (2 vols.)

52. **Julian Pitt-Rivers**
ANTROPOLOGÍA DEL HONOR O POLÍTICA DE LOS SEXOS

53. **Jean-Louis Flandrin**
ORÍGENES DE LA FAMILIA MODERNA

54. **Martin Blinkhorn**
CARLISMO Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ESPAÑA 1931-1939

55. **John Kenneth Galbraith, Nicole Salinger**
INTRODUCCIÓN A LA ECONOMÍA,
UNA GUÍA PARA TODOS (O CASI)

56. **J. A. González Casanova**
FEDERALISMO Y AUTONOMÍA.
CATALUÑA Y EL ESTADO ESPAÑOL 1868-1938

57. **Robert Jungk**
EL ESTADO NUCLEAR
58. **Karl Marx, Eric Hobsbawm**
FORMACIONES ECONÓMICAS PRECAPITALISTAS
59. **Adam Schaff**
LA ALIENACIÓN COMO FENÓMENO SOCIAL
60. **Lev S. Vygotski**
EL DESARROLLO DE LOS PROCESOS PSICOLÓGICOS SUPERIORES
61. **Pierre Vilar**
INICIACIÓN AL VOCABULARIO DEL ANÁLISIS HISTÓRICO
62. **Jean Piaget, E. W. Beth**
EPISTEMOLOGÍA MATEMÁTICA Y PSICOLOGÍA
63. **Henry Kamen**
LA INQUISICIÓN ESPAÑOLA
64. **François Perrier, Wladimir Granoff**
EL PROBLEMA DE LA PERVERSIÓN EN LA MUJER
65. **John Harrison**
ECONOMÍA MARXISTA PARA SOCIALISTAS
66. **Bertolt Brecht**
DIARIOS 1920-1922. NOTAS AUTOBIOGRÁFICAS 1920-1954
67. **Franco Venturi**
LOS ORÍGENES DE LA ENCICLOPEDIA
68. **Gabriel Jackson**
ENTRE LA REFORMA Y LA REVOLUCIÓN
69. **G. Abraham, W. Pasini**
INTRODUCCIÓN A LA SEXOLOGÍA MÉDICA
70. **Palmiro Togliatti**
ESCRITOS SOBRE LA GUERRA DE ESPAÑA
71. **Roger Gentis**
CURAR LA VIDA
72. **Adolfo Sánchez Vázquez**
FILOSOFÍA DE LA PRAXIS
73. **R. D. Laing**
LOS LOCOS Y LOS CUERDOS
74. **Maud Mannoni**
LA TEORÍA COMO FICCIÓN
75. **Pier Paolo Pasolini**
EL CAOS
76. **Ciro F. S. Cardoso**
INTRODUCCIÓN AL TRABAJO DE LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA
77. **Ágnes Heller**
PARA CAMBIAR LA VIDA